

...rto perez de la ossa
obreros
zánganos
y reinas
novela
mundo latino madrid


LUX
LIBERTAS

OBREROS, ZÁNGANOS Y REINAS

HUBERTO PÉREZ DE LA OSSA

OBREROS, ZÁNGANOS Y REINAS

NOVELA



EDITORIAL MUNDO LATINO
M A D R I D

Imp. G. Hernández y Galo Sáez. Mesón de Paños, 8. Madrid.

No pretendí hacer con este libro una «novela social». No intento resolver, ni siquiera plantear, ningún problema que caiga fuera de la estética. Si me sintiera con fuerza original para ello, escribiría un tratado de sociología. Lanzar desde aquí teorías de cualquier orden sería hasta indelicado. «Una obra en la que hay teorías es como un objeto en el que se ha dejado la marca de precio.» (1)

En el ambiente obrero, en las luchas sociales, yo he percibido—viéndolas de muy cerca—una vibración dramática, que es la que pretendo ahora hacer encarnar en materia de Arte. Sólo por las torpezas o insuficiencias en que hubiese caído en este puro empeño de artista, cabe pedirme responsabilidades.

H. P. DE LA O.

(1) «Une œuvre on il y a des theories est comme un objet sur lequel on laisse la marque du prix.»—MARCEL PROUST, *Le Temps Retrouvé*, vol. II, pág. 29.

PRÓLOGO

LA LIBERTAD Y CLAUDIO

SOBRE el tablero del «Ensanche», todo lleno de sol, se iba terminando la partida de la ciudad. Las cuadrículas vacías de los solares aumentaban y eran cada vez más indefensas las piezas—casas y fábricas—flanqueadas de espacios. ¡Jaque a la reina del gran templo en construcción! Pero el tranvía, a pesar de todo, se obstinaba en seguir su marcha de líneas quebradas, cuando le hubiese sido tan fácil convertirse en alfil y atravesar en diagonal casillas y más casillas de solares vacíos.

Claudio, en la plataforma posterior del tranvía, con la marinera hinchada del viento que tragaba el camino y los libros apretados bajo el brazo, se dejaba llevar con placer aspirando el ambiente de canela de mayo. A veces atraviesan una zona de aire flojo con un tacto de gran rosa de té, un poco blanda, a punto de marchitarse, rosa de curvas demasiado femeninas bajo el azul tierno de un cielo de sarga y veludillo como los mantos de las madonas payesas, y, a veces, cruzan una región de aire fabril, pero suave también con la grasa de las máquinas y los vellones del humo.

Claudio no tenía ninguna prisa por llegar a su casa; era el más grato instante de reposo aquel dejarse ir en el balanceo del tranvía después de las fatigas de las clases—clases apresuradas de final de mayo, con lecciones a muchas páginas por hora—. La tarde estaba toda amenazada por el día siguiente, y el anochecer era un óvulo caótico en el que se enreda la madeja de las asignaturas alrededor de un núcleo: la voz que en el silencio angustioso del aula llamaba con una morosidad maligna: Señor... don Claudio Bustares. Únicamente este intervalo de viaje a mediodía, conservaba para el pobre muchacho la serenidad de las dos paralelas puestas entre el polinomio de las clases pasadas y la incógnita de la que iba a llegar. El sol, además, era dulzón, dispuesto para el postre y espolvoreado de las especias que lamía en las cubiertas de los barcos que llegan de Oriente.

Un nuevo jaque a la Sagrada Familia. Ya no falta para rematarlo más que un salto de caballo por la Gran Vía Diagonal y unos cuantos pases de peón en la calle de Mallorca. Claudio ni siquiera se dió cuenta esta vez; no pensaba en nada, no miraba nada; se alimentaba únicamente de sol y de aire tierno.

El coche se detuvo en seco, y el muchacho, sin reparar en lo que hace, baja. No ha sido más que una parada rápida en que el tranvía se balancea como moviendo la cabeza, pesaro-

so de no poder echarse a un lado para evitar el obstáculo interpuesto, y el convoy continúa con marcha redoblada.

El estudiante se quedó en tierra, a medio kilómetro de su casa, sin saber por qué estaba allí y solo frente al obstáculo que detuvo el tranvía.

Claudio ya ha visto aquello otras veces desde que vive en Barcelona. Es una escena de *Marsellesa* o de *Internacional*, para voces broncas y pechos robustos, para cromos populares con mucho ocre y mucho bermellón. Y para el estudiante aquello es todo el problema obrero: un grupo de populacho arremolinado en torno de una mujer.

Él, en su provincia tranquila, había visto a los pobres y a los jornaleros. Los pobres tenían un palabreo lastimoso, «no comían nunca», dormían en los pórticos de las iglesias y debían recibir la calderilla y las sobras de la mesa. Los jornaleros se parecían bastante a los pobres: olían de un modo punzante como ciertos hierbajos desagradables, tenían muchos hijos y unas casas en que todo era cocina. Se les visitaba algunas veces con la abuelita, toda enlutada, llevando un paquete de ropa desechada bajo el brazo. En ocasiones estaban enfermos y aún olían peor, y a veces se confundían lamentablemente con los pobres. Pero hasta que llegó a Barcelona no vió obreros, no oyó hablar de huelgas, de revoluciones, de repartos.

¡La revolución repartidora! Ahora la conocía muy bien. Se le reveló, como a un salvaje la Historia Sagrada en las láminas de un misionero, en el cromo agrio prendido de un clavo en el portal—mugre, tabaco y olor de curtidos—de un zapatero remendón. Y ahora la lámina vivía. Masa anónima y mujer-símbolo.

Sólo faltan una cuadriga y un carro para que esta hembra, dominando el tumulto que la rodea, lo dirija al asalto. Tampoco hay aquí cadenas, ni espadas, ni cetros por el suelo; pero los railes del tranvía ponen las líneas aceradas que limitan su peana en las nubes de polvo barroco.

Y Claudio se siente atraído por esta mujer que, como en la estampa, es bella, es fuerte y está medio desnuda. La tela vieja y húmeda drapea su carne como la de las esculturas, y en uno de sus frecuentes desgarrones muestra la pierna poderosa. ¡Y qué senos para criar hijos de la calle o ser poseídos por un dictador!

El adolescente burgués, mimado en el ambiente pacato de familia, está a punto de amarla, aún mejor, casi la ama desde que la descubrió, impúdica y soberbia, en el cromo de la covacha. Pero la teme, la teme sobre todo, porque, al fin, hijo de burgueses arruinados, lleva en la sangre muchas generaciones que le han dejado levadura de ricos comerciantes, propietarios opulentos, hidalgos, letrados... Teme, admira y casi ama aquella carne plebeya, di-

vinamente sana, pulpa de mitología. Siente que no podrá arrodillarse nunca ante ella, y en un sueño inconsciente se ve, héroe del romancero, cruzado con las aspas escarlata de Tancredo o con el yelmo de Espladián, acudiendo a la cita de aquella Libertad de carne y huyendo luego bajo el humo de las devastaciones y de los anatemas, perdido irremisiblemente.

Y, sin embargo, aunque comprende que nada le retiene allí, que debe marcharse, que empieza a retrasarse para la hora burguesa y sagrada de la sopa, permanece al arrimo de un árbol entre un pequeño grupo de curiosos que contempla la magnífica escena de motín.

Es plenamente bello el espectáculo, porque no tiene ninguna acrimonia de odio; las bocas que gritan ríen al aclamar, y los brazos gesticulan sin crisparse, con una exultación de músculos libres, gozosos de quemar la sangre en una fiesta, como arde la pólvora en las tracas. En medio de los trajes azules matizados por las lejías en una infinita gradación de tonos, ella, la mujer-símbolo, ofrece su carne, más rosada y más blanca entre los desgarrones del vestido. El brío de su vitalidad, el descaro de su actitud, hacen presentir más suave y delicada en su blancura, en su rosa tenue, la piel que recubre los músculos sanos; es una rosa del Mediterráneo dionisiaco, para el ardor de las batallas de flores. Hay otras mujeres en el gru-

po tan jóvenes y tan desnudas como ella; alguna será más guapa, pero ninguna tiene aquella carnación sanísima, aquel rebosar de autoridad matriarcal, aquella feminidad imperativa que engalla las cervices de los obreros jóvenes, que pule en chispas las miradas de los obreros viejos, que retiene a Claudio adolescente, con la blusilla blanca marinera y los libros debajo del brazo, clavado junto al árbol, a medio kilómetro de su casa, olvidado de la severidad paterna.

Todos los obreros gritan, todas las obreras ríen, y la promiscuidad se desborda en encontronazos de rebaño, en más voces y más carcajadas.

—¿Qué sucede? ¿Qué es ese alboroto?

La pregunta de la curiosidad callejera pasa rozando el pescuezo del muchacho, sobre su cuello galoneado de trencillas azules.

—Celebra su «santo» y convida a los compañeros.

—¡Ah!

Un organillo gira la rueda de sus notas volatineras que se encuentran, o no se encuentran, para formar sus acordes en el aire; pero salen todas lanzadas tan aprisa que, se acorden o no, caen por el suelo en un ritmo suficiente para agitar los cuerpos enlazados con una ondulación de danza.

—¡Aprisa, aprisa, el último baile, porque va a sonar la bocina!

Todos los brazos masculinos se le tienden, todos los ojos la suplican, pero ella, con una mano apoyada en la cadera gestatoria y la otra delante de los senos para defenderse del asedio, echa la gallarda cabeza atrás y niega. Está más hermosa en su desprecio; sobre la morena cabeza crespa con rizos duros como de talla románica, una pelusa de algodón aventado en los telares, le pone un capricho carnavalesco de hembra de la Revolución, que se ha empolvado en el saqueo de palacio.

Ya se han formado algunas parejas; ella sigue negándose a bailar, acardenalando con su risa el deseo de los mozos, y gira sola en unos pasos de danza, rechaza con la mano, segura de sí misma, a los más apremiantes y, en el revuelo, los jirones de su falda descubren por entero la codiciable elasticidad de las piernas.

Claudio la ve llegar girando al compás de la música; siente sus ojos sobre él y se estremece bajo la blusilla bordada con áncoras de oro y coronas reales. Y la mujer, siempre danzando, enlaza al niño en uno de sus giros para bailar con él, con el muñeco caro, marinero de bazar de lujo que alcanza de una tómbola o que arrebata un día de asonada.

El adolescente se deja llevar con una placentera inconsciencia que le hace estrechar la cintura de su raptora, y los libros, los cuadernos, los apuntes de clase, salen lanzados por la violencia del arranque en un desbarajarse

circular de papeles que rinden homenaje de prejuicios caídos a las plantas de aquella Libertad de carne villana, de sangre muy roja, de piel de terciopelo sonrosado.

La chusma, al verlo, grita más, ríe más, aplaude más, cumple frenética su condición de coro, y Claudio, casi llevado en vilo por la cariñosa presión de las curvas soberbias, entorna los párpados humedecidos, borracho de emoción bajo los puntos magnéticos de la mirada femenina que le lleva gozándose en su turbación. Todo es de oro y de rosa: el sol, la fachada de ladrillo de la fábrica, el polvo de la calle, el toldo de la taberna, el piano de manubrio. Hasta en las hojas nuevas de los plátanos hay un fleco muy tenue de papel de oro.

Pero, más alto que el voltear de las notas del pianillo, que los gritos de la canalla, que la misma exaltación cenital del sol de mayo, suena el bostezo de la sirena. El ogro burgués abre sus fauces y el rebaño manso de los trabajadores se entrega morosamente a la fatalidad de su puesto de ruedas humanas en la gran maquinaria de la industria.

Ella, la Libertad, con la misma presteza con que le arrebató, deja en el suelo al muñeco aristocrático; pero, antes de soltarlo, en el ímpetu primitivo de su capricho, le devora los labios con un beso frenético.

Claudio se tambalea. Los labios de la mujer saben a vino dulce. El niño ha sentido que le

exprimían un racimo de fuego en la boca: una grapa divina le ha cerrado los labios y le obliga a mantenerlos juntos para hacer perdurar la sensación.

Humildemente, una muchachita pecosa, desdibujada, rubicunda, con los ojillos enfermos de la pelusa del algodón, tiende los libros, los apuntes, los cuadernos al estudiante; los ha reunido con torpeza y con dulzura y entra la última por el arco de ladrillo de la fábrica.

Claudio se queda solo.

—¡Qué descaro!—murmura una vieja vendedora de dulces.

El organillero arrastra su depósito sonoro de danzas superpuestas que se tambalean al andar como las copas de una batea, y el muchacho de la taberna ordena los veladores, las sillas, las macetas de naranjos y de laureles bajo el toldo demócrata que dice: «La Fraternidad. Se sirven comidas».

Claudio se decide a recorrer el medio kilómetro que le separa de los suyos. Pero ¿cómo afrontará la mirada de su madre después de haber participado en la bacanal callejera? ¿Cómo responderá a la autoridad del paterno bigote inquisidor con los labios aún golosineados en el vino de la mujer?

En el horizonte de los solares a medio urbanizar surge la ciclópea ruina prematura de la Sagrada Familia con las torres escarchadas de piedra, y más lejos, detrás de una tapia, dos

palmeras sin dátiles, con el tronco velloso y la escala inútil de sus podas. Unos pasos más y la casa paterna necesariamente ridícula, con su arquitectura «barcelonesa» de hotelito suburbano.

Claudio pasa temblando entre los sillones de médula de junco y las cortinas de dril estampado. En el comedor no hay nadie.

* * *

Aquellos muebles de caoba tan grandes protestan constantemente de encontrarse en una habitación tan chica y, cuando alguien de la casa se mueve, le dan un codazo para pedirle que los saque de allí. Sólo Fulgencia, tan protestataria y tan mal avenida con las paredes como ellos, sabía andar sin roces por los complicados intersticios, guardando intacto el volumen antiguo de sus faldas. Y es inútil que entre el sol de mayo a raudales en aquel comedor, bajo de techo, de empapelado mezquino: nunca tendrá alegría. Los hermosos muebles están como asilados. El aparador presidencial, con talla de guerreros, solemne como un gran magistrado, no se atreve a levantar la florida cornisa, por miedo de mancharse con el yeso vulgar de las molduras, y está como encogido, ofreciendo en su seno una gran reliquia: la tetera de plata repujada con emblemas heráldicos. A su lado,

Fulgencia, más ceñuda que nunca, levanta un extremo de su delantal de cocina.

—¿No ha venido papá?

—Sí, ha venido... Ha venido... Ha venido y hay secreteo.

Claudio mira con terror a la vieja criada, que le ha visto nacer. Fulgencia es el eco de la tradición familiar, la sombra de los hidalgos, de los generales, de los magistrados. Ha seguido a sus señores en la desgracia, abandonando su tierra y su familia para atormentarlos con su devoción y sus recuerdos. El muchacho no pregunta más, y Fulgencia sigue derecha como una guarda junto al gran mueble. De vez en cuando mira a la solemne tetera de plata. La vieja doméstica sabe que cada encierro de los señores en el despacho representa un éxodo: joyas, encajes, trozos de tradición familiar que se van a un lugar tenebroso.

¡Qué le quedará al señorito Claudio para recordarle lo que fueron los Bustares en la Tierra de Campos! Y el señorito Claudio, que ha guardado los libros y espera junto a la ventana mirando las rosas del jardín, piensa entre tanto en la Libertad de carne y hueso que le besó los labios.

Por las paredes, tan livianas, de todo el hotel vibra el rumor de la importante junta del despacho. No se entienden las palabras; pero las ondas graves que se perciben deben salir del pecho de don Luis Ignacio, que tiene

una cálida voz masculina bien timbrada y un poco lenta. Doña María de Belén, como siempre, debe de limitarse a escuchar, oponiendo una débil resistencia, y a suspirar de vez en cuando. Por fin, se abre la puerta. La señora tiene los ojos de haber llorado; pero don Luis Ignacio está casi sonriente y satisfecho de sí mismo, como siempre que ha logrado resolver un problema. Fulgencia le mira con verdadero odio e instintivamente se coloca delante de la gran tetera.

—¡Caramba! ¿Ya estás aquí, Claudio?

La fámula silba como la serpiente de todos los paraísos.

—Son las dos y media.

El señor de Bustares no se inmuta y, mientras el muchacho besa repetidamente a su madre, ordena con un gesto elegante de clubman provinciano:

—Puedes empezar el servicio.

La sopa, demasiado espesa de aguardar, rueda tristemente en torno de los tres comensales.

—¿Cuándo terminarás los exámenes, Claudio?

—Dentro de cuatro o cinco días, papá.

—Muy bien, muy bien, perfectamente; estoy deseando que salgas de esas cosas, porque, ya que has terminado el bachillerato, es preciso afrontar seriamente el porvenir. Ya eres un hombre.

Fulgencia queda clavada bajo el dintel de la

puerta con la sopera entre las manos, y don Luis Ignacio se extiende en bellas consideraciones acerca de los tiempos presentes, de la necesidad de la acción, de los hombres nuevos, de la industria, de los negocios, de la inutilidad de las carreras académicas... Las cucharas han clavado el ancla dentro de los platos. Claudio admira la elocuencia paterna, doña María de Belén hace esfuerzos para no sollozar y Fulgencia abraza, frenética de indignación, su sopera.

—Fulgencia, podrías cambiarnos el servicio, nadie quiere más sopa.

El aplomo del caballero lo domina todo. Siempre se le predijo un brillante porvenir parlamentario que nunca tuvo él interés en alcanzar. Era uno de esos hombres que, si hubiese querido...; pero se limitó a ser siempre un gran disertador de casino y a exhibir sosegadamente su figura de hidalgo del Greco demasiado pasada por el tocador. Rompe con elegancia un panecillo dorado entre sus manos finas y continúa hablando:

—Creo que hemos conseguido una ocasión excepcional de que te adiestres para la vida de los negocios. Mi buen amigo don Damián Marfull te tomará consigo. Vas a entrar al mismo tiempo que su hijo mayor, que sale ahora de los escolapios. Como ves...

Doña María de Belén trincha con dificultad la carne, y Fulgencia, a falta de otro tósigo que

administrar, traga el veneno de su rabia impotente.

—¿Tienes mucho que hacer esta tarde?

A Claudio ya le da todo lo mismo: de la admiración de la elocuencia paterna ha pasado a un estado de abatimiento horrible, en que siente que todos los conocimientos, tan trabajosamente adquiridos en el curso, se escapan en tropel. Si no ha de seguir estudiando, ¿qué más le da repasar o no? ¿Qué importa ya asegurar unos sobresalientes completamente inútiles? Dice que tiene tiempo y no mira a su madre por no echarse a llorar.

Don Luis Ignacio no se preocupa demasiado de lo que puede pensar su hijo: le basta con mirarlo sometido, dispuesto a sus designios, y comienza a encender un puro lentamente, con refinamiento de fumador; luego peina la barba, sacude las migas, que han hecho escala en las arrugas de su chaleco blanco, y ordena por fin jovialmente, como acordando una partida con un compañero:

—Ahora estudias un rato, y luego, a las cinco, vienes a buscarme a Bellas Artes, iremos a tomar el té con la señora de Marfull y la conocerás. Es conveniente, y es, además, una mujer muy agradable, mucho más mundana que su marido. Otra cosa, completamente otra cosa...

Se pone de pie. Claudio corre a buscarle el sombrero y el bastón, y el caballero sale después de rozar suavemente la frente de su hijo

con su barba perfumada de esencias costosas y de tabaco habano.

Claudio abraza a su madre y oculta la cabeza en el seno de la mujer dulce e insignificante. Fulgencia los mira con desesperación desde la cocina. Ya no es la gran tetera familiar de plata repujada: es el señorito Claudio el que sale de casa.

El señor de Bustares, saboreando el puro y el ambiente apacible, aguarda el tranvía, sereno, satisfecho. Las mujeres del barrio le llaman *el conde*.

* * *

Nunca le parecieron tan anchas las calles ni tan altas las casas. Parece que los edificios, cuidadosamente acordelados, se hacen a un lado y a otro, se empinan, se aupan balcón sobre balcón para dejarle en medio de un desierto de asfalto y de adoquines, metido en el fondo de una sima. Claudio, inconscientemente, marcha arrimado a las paredes por tener algún amparo, y siente un frío extraño bajo su blusa nueva de alpaca azul marino. Al divisar la puerta del círculo se detiene, pero la puerta se asoma a la línea de la acera en cuanto le ha visto llegar y el muchacho no tiene más remedio que avanzar, aunque con paso retardado. Aún podría remediarse todo, aún podría seguir siendo estudiante. Bastaría con que aquella te-

mida visita se malograse. ¡Si papá se hubiese olvidado de ella!

Como última caricia maternal, le envuelve una atmósfera de esencia de heliotropo. El heliotropo de las novelas mundanas de fin de siglo es el último lujo de doña María de Belén, que hoy abrió su botella de cristal esmerilado para ungir al muchacho que sale por primera vez al mundo. Claudio lo aspira con ternura y, al olerse a sí mismo, le parece que besa las manos de su madre. Desde un cartel de cinematógrafo le mira un detective ceñudo entre el embozo de su capa: «10.000 metros. ¡Sensacional!»

Claudio entra en el círculo, y el humo del tabaco, pegándosele por todas partes a la ropa, le desnuda del perfume maternal. «¡Ya eres un hombre! ¡Ya eres un hombre!», suena, como un eco de la voz paterna, el rumor de las conversaciones. El ambiente cargado de tabaco da un espaldarazo masculino al bachiller para armarle a las luchas de la vida. Y la lucha es una batahola en los billares con chasquidos de marfil, sordo resonar de las maderas tapizadas y algún arpegio claro, cristalino, en las copas del servicio.

«¡Ya eres un hombre!» Los 10.000 metros de la película que vió anunciada en la calle, desarrollan su cinta para que salte a la comba esta frase obsesionante en la mente de Claudio, mientras aguarda a que el señor de Bustares

termine su partida y deje a sus amigos. Después, el aire fresco de la calle le pasa su esponja y ya no siente ni piensa nada mientras un coche los conduce al hotel de los Marfull situado en los altos de Pedralbes, blanco como en un lujo clásico, con cerca de bojes geométricos, emboscado en el honor de los laureles, de las magnolias y de las acacias.

La casa es imponente. Desde las arenas del jardín se asciende a la blandura de las alfombras por el liso intermedio de una escalinata de mármol. Al entrar en la casa, por causar asombro, el techo del *hall* huye en una claraboya de vidrios emplomados, falsa liberación abrumada por el peso de los faroles que cuelgan de todas las aristas de la cúpula.

Al bachiller le parece que le han volcado de pronto en los 10.000 metros sensacionales de la película anunciada. Se enfilan los salones innecesarios, las sillerías de damasco rosa, de terciopelo labrado, de brocado de oro; las mesas adornadas de bronces, taraceadas de marfil, las arañas de cristal, las lámparas doradas, los espejos. ¡Hay más de 10.000 metros de muebles nuevos y suntuosos! Y, sin embargo, con tanto mueble, la casa parece vacía. Don Luis Ignacio avanza con toda su mundana elegancia, y Claudio le sigue con paso de fantasma, sin que se le sienta sobre las alfombras. Por fin, en un rinconcito, como refugiadas del vacío de aquella casa tan grande, descubren un

grupo de señoras. Son muy pocas señoras para tanta casa: cada una de aquellas damas podría sentarse en diez y seis sillas, usar cinco mesas, apoyarse en veinte almohadones.

La señora de Marfull, sus tres primas y su amiga íntima, reciben cariñosamente la visita. La estaban deseando para poder hablar, para poder moverse, para poder lucir ante alguien que no sea ellas mismas, tan sabedora cada una de todas las galas de las otras, las joyas y los trajes. Acogen al maduro galán que es el señor de Bustares; le rodean hablando y riendo, y en torno de él simulan la animación de una fiesta para disimular el tedio del suntuoso palacio casi vacío.

A Claudio, más que mujeres, le parecen figuras animadas de una magnífica vitrina de lujo. Sobre todo Eulalia Marfull, casi bella y aún bastante joven, esbelta, gentil, vestida de gasas color crema y encajes de oro, enjoyada de perlas, de brillantes montados en platino, le parece un maniquí que todas las demás envidian y admiran, sin poder competir con ella.

Eulalia dice, dirigiéndose a Claudio, que se ha quedado rígido y cortado después de los primeros saludos:

—¡Pero si aún es un niño!

La señora de Marfull, para disimular toda brusquedad catalana en el acento, afecta una dulzura casi argentina en su castellano; a Claudio le produce un inconsciente malestar aquel

cantarineo, pegajoso como una imitación de frutas tropicales con demasiada azúcar, y responde automáticamente, sin saber lo que hace:

—Yo ya soy un hombre.

Ríen todas la ocurrencia, y la señora continúa, benévola, mirando al señor de Bustares con la pupila entre los párpados pintados:

—Es una lástima que no esté aquí Damiancito; pero no sale del colegio hasta junio. Llamaremos a la niña; seguramente estará mejor con Lalita.

El señor de Bustares asiente, y la beldad enjoyada oprime el botón de un timbre mientras suenan las perlas de sus collares y las gasas de su vestido caen en pliegues estatuarios.

* * *

Lalita, afortunadamente, no tiene de su madre más que el nombre de la virgen Eulalia, y aquella esbeltez de sirena catalana, de sirena verde de mar y de cielo con un poco de flor de almendro en la cabeza. También tiene por su madre un traje demasiado lujoso; pero ella lo ensucia y arruga con una naturalidad tan grande que se lo hace perdonar. Porque Lalita, ante todo, es sincera: desde el cabello crespo, independiente en cada crencha, hasta el lenguaje imposible, en que se mezclan el francés de la institutriz, el castellano familiar y el catalán

nativo en un inesperado desbarajuste de vocablos y construcciones, todo revela su sinceridad, las etapas de su educación y el fondo de su alma.

A Claudio le subyuga desde el primer momento la niña; desde que salió de su casa aquella tarde hasta que se encuentra a su lado no tiene un punto de referencia claro, un motivo de simpatía, un apoyo para su soledad y un módulo para graduar el desierto de calles y salones en que se halla metido.

Recorriendo de nuevo la casa con ella, ya no le parece tan excesiva ni tan intacta; la tela de las sillas muestra en su tiesura de bazar de lujo un pliege revelador de haber vivido, como esa arruga pasional que descubre el alma en un rostro de mujer atirantado por la cosmética.

En el lenguaje arbitrario de Lalita, cada palabra bárbara sale estremecida de vitalidad, como modulada por primera vez en el aire, y el aire, en torno suyo, acaba siendo nuevo por completo, aire de creación, atmósfera edénica, gozosa de vibrar por primera vez con voces humanas.

Claudio es muy niño para darse cuenta de esta emoción de vida recién salida de la arcilla que se desprende de Lalita; se conforma con sentirla y dejarse ganar por ella, y sigue a la niña, que va lanzando al aire sus palabras como pelotas de colores que rebotan un momento en la atmósfera azul de la tarde y se

pierden en el foso del silencio de su compañero.

Por fin han salido al parque, libres, solos. Adán y Eva infantiles con un Paraíso de una hora, en que podrán poner nombre, no sólo a todas las cosas creadas, sino a las que ellos inventen, y Lalita pregunta, ya segura de no ser oída por su madre:

—¿Tú sabes hablar en catalán?

—Sí—responde el muchacho, sonriendo—. ¿Es que tú prefieres hablar en catalán?

—Yo, sí; antes éramos catalanes.

Claudio siente un poco aquel nacionalismo de la niña, que le aleja de él, pero el catalán de Lalita está tan informado por la personalidad creadora de la niña, que tiene la misma bárbara gracia naciente que su castellano. Vuelven a estar tan juntos como antes, más juntos aún, porque, habiendo hecho un reconocimiento de fronteras y habiéndose puesto un lacito nacional en la solapa, pueden saltar alegremente sobre el lindero y anudar todos los colores en un arco iris.

Pero Lalita necesita aclarar un punto más antes de anudar del todo aquella amistad nueva, y debe de ser un punto muy importante, porque detiene su impetuosidad nativa en una dubitación que dura hasta unos tres segundos.

—¿A ti te gusta el pan con tomate?

Claudio ríe con la misma sorpresa que causa un gato que se sube en un hombro. ¡Qué deliciosa democracia la del pan con tomate! ¡Cómo

no ha de gustarle a él, que ha sido besado en los labios por la misma Libertad de carne! Responde con una afirmación tan fervorosa como un beso, y ella la recoge con las puntas de su faldita de seda, levantadas como para una vendimia.

—Pues merendaremos eso. A mí me gusta mucho. Iba a comerlo cuando tú has venido.

Corre gozosamente a la cocina, y Claudio se olvida de todas las repugnancias y las angustias con que llegó a la casa, de su temor y de su encogimiento en los salones ante los maniquíes humanos de la feria del lujo. En su Paraíso momentáneo, la Eva infantil no le ofrece las manzanas prohibidas por Dios, sino el pan con tomate, de que abominan las serpientes.

Vuelve la niña algo más moderada en el andar para que no resbalen en el plato las dos rebanadas de pan tierno, esponjosas, untadas con la pulpa escarlata, adobadas de aceite, sabrosas con la escarcha finísima de la sal.

Los dos niños se sientan en un banco de mármol y meriendan alegremente bajo el cielo que empieza a desleir las amatistas de la tarde al ir comiéndose también el gran fruto rojo del sol crepuscular. La caridad blanca, inocente, del pan, atenúa la malicia, roja, huertana, del tomate, hasta dejarle en buena gracia infantil bajo la bendición del aceite y de la sal sagrados.

Es un festín de égloga antigua, en que no se

mezcla ninguna pezuña de mala inclinación, y acaban borrachos de alegría.

Cuando vienen a buscarle para la partida, Claudio siente una gran extrañeza de tener que marcharse, mejor aún, una extrañeza de este apego a un lugar adonde vino con tanto miedo, mas, apenas divisa de nuevo el rostro de cera y la enjoyada magnificencia de la señora de Marfull, se termina su momentánea felicidad.

—¿Es este mi hombre?—suena desde las profundidades de una gran *bergère*, una voz recia y clara como de una trompa de pedernal.

Claudio se estremece de pies a cabeza y se vuelve; allí está su enemigo. El señor Marfull le tiende una mano llena de brillantes.

El industrial es recio, vigoroso, corpulento, aunque no muy alto; tiene un busto de atleta, que comienza a ser invadido por la grasa, y Claudio se admira de encontrar en él los rasgos de Lalita. Hasta la voz aquella que suena como en un cañón de piedra, tiene la misma franqueza explosiva de la niña.

«Cada palabra mía vale tanto como una escritura», parece afirmar rudamente aquel acento sonoro de montaña.

Claudio percibe inconscientemente que, si aquel señor tuviese su edad, serían muy amigos; pero don Damián Marfull embute su grasa en un chaqué de cintas y hace brillar un solitario en cada mano. No podrán entenderse. Clau-

dio siente que su futuro jefe no sea la señora de Marfull; así podría odiarle abiertamente.

—No parece tonto el chico—sonríe el fabricante, dirigiéndose al señor de Bustares—. Le confieso francamente que me hace una impresión mejor de la que esperaba. Yo conozco a la gente, la veo al minuto, y, francamente, temía que el chico...

—Lo celebro, lo celebro—responde don Luis Ignacio, inclinándose—; pero ¿qué le hacía temer?

—Hombre, nada; pero si se parecía a usted...

La señora de Marfull fulmina a su marido, mientras ríe nerviosamente no se sabe qué ocurrencia de Lalita, y don Damián corrige como puede:

—Si se hubiese parecido a usted, me hubiese hecho temer, porque usted es hombre de otro mundo, para otras cosas, un idealista; no sirve para los negocios, es un idealista.

Nadie trata de averiguar qué significación tiene «idealista» en el vocabulario del señor Marfull, y Eulalia, muy nerviosa, colma al caballero de sonrisas y de amabilidades en la despedida.

Don Luis Ignacio, de nuevo en el coche que los reintegra a su casa, enciende un cigarrillo, mientras comenta:

—El señor Marfull es un poco bruto, pero excelente persona; uno tiene que hacerse cargo. Tú has tenido la suerte de caerle bien. Harás

carrera. Y el señor de Bustares se arrellana satisfecho; su gran preocupación desde que acabó de arruinarse era Claudio, y ahora le parece que la descarga dichosamente en las manos mecénicas del señor Marfull.

* * *

El trato que Claudio había hecho consigo mismo tocaba a su término. Mientras durasen los exámenes no pensaría en los Marfull, no recordaría para nada la amenaza que pesaba sobre su vida. Todas sus energías se habían concentrado en la lucha contra el catedrático y contra la asignatura que son los exámenes. El gozo de la vida estudiantil es un goce plenamente militar, de estrategia antigua, de guerra de guerrillas. Un vago plan de conjunto, con un ideal impreciso en que se substituye el concepto de patria por el de porvenir, y una serie ininterrumpida de obstáculos, que se van venciendo en sucesivas batallas anuales. El Derecho, la Medicina, la Ciencia, está lejana, y, en cambio, enemigo tangible e inmediato, el Derecho romano, la Anatomía, exigen los esfuerzos y los ardides que consumen las horas.

Vida de estudiante: libertad plena para el ensueño, afanes cotidianos superables saltados con la garrocha de la adolescencia. El sol prendido en el ojal de la solapa.

Claudio no podía dejar que se truncase aquella vida, que era la única que él entreveía, sin un gran dolor. Desde su edad más temprana, vió la Universidad como la escala de Jacob, con ángeles de primero, de segundo, de tercer curso..., y, en la cima, la gloria. La gloria social hecha con los tópicos de todas las vidas ejemplares, aureolas de artistas, esplendores de generales, hasta púrpuras de mártires y tribunos.

Él no sabía exactamente cuál sería su gloria, pero creía en ella y la esperaba. De pequeño, cuando en la gran casa provinciana se sentía toda la holgura del bienestar—llama en las chimeneas, perfume regalado en la cocina, olor suave de limpieza y blandura en los armarios—, le habían hablado de ser diplomático. El niño vió una gloria de damasco blanco y oro antiguo, como una gran misa mayor en el altar de seda carmesí y terciopelo grana. Él oficiaría en el retablo de las cortes extranjeras embriagado en la atmósfera densamente azul del incienso que no acaban de traspasar todas las lancetas de fuego de los cirios, sobre la plataforma de la admiración del vulgo. La gloria era un poco el hieratismo de los santos en los altares, perfil estatuario, apostura, dulce balanceo de andas entre flores y bombillas eléctricas.

Desde muy pequeño se le fué asentando esta idea de que él había nacido para estar en el retablo delante de un nimbo, cuajado de pedrería, dándose a la admiración, y, ahora, des-

cender de las gradas para mezclarse entre la plebe anónima que asistía a los cultos, ser un empleadillo, casi una hortera, un hombre que, a lo sumo, podría amasar algún dinero para la vejez, le destrozaba el alma. ¡Si siquiera le hubiesen permitido rodar del todo y descender hasta los obreros!

En cuanto comenzó el bachillerato, recibió la infusión del santo horror a los horteras, buena gente que antes había mirado como seres benéficos puestos en intermedio entre los anaqueles de las tiendas y las manos de la Humanidad; por eso, la idea de convertirse en uno de ellos le degradaba más ante sí mismo.

Y con el último sobresaliente, roto ya todo armisticio, se encontró cara a cara con aquella desesperación, con las mazmorras del señor Marfull en que iban a morirse todos sus ensueños, con la nueva vida vulgar sin horizonte posible, ni más galardón que unos cupones de la Deuda.

En el primer momento, con la alegría del triunfo y con la costumbre de otros años, no se dió cuenta de lo que aquel sobresaliente significaba para él, y corrió a llevarlo a su casa.

Doña María de Belén y Fulgencia lo recibieron con el gozo de siempre, y discurrieron un postre de dulce en honor suyo. Toda la casa tenía un rico olor de azúcar quemado, que acaramelaba el sol del mediodía, cuando vino a comer don Luis Ignacio.

—¡Ya es bachiller, ya es bachiller!—le gritó la señora apenas le vió entrar por la verja del jardín. La buena señora gozaba el triunfo maternal de la inteligencia de su hijo, y, completamente dichosa, cortaba unas rosas.

—¿Cómo? ¿Cómo?—preguntó don Luis Ignacio, que venía distraído y no se acordaba en aquel momento de que hubiese bachilleres en el mundo.

—¡Con sobresaliente, como siempre!—replicó radiante doña María de Belén.

El señor de Bustares se dió cuenta de que se trataba de los exámenes del hijo. Claudio apareció.

—¿Con que acabaste ya del todo?—le preguntó don Luis Ignacio, besándole en la frente.

—Sí, papá.

—Muy bien, muy bien. Enhorabuena... Y ahora a descansar unos cuantos días, todo lo que queda de mes, para empezar luego en casa de Marfull.

Sobre el sol de caramelo cayó una polvareda de ceniza; todos procuraban hacer como que continuaban alegres, pero el único que lo estaba era el señor de Bustares; ni el rico pastel barnizado de oro rojizo logró volverles el entusiasmo; los pomares del mundo habían volcado sus acíbares sobre aquel dulce familiar, y era inútil el entusiasmo del azúcar tostado.

Los demás días de prórroga tampoco fueron felices. Claudio se levantaba tarde, se acostaba

temprano y pasaba el tiempo aburrido en los rincones de la casa. Procuraba en la pereza tender sus telarañas para atrapar ilusiones, pero en seguida venía el moscardón rabioso y torpe que se llamaba Marfull a romperlas, haciéndole levantarse nerviosamente. Por último procuró no pensar, no hacer nada, tenderse con resignación de esclavo a la sombra de los días que le faltaban.

Pero uno de los últimos, doña María de Belén, que compartía su tristeza, que la sentía como la mayor angustia de su vida fracasada, le obligó a salir, le dió dinero y le despidió mandándole divertirse.

Claudio salió con una tristeza mayor que nunca y en lugar de irse hacia la ciudad, en solicitud de paseos y cines, se internó en el barrio obrero, entre las casas hacinadas de viviendas miserables, llenas de tabernas, tejidas de gritos y carreras por los pilluelos insolentes. La pobreza se vuelca en ellas, hacia fuera y empavesa de ropa lavada sus balcones para el espectáculo diario de la calle. El bachiller anduvo como el lobo franciscano por las calles anchas y mal regadas, llenándose de polvo los zapatos de charol, abierta la caridad de la mirada como un torno de hospicio para todas las orfandades y extendido como una bandera el perfume del heliotropo materno.

Las casas, cada vez más raras, se interpolan de hortales miserables y, a veces, un ramal de

alambrada o una valla ataja los pasos con un terreno aún sin expropiar. El viento costalea sus retozos en el cañaveral de una acequia de fábrica, y la desolación enorme de los muros sin paramento ni resquicio ninguno respalda brutalmente este comienzo de égloga; sobre su cuadrilátero gris-sepia, emerge la escueta arboladura de las chimeneas de ladrillo, desgreñadas de humo como apóstoles vociferantes en el motín de los tejados.

Y cuando la tarde estaba en su mejor sazón, cuando el arco de oro del Poniente tiende una rama lírica para templar todas las gargantas de los pájaros, los graznidos de las sirenas de las fábricas dejaron caer sus alas oscuras sobre la ciudad para abatir con su pesadez las sombras y apresurar mejor la noche. Los obreros comenzaron a salir del trabajo.

Claudio, que había andado mucho, se encontró con sorpresa a dos pasos de su casa y, para no pasar junto a ella, porque aún era temprano, o porque el encontrarse entre los grupos de obreros que salían le trajese el recuerdo de la Libertad de carne y hueso que le besó los labios, sin darse apenas cuenta de lo que hacía, se encaminó a la fábrica de hilados, frente a cuya puerta y las de «La Fraternidad, Vinos y comidas», había participado en la bacanal callejera.

Pero el atardecer un poco ahumado no tiene la exaltación de aquel mediodía. Los músculos

están laxos, las gargantas, tapizadas del polvillo de las máquinas, tienen un largo deseo de callar ante un buen vaso colmado, y las mujeres, que se han vestido con las ropas que trajeron por la mañana, han recobrado el pudor al ponerse las medias y las alpargatas limpias. El cromo revolucionario se ha disipado en un dibujo melancólico, con mucho gris de tinta china y, sin embargo, algunas parejas de guardias rondan las tapias de la fábrica y hasta relucen los tricornios enlutados, con un charol de catafalco, de la Guardia civil.

Claudio reconoce algunos rostros de los que vió aquella mañana: el mozo obrero, picado de viruelas, de cabello crespo, que tendía su cuello ancho de ternero estremecido junto a la mujer; el viejo fruncido de malicias, la niña cegata que le recogió los cuadernos. Todos han salido y se pierden en pequeños grupos. Sólo ella falta.

¿Acaso no ha estado nunca? ¿Acaso Claudio la ha visto sólo en el cromo del tabuco revolucionario? ¡Pero no, sus labios estaban calientes, sus labios sabían a vino y a vida!

El portero de la fábrica, grasiento, cojo, inválido de las garras de las poleas y los dientes de los engranajes, cierra lentamente la puerta de hierro. Claudio se marcha tristemente, con una nueva decepción sobre las desolaciones de los últimos días. Acaso, inconscientemente, esperaba que la Libertad le montase en su carro

de asalto y le llevara a derribar el edificio de hierro y de oro que le aprisiona a él más que a los obreros. Claudio siempre había sido sensato y abiertamente nunca se hubiera atrevido a desear esto, pero, en el fondo de su alma, Dios sólo sabe qué fugas imposibles y qué aventuras sangrientas esperó de aquel encuentro.

¿Dónde ir ahora? Para volver a su casa, es muy temprano; para ir a un espectáculo, muy tarde. Tendrá que andar, andar por las calles, con los pies cansados; ya no es el lobo de San Francisco, sino el perro del leproso.

Vacilante, dudando en los pasos y en el ánimo, vuelve la esquina y, cuando menos lo esperaba, se encuentra frente a frente, en su realidad de carne jocunda, a la deseada Libertad.

Ella le reconoce y le sonríe. Ahora está vestida y peinada; pero, bajo la rigidez de las telas modestas, se curva la carne dura y sana; la compostura del peine y el agua no ha conseguido más que mal domar la cabellera rebelde, y por todas partes se barrunta su sacra arquitectura de semidiosa de la calle.

—¡Toma! ¿Has venido? ¡Yo creía que ya no volvería a verte!

Lo dice con una sencilla naturalidad, a modo de saludo, y él le responde con arrogancia prematura de galán:

—¡Ya ves, he venido a buscarte!

La Libertad se ríe. Entre el bermellón de la boca, la línea intacta de marfil de los dientes

abre un arco luminoso para su regocijo. Toda la blancura que aún quedaba en el crepúsculo, viene a apretarse sobre aquella boca, y, en adelante, para Claudio ya no hay luz más que en ella.

—¿Y por qué has venido? Hubieras hecho mejor no viniendo. ¡Eres tan chico aún!...

Habla con piedad sana, casi maternal; la ironía que hubiese espoleado el naciente orgullo masculino del chico desaparece, y él se queda embobado, temiendo haber hecho mal en realidad, como cuando su madre le regaña. La mira, la mira y su timidez se redobla. Es demasiado fuerte el paso para su inexperiencia.

Ella vuelve a reirse; se goza con el juguete caro; en realidad, no sabe qué hacer con él, como con un regalo demasiado inesperado, pero no quisiera dejarlo pronto; si habla, comprende que tendrá que despedirlo, y por eso prefiere encadenarle entre risas y miradas. Mas de mirar al chico pudoroso ante ella, la mujer vuelve a recobrar la cándida coquetería de sus quince años, hace mimos pueriles y dobla virginalmente el cuello.

De durar, aquel juego la hubiese enternecido peligrosamente con esa nostalgia imposible de lo que pudo ser y llega demasiado tarde. La Libertad, sin atributos ni comparsería, a la sombra de las chimeneas macilentas, en un atardecer de humo y de polvo, está a punto de retrogradarse al limbo romántico de Virginia, la

casta prometida de un amador inocente, cuando una de sus compañeras de trabajo se para frente a ella. La Libertad recobra, en su presencia, la intención maligna de mujer, enlaza el brazo del bachiller y lo muestra:

—Mira, mira qué novio tan hermoso tengo.

La otra contempla la extraña pareja y aunque quisiera reirse y bromear, una preocupación que le embarga se lo impide, y murmura misteriosamente:

—Óyeme, Libertad, porque tengo que hablarte.

Libertad no la escucha; el pretexto de dar broma a su compañera le sirve para coger su juguete humano, y no lo soltará tan fácilmente.

—Luego hablaremos, chica; ahora tengo que irme de paseo un rato con mi novio, con este novio tan guapo que me ha salido.

Da unos pasos enlazada al muchacho, mirándole a los ojos, sonriéndole, excitándole con el vaho de su sensualidad poderosa. Ahora la enamorada virginal se ha trasmutado en la mujer perversa que olfatea en el adolescente un placer refinado.

La compañera ríe al fin, pero sólo un momento; una ligera explosión, un breve escape juvenil de complicidad y, moviendo a un lado y a otro la cabeza, vuelve a su taciturno gran secreto.

—Libertad, Libertad, no juegues, que vas a perderte, que te andan buscando.

La Libertad se para, se desprende del brazo del niño y se yergue con toda su altanera majestad, con el imperio aquel que hace imposibles de desobedecer sus mandatos.

Claudio queda a un lado, como si la mujer, al convertirse en mito, lo hubiese tirado por los suelos.

—¿Me buscan? ¿Estás segura?

—Deben de saber algo, y algo de ti precisamente...

La voz de la obrera, al insinuar, se ha hecho muy queda y, con los ojos, señala al adolescente burgués que puede ser un espía.

La Libertad se encoge de hombros, como si el muchacho fuese un objeto que le perteneciera.

—Habla, habla.

—Han preguntado por ti en la taberna; han detenido a algunas muchachas y han registrado a varias.

En los rojos labios dominadores se dibuja un soberano gesto de asco y escupe.

—¡Los hombres, los hombres! ¡Siempre lo mismo! Sé muy bien de dónde viene, pero sabrán quién soy yo.

Luego coge por un hombro a Claudio y le mete como una sonda de fuego la mirada por los ojos.

—Tú no eres como ellos, ¿verdad, chiquillo? Tú me salvarás.

A la serpiente femenina en este instante de

terror se le han caído las escamas de acero y muestra lo que tiene de paloma; ya es la hermana que, aunque sea mayor, se acoge al pecho del varón niño.

Claudio asiente con un sí tan suave como un beso, y ella, sin dejar de aprisionarle el hombro, saca de su pecho un fajo de papeles y se los entrega.

—Toma, lleva esto a la calle de la Marina, al número trescientos veintisiete, quinto piso, letra B. Si yo no estoy allí, dices que vienen de mi parte.

Y dejando resbalar la mano por el brazo hasta oprimirle el codo en despedida, huye murmurando:

—¡Sálvame!

Cuando el bachiller acaba de darse cuenta, las dos mujeres han desaparecido esfumándose en la neblina del crepúsculo que aún no han empezado a disecar las ígneas lancetas del gas Lebón.

Claudio guarda los papeles tibios regustados de los senos de ella y echa a andar. ¡Qué terrible aquella primera prenda que le entrega la mujer! No son cartas de amor ni hojas de rosa, ni ninguna otra futesa romántica, sino láminas de metralla viva, esencia de dinamita. ¿Qué contendrán los peligrosos documentos?

El muchacho siente la responsabilidad del mensajero antiguo que llevaba la declaración de guerra; le parece que lleva la sentencia de

muerte de la ciudad. Alza la mirada y se encuentra con el perfil rocoso de las torres de la Sagrada Familia. ¿Las decapitarán también?

La calle de la Marina, ¿dónde estará? No ha oído nombrar nunca hasta entonces aquella calle que le evoca una visión de agua turbia del puerto, canales de agua espesa, oleaginosa, entre quillas de barcos pintados de negro y bermellón, espejo de agua negra en la noche serpentineado de lucecitas verdes y rojas. Calle que huele a cieno de mar, a aguardiente exótico, a tabaco de pipa y a tela con mucho apresto. ¿Dónde estará aquella calle brava de apaches del Mediterráneo?

Quisiera preguntarle a alguien, pero teme infundir sospechas; desde que guarda los terribles documentos, todo le parece inquisidor en torno suyo.

La calle de la Marina debe de ser conocida; la pestilencia de sus secretos debe de transcender por la ciudad sobre el olor de mariscos y aguardiente de sus losas.

Un relámpago de cobardía infantil le cruza el alma con el recurso de las faldas maternales.

—¿Y si no fueras?

Claudio se ruboriza intensamente. Ella le ha dicho «¡Sálvame!» con los labios fruncidos, achicados, un poco temerosos y otro poco pueriles, como si dejaran escapar un bombón. En aquel «¡Sálvame!» le ha entregado, con la con-

fesión de su miedo, un secreto infantil de hermana, una parte de su ser más recóndito, el que nadie de los que la ven ahora a diario conoce. Claudio tiene con él lo más puro de la niña que ha jugado al corro y ha enfermado de luna en las primaveras de aquel barrio triste. Él no puede serle infiel; sea lo que sea lo que ella le ha dado, lo llevará; el contenido no le importa; el venir de ella es razón suficiente. Hay que salvarla aunque perezca la ciudad. Esta convicción le hace aligerar el paso, casi echar a correr, pero a los pocos metros tiene que detenerse nuevamente.

¿Cómo irá sin saber el camino? ¡Es necesario preguntar! ¿A quién?

Está en un lugar desierto; ya es casi de noche. En una esquina, un farol solitario hace más tenebrosa la oscuridad con su cono de luz pálida, casi verde; es el farol que alumbra los atracos en todas las estampas de ladrones.

Viene despacio a su encuentro una vieja, torpe, cabeceando la carga de sus trabajos. ¿Le preguntará a ella? No, no; muy bien pudiera ser honrada y hasta devota y asustarse de verle ir a una calle tan mal afamada.

Viene luego un doncel presumido, compuesto. Claudio percibe en él a una hortera y se abstiene de preguntarle por prejuicio. Por fin aparecen dos obreros, uno viejo, otro casi niño. Tienen ambos el aire duro, la fatiga del trabajo, el roto descuido de la pobreza. «Éstos no se

extrañarán de nada», piensa el bachiller, y se dirige a ellos resueltamente.

—¿La calle de la Marina? ¿De la Marina?—repite, procurando recordar, el viejo.

—Sí, padre, sí; la calle de la Marina, donde está el Patronato de San Luis Gonzaga.

Le encaminan hacia allí con gran lujo de ademanes, dibujando en el aire la topografía. Claudio sufre una desilusión. El nombre del Santo adolescente ha puesto un perfume de lirios de colegio y de incienso de novena; ha clavado una banderita azul en la calle; ya no puede ser tan tenebrosa.

Y el desencanto hace perder de tal modo el interés al estudiante que, contra su voluntad, no escucha bien las indicaciones de los obreros, y se pierde al poco rato por las calles nuevas, monótonamente cuadriculadas entre el doble cordel de las aceras y de las azoteas.

Tiene que volver a preguntar, pero esta vez ya no repara. La calle de la Marina tiene ahora para él un mar añil con espumas de papel recortado y unos barquitos blancos. Se dirige al primero que pasa. Cuando está hablando con él, se acerca un guardia. El uniforme hace saltar en el bolsillo de Claudio todas las larvas de los papeles revolucionarios, y el muchacho, sintiéndolos vivir, tiembla de pies a cabeza, como si las palabras subversivas que contienen se le fueran a escapar antes de tiempo.

El guardia le mira atentamente. ¿Se le ocurrirá registrarle?

Y el muchacho, apenas oye la última palabra de su informador, sale casi corriendo en la dirección indicada. Al poco rato suenan unas pisadas a su espalda, unas pisadas que procuran alcanzarle. Claudio corre; el que viene detrás también. Ya no le cabe duda de que le persiguen. Alguien le ha descubierto o tal vez venía siguiéndole desde que se separó de la Libertad.

Claudio, ya desesperado, corre con desenfreno, zigzagueando las calles, usando los ardides de los juegos infantiles. Los faroles se inclinan, asomándose a su carrera, y los árboles, negros, tienden sus sombras largas para echarle la zancadilla. Él corre cada vez más acelerado, hasta que una detonación rompe el ritmo de su carrera. Y todo su cuerpo resuena a la detonación, vacila, se siente chorreando, empapado en algo que debe de ser la sangre. Ha llegado su última hora. Y en aquel momento supremo piensa que, al fin, no será esclavo del señor Marfull. Un dolor agudo le obliga a detenerse y, tambaleándose, se apoya en un árbol. Cierra los ojos. ¡Si siquiera muriese antes de que le alcancen sus perseguidores! Y mentalmente se dirige a Dios. «¡Señor, que sólo encuentren mi cadáver!...»

Pero al cabo de un minuto no ha llegado nadie. Abre los ojos. Aún le zumba la carrera

en la cabeza y en el pecho, pero no siente dolores ni encuentra sangre. Únicamente está bañado de sudor. Frente a sus ojos un rótulo puesto en una fachada, dice: «Calle de la Marina». Hay tiendas de barrio, cafés populares y una animación de calle mayor de pueblo grande, cabeza de partido.

Sobre el antro de conspiración que Claudio busca, sobre la evocación de puerto del nombre, triunfa la banderita de San Luis Gonzaga. En la animación pacífica, artesana, que le rodea, Claudio se tranquiliza: ¿qué habrán sido la persecución y el disparo?

Con las rodillas aún un poco blandas, como gozne de compás viejo, Claudio camina de nuevo buscando el número 327. Es una casa vieja, con un portal estrecho, por donde enhebra el fuelle de los patios su cañón de viento. Un mechero de gas desguarnecido chorrea un gajo de luz anaranjada demasiado mordisqueado por el viento. Una babel de olores cae desde la torre de las cocinas. El bachiller asciende por la vieja escalera, tan desgastada en unos sitios como añadida de basura en otros. Se detiene en la puerta señalada y, antes de que toque al llamador, se abre. Claudio ha llegado al antro de la conspiración.

Lo primero que se ofrece a sus ojos es la teoría de Laplace: en torno de la lámpara, núcleo luminoso, centro de la conjura, gira una atmósfera de humo tan densa, que parece que va

a condensarse por momentos en nebulosa y, circundando al anillo de humo, como si acabasen de formarse de él, con las facciones aún borrosas por la larga rotación sufrida, varias cabezas de obreros que se mueven.

Pero no puede contemplar mucho rato esta visión de astronomía revolucionaria. La Libertad, que ya vuelve a estar desgreñada, con los vestidos en desorden y manejando el humo del tabaco como una bandera, aparece en el marco de la puerta y, reconociendo al muchacho, a pesar de la oscuridad del pasillo, se vuelve triunfante para exclamar:

—¡Lo veis, lo veis! ¡Ya os lo decía yo!

—¡Bravo, Libertad, bravo!

—¡Hazlo pasar!

—¡Enséñanoslo!

—¡Queremos verlo!

Claudio está completamente avergonzado. La revolución, sin luz mediterránea, sin sol de mediodía, sin exaltación de color, se le hace intolerable. La grosería de aquellos rostros, que nacen del protoplasma del tabaco, le humilla. Son una serie de cabezas gesticulantes entre el humo, porque a la luz escasa los trajes azules se funden con la penumbra. ¡De qué buena gana les escupiría una a una! El burgués, que ha renacido en él, pisotea las losas con rabia. Pero se siente todo lo débil y niño que es aún y, si no estuviese allí la Libertad para defenderle, lloraría.

La Libertad yergue su cuerpo, en tensión cada músculo, pronta al ataque, magnífica, retadora en su actitud de hembra fuerte.

—¡Vale más que vosotros! ¡Dejadle!

Suena una carcajada general, y la risa hace tan repugnantes aquellas cabezas bajo la lámpara, que el muchacho entorna los ojos para no verlas.

—¡Si no queremos estropeártelo!

—¡Si te lo dejaremos entero!

—¡Os he dicho que me dejéis!

El gesto definitivo de la Libertad contiene a los hombres un momento y ella lo aprovecha para volverse rápidamente a Claudio.

—¡Dame los papeles!

El muchacho se los da y ella se los tiende al que tiene más cerca y retrocede hacia el pasillo, empujando suavemente al estudiante.

Pero una de las cabezas avanza, la que se mostró más sañuda en las burlas, la más repugnante de todas, con la boca fuerte e innoble y un ojo tuerto de cíclope. Al llegar al contraluz, se dibuja en sombra su cuerpo robusto, alto, musculoso, que casi tapa toda la claridad de la puerta.

El gigante viene riendo y trata de separar a la mujer.

—Déjamelo ver a mí, por lo menos; yo creo que tengo derecho...

Su risa es casi obscena. Claudio no puede sufrir más, se siente David ante el hombre

fortísimo, crispa los puños e intenta hacerle frente.

La Libertad adivina, o siente, la crispación del niño y le estrecha contra su cuerpo, mientras rechaza con violencia al hombre.

—Tú menos que ninguno.

—¿Después que te consiento los caprichos?

—¡Cobarde!

El empujón de la hembra hace tambalearse al hombre que, con la risa, no pone ningún esfuerzo. Ella, en tanto, consigue salir al pasillo sin soltar al muchacho y le conduce hasta la escalera.

—Vete—le dice, con una ternura insospechada hace un momento en aquella boca tan fuerte—. Vete; ya ves que eres muy chico. ¡Vete y no me busques más!

Como una madre que renuncia, le besa en la frente, le estrecha contra el pecho robusto y le empuja suavemente hacia la escalera.

Él llora de rabia, de rabia de no poder cortar la cabeza tuerta del gigante y lanzarla en triunfo desde la azotea sobre la ciudad liberada de aquel monstruo.

Una mano poderosa surge del pasillo y arrastra a la mujer al interior.

—¡Ven, rica, ven, basta ya; deja al monigote!

La puerta se cierra con estrépito.

Claudio vuelve a subir unos cuantos escalones frenético, pero se detiene; comprende que es inútil querer luchar contra todos aquellos

hombres que flotan en el protoplasma revolucionario. Vuelve a bajar la escalera, arrugado, deshecho, pisoteado como un guiñapo.

¿Qué pasará entre tanto en aquel antro, en aquella cueva en un quinto piso que a Claudio le parece excavada en una piedra troglodítica?

La Libertad, la mujer fuerte, la mujer mítica, la que amamanta a sus senos los cachorros del león, no es tan fuerte como el niño la creía. El sexo la vence bajo el puño del cíclope.

Sale de nuevo a la calle. El aire de la primavera es dulce y fresco. En la serenidad de la vía artesana, Claudio siente que se diluye el protoplasma revolucionario hasta difundirse en el cielo estrellado. Unas vecinas hacen corro cerca de la puerta; unas niñas cantan. Claudio, ya más animado, busca un tranvía para regresar a su casa. Le parece que al entrar en él borra toda huella. Nadie sabe cómo se llama; si le acusaran, podría negar; nadie le conoce en el coche.

En la parada siguiente, sube una señora burguesa envuelta en un abrigo de seda negra, perfumada de violetas; dirige una mirada a los sitios vacíos y viene a sentarse al lado de Claudio. La burguesía le absuelve, pues, tácitamente, de la locura revolucionaria, y la dama verónica le lava con su perfume de violetas de toda señal de los pasados contactos.

El bachiller acaba de reaccionar y, casi ale-

gre, baja en una parada que no es la de su casa, para simular que vuelve a pie del centro de la ciudad. Pero, al hallarse fuera de la luz del tranvía, de la compañía desconocida de los otros pasajeros, poco a poco le retorna la sensación de inquietud y, ya cerca del hotel paterno, le detiene con espanto la visión, tan conocida a la luz de otras horas, de la palmera que se asoma por detrás de una tapia. Ahora, sobre la gasa fina bordada de cristal del cielo de la noche, la palmera recorta su silueta dura y se inclina de un modo amenazador, aspando los diez brazos de sus palmas por cima de la tapia, sobre la copa blanda, femenina, de una acacia que está casi frágil con su floración blanca. De nuevo la visión del cíclope abrumando con su puño a la Libertad de carne sonrosada. Claudio entra en su casa sin poder apenas tenerse en pie.

Fulgencia le recibe con una complicidad misteriosa.

—¡Aprisa, aprisa, por Dios! Tu papá ha llegado y le hemos dicho que estabas cambiándote de traje. Aligera, aligera.

Claudio teme que no podrá soportar tanta simulación. ¿Y si lo confesase todo? ¡Qué magnífico alivio el de la confesión! ¡Qué masculinidad al decir la verdad! Aquel continuo mentir con la complicidad de las mujeres le aniña de un modo mortificante; pero piensa en las lágrimas, en los terrores de su madre si confie-

sa, y se decide a seguir siendo el niño que disimula por no hacerla sufrir.

Doña María de Belén entra en la habitación de su hijo. ¡No le dejan ni este instante de reposo!

—¿Cómo has tardado tanto?

Claudio oculta sus zapatos de charol llenos de barro debajo de la cama y se viste apresuradamente.

—¿Te has divertido mucho?

—Sí, mamá. Mucho... mucho.

¡Qué trabajo le cuesta la mentira, la mentira de hombre para seguir siendo niño!

—¿Estuviste en el cine? Esos cines terminan muy tarde.

—¡Oh, sí, demasiado tarde, mamá!

Claudio besa a su madre apasionadamente, aceptando las mentiras que ya le entrega ella hechas.

Don Luis Ignacio pasea por el comedor esperando. Comprende perfectamente que Claudio acaba de llegar, pero hace como que no se entera; se ha propuesto ser tolerante en aquel último día de vacaciones. Y, además, como el chico ya es un hombre, que comenzará a ganarse la vida, debe tener alguna libertad, no debe celársele demasiado estrechamente.

—¿Te has divertido mucho?

Al repetir la pregunta de su mujer, el caballero se inclina para besar al niño sobre el grupo que forman la madre y el hijo. Claudio está

a punto de lanzar un grito; en la sombra de su padre, agrandada, ha creído ver de nuevo la masa brutal del cíclope cayendo sobre su pobre madre.

Ya el cíclope no le deja en toda la noche; infatigablemente amontona pesadillas sobre sus sueños y le acompaña en el insomnio con el puño levantado como una amenaza sobre la Libertad, sobre su madre, sobre la ciudad entera.

Cada ruido que entreabre la quietud de la noche es para el muchacho un preludio de la revolución que va a estallar. Espera que de un momento a otro comience la batalla, y a veces salta de la cama para mirar a través de los cristales buscando las primeras fogaradas de la revuelta; pero todo está tranquilo y, en el jardín del cielo, la fiesta de la media noche pone mayor brillo en las estrellas y reparte una claridad difusa, en el contorno de todas las cosas. Vuelve a acostarse más aliviado; la sensación fresca del cristal le descargó la frente ardorosa.

¿Qué será Barcelona en la revolución? En las ideas sencillísimas de Claudio, tomadas de los obreros de su barrio, la revolución es algo que trastrueca de abajo arriba el orden existente. Un inmenso montón en medio de la plaza de Cataluña, en donde se juntan todas las riquezas de la ciudad para un nuevo reparto. Un tribunal espantoso en el que el cíclope juzgará como magistrado supremo, escol-

tado de los rostros soeces que flotaban en el protoplasma bajo la lámpara de la conspiración.

¿Qué harían con él? El cíclope lo mandará al patíbulo por odio, y él subirá sereno, como un príncipe en los días del Terror, con las manos atadas a la espalda y todo el orgullo de la casta en la frente. La Libertad se enterará tarde y sólo podrá llegar a los pies del cadalso con la túnica griega desgarrada para mostrar los senos que han amamantado al pueblo, la crespa cabellera tendida a los vientos como un negro gonfalón de luto, y los brazos alzados para empinar mejor sus lamentos. Es inútil todo, es inútil todo; llegará demasiado tarde para salvarle. Suena el redoble de los tambores. Claudio cae sin vida sobre la plataforma de las ejecuciones.

El bachiller está ya dispuesto a morir y afronta la amenaza con una serenidad suprema; su vida estará truncada en flor, será una página inacabada donde no se habrán escrito más que notas brillantes en los fines de curso.

¡Pobre Barcelona, ensangrentada, las fábricas y los Bancos ardiendo, el señor Marfull arruinado! ¡Si al menos consigue salvarse! Y la señora de Marfull, con su estiramiento de estatua de cera, sus trajes deslumbrantes y sus joyas, ¿qué papel desempeñará en la nueva vida? Tendrá que ir al trabajo por la mañana muy temprano, mal vestida como las demás

obreras. Pero ¿dónde trabajarán los que ahora son ociosos si se queman las fábricas? Pensando en las mujeres elegantes, mimadas, caídas en tan duro destino, recuerda a Lalita.

¡Pobre Lalita! Menos mal que le gusta con delirio el pan con tomate y esto podrá comerlo en la nueva sociedad revolucionaria. ¿Y quién sabe si por este gusto democrático se salvará?

¿Y don Luis Ignacio? Don Luis Ignacio será una pobre víctima inconsolable.

Las víctimas más crueles de las revoluciones son estas que perdieron una cosa indefinida, pero que era todo su existencia; perdieron mucho más que las otras, que las que se quedaron sin honores, sin poder, sin fortuna; ellas no tenían antes nada de esto, pero vivían en espíritu por la ilusión de todas estas cosas. ¿Qué podría hacer él fuera de lo que hace?

Claudio siente un placer que no se confiesa a sí mismo pensando en el desconcierto de su padre, que se encontrará sin casino, que no podrá ponerse sus chalecos blancos para no llamar la atención, que echará de menos los gruesos puros que ahora enciende...; pero, al llegar a este punto, por la imaginación del muchacho cruza la dulce figura de doña María de Belén. ¡Dios mío, cómo sufrirá su madre, tan religiosa, tan monárquica, en este desquiciamiento de la sociedad! ¿Y si a él le matan?... El futuro dolor de su madre le atormenta, le angustia de tal modo, que salta de la cama para gritar, para

llamar, para confesarlo todo a su padre, a las autoridades; mas su esfuerzo es inútil, la voluntad le falla y vuelve a caer sobre el lecho, extenuado, bañado en sudor, delirando.

* * *

—Yo creo que Claudio tiene fiebre—suspira a la mañana siguiente doña María de Belén al entrar el desayuno en el cuarto de su marido.

El caballero abre los ojos, que tenía entornados para resguardarlos de la luz, y percibe una leve espiral que humea desde la taza que su esposa le presenta; abre después de los ojos las narices, olfatea y piensa: este chocolate es nuevo. Luego se vuelve a su mujer.

—¿Quién dices que está enfermo?

—Yo creo que Claudio.

—¿Cómo? ¿Qué le pasa?

—Le ha costado mucho trabajo despertarse y, a pesar de la diligencia que suele poner todos los días, hoy no se ha levantado aunque le he llamado tres veces. Le he tocado y está ardoroso.

Don Luis Ignacio retira el chocolate: aquella marca no le gusta.

—Mujer, ¿tú crees?... ¿No será un poco de pereza? ¡Hoy va a ponerse enfermo! Hoy precisamente, el primer día que ha de asistir a la

oficina. ¿No comprendes que haría un efecto deplorable? Aquí la gente es muy seria.

—Sí; pero si el chico se encuentra mal...

—Voy a ver, voy a ver yo... Serán aprensiones tuyas.

Don Luis Ignacio se levanta, se viste una bata sobre el camisón de dormir, pensando: «¿Dónde habrá estado ese monicaco ayer tarde?» Y, al salir, dice a su esposa:

—Oye, que no vuelvan a traer chocolate de ese, que no me gusta nada.

Arrastrando las zapatillas entra en el cuarto del adolescente.

—Vamos a ver, Claudio; vamos a ver.

El muchacho, que se había adormilado de nuevo, despierta despavorido. Ya está allí la revolución. Vienen a buscarle para huír. Lo mejor es eso seguramente, huír. De un salto se incorpora en el lecho.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

Don Luis Ignacio se sorprende un poco de aquel sobresalto y sonríe benévolamente, compasivo. Comprende muy bien que al chico le cuesta dejar la cama; sigue su política de contemporizar y le tranquiliza.

—Nada, hombre, nada. Pero es que ya es un poco tarde y tienes que ir a la oficina. ¿No recuerdas que hoy es el primer día?

Claudio vuelve a la realidad. Tiene que ir a la oficina; luego es que la revolución no ha comenzado. Todavía no arde Barcelona.

Al padre le acomete un escrúpulo.

—Tu madre me ha dicho que estás enfermo. ¿Qué te pasa?

Y el muchacho, que ya se ha recobrado por completo, responde:

—Nada, papá. Me duele un poco la cabeza; pero no es nada.

—Pues, si no te encuentras realmente enfermo, yo creo que debes levantarte e ir a la oficina. Como es el primer día, haría muy mal efecto que no fueses. Pero, si estás malo, ya es otra cosa... Tú verás. ¡Tú eres quien ha de decidirlo!

—Sí, papa; iré a la oficina.

Don Luis Ignacio se retira satisfecho. Y Claudio se levanta pesadamente. En efecto, se encuentra muy mal, pero está decidido a sufrir hasta el último momento sin quejarse. Será su expiación. Ya que él ha tomado parte, y tal vez ha precipitado el cataclismo, justo es que sufra más que los otros. Se viste, se dispone a marchar.

Baja al comedor con el cuello doblado en la humildad del Isaac bíblico, y Fulgencia, que contempla su palidez, sus grandes ojeras y sus labios resecos, no deja de murmurar por lo bajo imprecaciones, masticadas con saliva.

Claudio está débil como las víctimas pascuales y siente que la vieja hace muy mal. Si todos van a morir por las culpas de todos, ¿para qué amargar con maldiciones el último

instante? Lo mejor es perdonar, morir amando, rogando por los verdugos. Una gran dulzura se le derrama sobre todas las cosas, pero no logra suavizar el café con leche, que sabe muy amargo en su garganta.

Sale a la calle. Ninguna casa se ha salido de su sitio. Todo está acordelado en el orden de siempre. Los telares resuenan con la monotonía de su ritmo; deben de tejer piezas y más piezas de igual anchura. Los tranvías contornean los paralelógramos de las manzanas, atados a las líneas de los railes. La revolución no ha estallado. ¿Surgirá aún? Claudio duda un poco; la ciudad le parece demasiado compacta con sus bloques de cemento para que puedan revolverla aquellos hombres que flotaban en el protoplasma de la revolución.

En el sueño todo era muy fácil; pero aquí, a la luz del día, entre tantas calles tiradas a cordel... Claudio no sabe si alegrarse o entristecerse porque no suceda, y, al fin, en la duda, entra con aire de víctima en el despacho del señor Marfull.

Hay allí una luz aséptica de cristales deslustrados. El empleado que le recibe está vestido con una pulcritud extrema, y le conduce, con un gesto de opereta, al despacho del jefe; éste le señala su puesto. El señor Marfull no aparece por parte alguna. Claudio hace todo lo que le mandan; le enseñan demasiadas cosas,

y el pobre se ve obligado a preguntar constantemente.

A media mañana se produce un gran revuelo de actividad. El señor Marfull, que viene de la fábrica, atraviesa la oficina, mira a Claudio como si lo hubiese visto toda la vida en aquel puesto y entra en su despacho.

Ya cerca de la una, oye que a su espalda el jefe habla de él con el empleado pulcro, presumido, que le recibió y que es el encargado de enseñarle.

—Parece un buen muchacho.

—Sí, yo creo que tiene voluntad.

Las manecillas del reloj padecen de ataxia. Desde la una menos veinte a la una, pasan lo menos tres horas. Claudio ha terminado su tarea, y el empleado que le enseña le dice que espere ya la hora de salida.

Entonces, un muchacho gordo, excesivamente perfumado y que anduvo toda la mañana de un lado para otro, se acerca al pupitre de Claudio y le pregunta:

—Oye, ¿es verdad que tu abuelo era marqués?

Claudio siente deseo de abofetearle. Es el hijo del señor Marfull.

* * *

Por fin sonó la una. Claudio desea escaparse, pero ni aun eso consigue, porque necesita

la ayuda del empleado del traje perfecto para encontrar su sombrero. Y, cuando salen juntos, el compañero le dice:

—Hay que celebrar su entrada en la casa. Le convido a un vermú.

Es preciso resignarse aún; resignarse siempre. El empleado habla de la oficina, de los jefes, del trabajo, de las diversiones. Claudio asiente a todo, le da la razón en todo y sorbe el alcohol, que no le gusta. La ciudad está desbordante. La circulación ha aumentado de un modo increíble con los empleados que salen del trabajo, pero al bachiller le parece todo muy triste, como envuelto en un tenue velo gris. Al salir del bar, su compañero mira al cielo con tristeza:

—Yo creo que lloverá esta tarde.—Luego marcha pensando en la pena de que se deslustren sus zapatos, de que se arrugue su pantalón.

Claudio, para poder estar solo de una vez, compra un periódico; tras de su biombo podrá resguardarse en el tranvía de los demás pasajeros. Se mete en un rincón, lo abre y se queda tranquilo, satisfecho, sin ver nada en torno suyo, pero, poco a poco, los ojos acostumbrados a leer recorren mecánicamente las palabras y comienza a enterarse de una infinidad de cosas que no le interesan, hasta que, escondidas en la modestia de un final de columna, encuentra unas palabras que logran conmoverle:

«REUNIÓN SORPRENDIDA

»Anoche fué sorprendida una reunión clandestina en una casa de la calle de la Marina. Se recogieron muchos documentos y se practicaron varias detenciones. Pero ambas cosas carecen de importancia, y el gobernador aseguró a los reporteros que el hecho no tenía trascendencia alguna.»

Claudio se estremeció de pies a cabeza. La Libertad estaba en la cárcel. Ya no podría ceñirse su túnica griega y guiar a las masas con el cabello suelto como una antorcha de seda. La ciudad estaba salvada. Sus bloques de cemento no sufrirían dislocación alguna.

Claudio entró en su casa. Don Luis Ignacio, que contra su costumbre ha llegado temprano, le sale alborozadamente al encuentro:

—Cuenta, cuenta. ¿Qué tal te ha ido en la oficina? ¿Qué te ha dicho el señor Marfull?

PRIMERA PARTE

CLAUDIO Y LAS HORMIGAS

La mañana es de pan y miel, ingenua, un poco tonta, pero infinitamente dulce. Se prolonga el verano en un sol de oro pálido, tan claro que casi engaña las yemecillas de los árboles; parece que todo va de nuevo a florecer. En el ambiente vaga ese anhelo impreciso que hace la fiebre de la primavera, pero de vez en cuando cae lenta como una campanada una hoja amarilla, anticipo a los esquilmos del otoño.

Claudio, para defenderse de este sutil encanto, se adentra en el trabajo con un denuedo de suicida que se mete mar adelante. El jefe está encantado. El muchacho despliega una gran actividad, pero una actividad especial, más bien externa, con mucho braceo y mucha acumulación, una actividad un poco morbosa, del género de la que recomiendan los fundadores de órdenes religiosas para huír de la tentación. Un deseo desesperado de trabajo semejante al que debía mover a los esclavos amarrados en las galeras y los brazos de Sansón cuando se aferraron a las columnas del templo para derribarlas. Claudio, ya metido en la procesión de

las hormigas, quiere arrastrar el grano más grande, el que haga extenuar totalmente su cuerpecillo flaco, hasta caer rendido a lo largo del surco bajo las pisadas de los que vienen detrás.

Mientras él trabaja, por los cristales esmerilados que forman el pasillo cruza la ancha silueta de don Damián conduciendo a otra sombra. Recortadas sin color en la vidriera, como figuras chinescas, se paran un momento, accionando, las dos siluetas. Hablan. Las voces, despegadas de las figuras, suenan de un modo extraño, rebotan como huecas, parece que las emite un trujimán que está más bajo o más alto que las bocas de los muñecos. Los movimientos de los labios no coinciden exactamente con las palabras pronunciadas y, así, se ve tanto su falsedad, que resulta doble, porque se adivina que el pensamiento del actor es otro, y que aun las mismas formas oscuras, si pudieran hablar por sí, con su lenguaje cinemático blanco y negro, también dirían otras cosas en la terrible comedia de las sombras en libertad. Plana y reflejada en el cristal, parece menos honrada la silueta maciza de payés catalán del patrono: tiene algo de ganchuda, se le adivina una ligera chepa de polichinela avariento y una decrepitud de hombre gastado. La otra sombra que le acompaña, en cambio, de talle jaranero y ademán parabólico, es un arlequín de los negocios. Nadie, viéndole en silueta, se

fiaría de él. Es demasiado inconsistente y pícaro; da la sensación de que va a deshacerse de un momento a otro su cuerpo de aserrín, anudado de truhanerías y a soltar todas las *combinaciones* lindantes con la estafa que lleva hechas.

—Encantado, encantado. No olvide usted el asunto.

—Crea que lo meditaré despacio...

Se acabó la comedia; el cristal queda blanco; Claudio muerde un suspiro sobre el labio inferior y hunde todavía más la cabeza entre los papeles que atrincheran su mesa y que amenazan aplastarlo.

* * *

Don Damián, encerrado en su despacho que huele a piel de Rusia y a tabacos habanos, se deja caer en un sillón.

—¡Qué tiempos estos! ¡Qué asco de vida!

En los muelles de su sillón se derrumba con don Damián todo el edificio de su energía. Está en uno de esos momentos de depresión, casi inevitable tras de una larga lucha, cuando un acontecimiento exterior entorpece la marcha de la maquinaria y obliga a reflexionar sobre ella. La reflexión hace el vacío en torno suyo en el primer momento, aunque luego, a fuerza de dar vueltas a los engranajes parados,

acierte muchas veces a ponerlos de nuevo en marcha. En este momento el industrial está indefenso, a merced de cualquier enemigo, incapaz de toda acción, de todo pensamiento. Ni siquiera puede evitar que se levanten los recuerdos a llenar el vacío de su cerebro y él los mira pasar como un lúcido cataléptico que contemplase su propio entierro.

Hasta entonces, los Marfull, que cuentan ya una larga tradición en la industria, anduvieron sin gran tropiezo. Los tiempos eran otros. Don Damián aún conoció a su abuelo, un fabricante de montaña que tenía los telares entre pinos en un pueblo risueño.

En medio de los árboles, la chimenea escueta de la fábrica parecía casi monstruosa; se despegaba, en su desnudez, del contorno blando y rizado del follaje, donde todo estaba aterciopelado menos ella. La entraña de la roca que en algún corte de las laderas se ofrece, aunque brava también, con los rebrotes de ramaje y los contornos comidos por la hierba, no es tan dura; las ruinas del castillo, al fin y al cabo, sólo ponían sobre el paisaje unas cuantas piedras más, coronadas de encinas y bordadas de plantas trepadoras. Únicamente la chimenea, sin cambiar de ropaje con las estaciones, siempre sonrosada y desnuda, gigante mal aclimatado, se empeñaba en desconocer la ronda de los días que regula—gran maestre de capilla, con su dalmática de damasco zurcido—el vie-

jo sol. Nunca estaba contenta ni triste; indiferente a todo, echaba el humo cronométricamente, regular. En ella el humo sólo era un residuo de la combustión; nunca tuvo esa alegría apresurada de las otras chimeneas campesinas que se afanan a las horas de la comida y se exaltan en la matanza y en las fiestas pascuales a ver cuál echa más.

Por una paradoja, al pie de aquella adusta chimenea brotaba una fuentecilla y corría un arroyo donde las ranas de celuloide verde y de caucho terroso competían croando por apagar el ruido de los telares. El señor Cibriá (el abuelo Marfull) tenía estos contrasentidos e hizo plantar una hilera de chopos bordeando el arroyuelo, puso bancos de piedra y una mesa rústica para que viniera la gente a hacer «fontada» y él mismo venía a merendar pan y chocolate con sus nietos las tardes del domingo.

Don Damián se enternece ahora absurdamente recordando aquellas pastillas de chocolate que el abuelo sacaba del bolsillo, un poco blandas, con un gusto raro de las mil cosas con que anduvieron en promiscuidad. El viejo las repartía con mucha parsimonia—el chocolate irrita y cuesta caro—y enseñaba a comerlas a menudos bocados para engañar el pan. Los chiquillos corrían por el prado lleno de margaritas y botones de oro y el abuelo les contemplaba sonriente chupando una tagarnina casi apagada, a la sombra de la alta chime-

nea de su fábrica rural, mientras la holganza del domingo campesino bordoneaba en los insectos.

Aquella fábrica no era grande pero producía bastante, porque la jornada era tan larga cuanto el día y las fuerzas de los obreros toleraban. El señor Cibriá sabía manejar muy bien a sus gentes. Como el pueblo era pobre y los labradores vivían alegremente de pan negro, el buen Marfull, hijo de campesinos y tan austero como ellos, no quería que sus obreros se pervirtiesen en molicie y les escatimaba el dinero con mil mañas. El dinero es fuente de toda corrupción, puesto en manos incautas. Cuando estuvieran enfermos, ya iría él a socorrerles, pero, sanos, ¿para qué quieren el dinero? ¡Para gastarlo en vicios! No todos pueden poseer las virtudes que a él le valieron remoquete de *el pobre*. Mote de que se enorgullecía, pues pobreza, trabajo y sobriedad siempre fueron hermanos, y hasta son dignos de coronar la nobleza de un filósofo. Aparte de que, como está escrito que más difícil le será entrar a un «rico» en el reino de los cielos que a un camello por el ojo de una aguja, y Cibriá Marfull tenía muy en cuenta el asunto de su salvación, pasando por un «pobre», siquiera en remoquete, ya tenía adelantado algo.

Era tan devoto como austero. No faltaba al rosario y, si en alguna ocasión quebrantó el descanso del domingo, en una prisa de trabajo,

en seguida compensaba la falta con infinitos padrenuestros. Su devoción fué tan notable que llegó a hacer milagros.

El nieto, don Damián, se sonríe, con una sonrisa un poco necia, de hombre que no acaba de apreciar en todo su valor el milagro, que aún se cuenta en el pueblo, del abuelo. Don Damián, criado en la ciudad, metido en la alta industria, es, con todo, un hombre más primitivo y más sencillo que aquel otro Marfull. No puede comprender las fiauras de zorro campesino, las revueltas de fe y de mixtificación del alma creyente y astuta del abuelo.

—No debía de creer en nada—piensa con una sonrisa grasienta el nieto. Y, sin embargo, el abuelo creía. Se hubiese dejado tostar en una hoguera antes que renegar de Cristo, pero... ¡Su negocio! ¡El dinero! El alma humana es más compleja de lo que puede abarcar un fabricante listo como Damián Marfull.

Cibriá creía, y la mañana del milagro estaba pálido y consciente de su sacrilegio. En todo el cuerpo se le atenazaban los nervios de puro crispados; un ligero temblor le sacudía la barba, y las manos agarrotadas, torpes, recorrían constantemente la corbata como si en la comprobación de su existencia le fuera algo muy importante. Parecía muy viejo, muchísimo más de lo que era, ennegrecido y rústico, como hecho de raíces milenarias ahumadas entre supersticiones y conjuros.

¡Pero el caso había sido tan apurado! Los obreros fueron a quejársele de que no podían vivir con los jornales que cobraban. Se presentaron todos los hombres de la fábrica en un tropel de rebaño descontento. Estaban humildes, pero en su humildad se descubría un sordo regusto hostil. No amenazaban aún, pero en la insistencia que ponían en su demanda se adivinaba una amenaza.

—No podemos vivir. Nos habría de aumentar el jornal en tres reales—repetían tozudamente.

El *Pobre* les escuchaba chupando la colilla apagada en un extremo de la boca y mirando al espacio.

—¿Tres reales, decís? ¡Imposible! ¡Imposible! ¡Tendría que cerrar la fábrica! ¡Si no se vende nada! Los almacenistas cada día aprietan más para bajar los precios... y el algodón aumenta cada día también. ¡Virgen de los Dolores! ¿Queréis que os enseñe las cuentas de lo que he tenido que pagar por la última partida?... Venid, miradlas vosotros mismos.

—No nos enseñe nada, señor Marfull—suspiró el que llevaba la voz de los obreros—, pero hágase usted cargo; no podemos vivir.

—¿Y yo? ¡Virgen Santísima! Si no cierro la fábrica, es por vosotros, porque tengáis trabajo, pero lo que es ganar... Contad lo que me cuestan los transportes, los impuestos que cada día crecen... ¡Yo no sé lo que piensan esos Go-

biernos! ¡Y aún dicen que los van a aumentar! En Madrid todo lo ven muy fácil; ¿necesitan dinero?, pues que paguen los pobres, y cada día más! ¡Yo no sé qué hacen del dinero! ¡Es decir, sí lo sé!...—y el señor Cibriá, iluminando el rostro con una picardía campesina, volvió a encender con cuidado su colilla.

—Nosotros no queremos saber lo que hace el Gobierno del dinero, señor Marfull—atajó el parlamentario que veía desviarse la cuestión peligrosamente—. De eso no sacaríamos nada. Ni usted ni nosotros le vamos a poner remedio por más que hablemos.

—Es verdad, tenéis mucha razón. Es inútil; pero es que este mundo es una cadena y, si las contribuciones no fueran tan altas, yo podría pagaros un poquito más. Una cosa lleva a la otra.

El obrero suspiró resignado. Era alto y muy delgado también, todo tendones y arrugas de sarmiento, con unos ojillos azules muy pálidos en el rostro atezado de campesino.

—Aquí de lo que se trata—volvió a insistir, recto y escueto—es de que nuestros hijos no se mueran de hambre. Y me parece que lo que pedimos no es mucho.

—¿Tres reales no es mucho? ¡Pues pedidme la luna!... Yo no os los puedo dar. Haced lo que queráis. Si os parece, mañana lo cerraremos todo y asunto concluído. ¡Vosotros no hacéis números!

—Hemos hecho los nuestros.

—¡Tres reales!

—Sí, señor; tres reales.

—Nada, nada, lo dicho. Terminamos.

—Muy bien, señor Marfull.

—No hay más señor Marfull.

Hubo un silencio hostil. La colilla del dueño se apagó; los ojillos azules del obrero, impasible, miraban tercamente, sin moverse.

—Mirad—dijo el patrono tirando su cigarro—. Porque no hablemos más y para que veais que yo me sacrifico por vosotros, sin poder, materialmente sin poder, os daré un real más.

—¡Un real más!—exclamaron los hombres, doloridos, a coro—. Pero ¿no ve que con eso seguiremos como ahora?... Un real más no hace nada.

—A vosotros tal vez no os hace nada un real, pero a mí me representa muchísimos reales al cabo del año. ¡Un real de aumento en los jornales, tal como está la industria!...

No había acuerdo. El señor Cibriá se paseaba con las manos a la espalda, nerviosísimo, encorvado y las rodillas dobladas como un viejo campesino. Pasó un tiempo larguísimo que enconaba el silencio en el corro de los obreros. Aquel silencio tan difícil enseñó al patrono muchas cosas: le hizo ver que los hombres se le escapaban, que era preciso algo muy grande, muy extraordinario para tornar-

los a dominar. ¿Qué hacer? ¡Señor, Señor!...

De repente se le ocurrió una idea que le hizo casi tambalearse. ¿Era Dios o era el diablo quien se la inspiraba?... El helado contacto que le paseó entonces la espalda, más parecía camisa de serpiente que plumaje de arcángel, pero estaba por en medio el negocio, que era casi más que su cuerpo y aun que su alma, porque era su vida, y tuvo valor para rehacerse y declamar:

—¡Mirad, tengo una idea!

Se había quitado la gorra, de que no se despojaba más que en la iglesia, y mostraba una calva opaca; la voz, el gesto, eran de actor aficionado en la escena culminante de un melodrama.

—Vosotros sostenéis que sin los tres reales de aumento no podéis vivir; yo os juro que me es imposible dároslos, que si os doy más de un real tengo que cerrar la fábrica. Yo o vosotros ha de decir más verdad. ¡Que Dios decida!

—¡Dios!

Los obreros se miraban estupefactos. Esperaban una lucha dura y venían pertrechados para ella, pero esta salida del patrono les desconcertó y se interrogaban con los ojos desconfiados tratando de adivinar por dónde llegaría el peligro. El nombre santo les azoraba como un soplo maravilloso: «¿Dios?»

—Hay que llevar el asunto al juicio de Dios—seguía declamando el fabricante, con

una emoción que ya no era fingida. El arma que esgrimía le aterraba a él más que a nadie, hasta el punto de helarle la voz en la garganta.

Uno de los obreros, el más descreído, o, tal vez, el más simple, se rehizo y preguntó:

—¿El juicio de Dios? ¿Qué es eso? Dios no baja del cielo.

—No blasfemes—le interrumpió, pálido, Cibriá, ya arrastrado del todo por el torrente que acababa de desencadenar—. Dios está aquí, en todas partes, junto a nosotros... No se mueve una hoja sin su voluntad... Yo le he consultado siempre en mis angustias, y ahora, en un momento de tanto apuro, ¿no se ha de dignar respondernos?

Los obreros estaban cabizbajos; se había apoderado de ellos un malestar difuso, como el que se siente en el entierro de un compañero o ante una cosa demasiado difícil que uno se ve obligado a afrontar. Lo incomprensible les atenazaba.

—¿Y cómo hemos de consultarlo?

—¿Cómo? Con el Santo Cristo que tengo yo en mi casa. Él me ha sacado de todos mis apuros; Él me ha dicho siempre el camino que debía seguir. Venid mañana mismo, todos, vosotros, las mujeres, todos... El Santo Cristo dirá quién tiene razón y lo que se ha de hacer.

Los hombres se salieron en silencio. El desagrado general ahorraba comentarios. El señor

Cibriá continuó paseándose nerviosísimo y sin volver a ponerse la gorra.

A la mañana siguiente, amo y obreros subieron a la sala. El sol entró medroso a saludar la simetría de los muebles de caoba, siempre sumergidos en la penumbra. Todo estaba recién aderezado. Las cortinas, de muselina blanca, un poco rancia como el marfil antiguo, descansaban coquetamente en sus abrazaderas, pomposas y almidonadas—dos niñas de primera Comunión—; detrás, la gran cama de caoba extendía todo el lujo de su colcha de damasco, alisado, sin una sola arruga, como en un lecho de bodas.

La señora de Marfull, hidrópica, también engalanada con su traje de fiesta, de merino negro, cruzaba los brazos sobre el vientre; era una mujer gemebunda, muy triste, con las manos enormes. Siempre quedaba extática como figura de complemento en el fondo de todos los cuadros, tan sólidamente afirmada por la base de su amplia falda y su gran vientre, que parecía emerger de una gran bola.

En su hornacina el Cristo expiraba dulcemente en una perpetua inmolación, tronchada la cabeza sobre el pecho, la melena caída. Se encendieron dos velas que hicieron relucir los oropeles de dos ramos monjiles. La señora de Marfull suspiró como si hubieran de crucificarla a ella:

—¡Ay, Dios mío!

—¡Calla, por Dios, Pepita!—le fulminó el marido persignándose apresuradamente.

Rezaron el rosario. El momento se aproximaba; el malestar de todos iba en aumento y apenas lograba dominarlo la curiosidad. Por fin, Cibriá, con los brazos en cruz y una voz grotescamente patética, hizo la invocación con fórmulas tomadas de los libros devotos:

—Señor que nos estáis mirando desde el cielo: socorrednos en nuestra duda y sacadnos de la tribulación. ¿Puedo dar los tres reales de aumento en el jornal que piden estos hombres?

Un silencio imponente. Chispeaban los cirios y danzaban las moscas en los rayos del sol. El gran Cristo impasible se seguía muriendo en su augusto suplicio; en su mirada vaga había como un deseo de acabar, de no oír más egoísmos de los hombres, pero el señor Marfull continuaba sañudamente:

—Señor, Vos que lo veis todo, veis el sacrificio que yo hago aumentándoles un real. Yo no puedo hacer más; decídselo, Señor. ¿Deben conformarse?

Asintió el santocristo.

Hubo milagro.

Una obrera dió gritos desaforados de histérica al ver moverse a la imagen, y las demás mujeres se alborotaron con ellos. La señora de Marfull, hipando ruidosamente, continuaba arrodillada sin descomponer su actitud de último término. El patrono, sudando, descom-

puesto, la hizo levantarse cogiéndola de un brazo.

—Pero, por Dios, Pepita, ¿no podrías callarte?

Se resolvió el conflicto. Los obreros continuaron engañando sus hambres y las murmuraciones se fueron disolviendo lentamente en el discurrir cotidiano que todo lo digiere. Y no bajó un rayo del cielo a castigar el sacrilegio.

—Bonito modo de resolver conflictos—piensa el nieto con un gesto vulgar—. Ahora se les podría ir... ¡Buenos están los tiempos! ¡Cómo ha cambiado todo!

Ha cambiado y, al decir esto, pasea maquinalmente los ojos por su despacho inglés de maderas enceradas y cueros relucientes, pulido y afinado como para dejar resbalar con la única suavidad del *confort* las durezas que desde él se maquinan. Tal vez oscuramente lo compara con la mesa de pino del abuelo o con el apartijo de tablas mal pintadas que su padre tenía en un rincón de la oficina.

—La vida adelanta sin parar.

El abuelo vivió sórdidamente. El padre apenas mejoró las cosas al trasladarse a la ciudad. Recordando la casa del pueblo, que aún conserva Damián como la recibió de los suyos, el vientre hidrópico, las manos callosas de la abuela, la modestia de menestrala de su madre, piensa en su palacio de Pedralbes, en el talle de Eulalia, enjoyada como una princesa bizantina, y no puede reprimir un necio orgullo:

—¡Aquello no era vivir!

Pero ¿es esto vivir? ¿Acaso ha vivido él nunca? O, mejor dicho, ¿qué es vivir? El más feliz de los Marfull fué, indudablemente, el abuelo. De todos, era el único alegre. Tocaba el bombardino en la banda del pueblo. Cuando abrazaba su instrumento de cobre reluciente, aún de viejo, Cibriá recobraba su alegría juvenil y le venían a la memoria los cuentos y chascarrillos que aprendió en el Seminario de muy mozo. Animaba los bailes enardeciendo a los galanes y piropeando a las muchachas y, hasta en las procesiones, tenía una cierta irreverencia jaranera, autorizada por la mucha confianza que había cobrado con la Iglesia. Pero cuando, sobre todo, había que verle era al soplar el instrumento: se le encendían los ojos de placer, el ritmo se le comunicaba de un modo muscular por el cuerpo, y su ser entero, toda su sensualidad adormecida, se abría y se esponjaba, como una flor en el aire cálido de junio, en el ambiente dorado de la música. Entonces gozaba verdaderamente el señor Marfull. Experimentaba tal placer que, aún de viejo, le impedía la fatiga; él era el último en cansarse en todos los bailes, exclamando:

—¡Qué mozos estos!

En el fondo de su naturaleza, tal vez por su educación campesina y la sanidad de su infancia, perduraba algo del adolescente travieso, del seminarista alegre y desenvuelto, siempre

tramando nuevas picardías; sus carcajadas le sonaron toda la vida a risa de muchacho y hasta sus peores marrullerías de viejo avariento sabían disfrazarse con una cierta gracia de sorpresa y de movilidad que eran como los restos de la capa de la tuna. El estudiante simpático, a pesar de sus picardías, sobrevivía en él de tal modo que ni siquiera sus víctimas llegaron a odiarle cuanto debían haberle odiado. En todas partes se contaban mil historias de sus tacañerías, se referían las mañas que empleó en esta y en aquella ocasión; pero, en el fondo, había cierta benevolencia para él. Sus obreros nunca le quisieron del todo mal y, si bien es verdad que en aquel tiempo las propagandas societarias no habían llegado a la montaña y la palabra «el amo» conservaba todos sus prestigios, muy distintos de los que actualmente van unidos al remoquete de *el burgués* (la sola fuerza prosódica con que se pronuncian una y otra tiene sobrada elocuencia), siempre, aún en los tiempos de mayor esclavitud, los débiles tuvieron una manera de vengarse y de tornar la vuelta de las humillaciones. Tal vez el secreto se hallara en que ante el señor Marfull no estaban humillados; todos sus obreros le veían igual a ellos, y, en efecto, lo era por sus gustos y sus costumbres. Era un igual que les engañaba por ser más listo, y siempre hay un cierto consuelo en ser engañado por alguien de la misma raza. La simpatía

es una razón de identidad. El hombre está condenado de tal modo a la soledad que nada le conmueve tanto como imaginar un ser semejante, aunque le engañe.

Don Damián, el Marfull de ahora, intuye confusamente todo esto al evocar la figura del abuelo, y por eso, tras su primer movimiento de orgullo, le viene un suspiro de desaliento. Él ni siquiera tiene un bombardino.

Si mañana le asesinaban, ¿qué podría reivindicar como placer, como verdadero placer, en el balance de su vida? Había trabajado siempre y, lo que es peor, había trabajado siempre en un determinado camino que no tuvo que desbrozar ni que abrir por sí mismo. A él le hurtaron ese delicioso momento en que se despierta la ambición entre las otras florescencias del adolescente y la vida es como el mar, virgen de senderos, materia dócil para todas las quillas. Damián, desde niño, supo que su destino era ser un fabricante rico. Su ensueño no tenía otra vereda y, por eso tal vez, a sus empresas les faltaba el aletazo de la genialidad. Es mejor que un gran financiero haya soñado, en un determinado momento de su vida, con ser un Napoleón o un Miguel Ángel. El frustrado estratega o el gran artista absorbido por la nueva actividad y puesto a su servicio, dará un impulso mayor, una originalidad particular al hombre de negocios que, sin aquella primitiva y tan contradictoria afición, no hubiera tenido

nunca. Una vocación temprana y rectilínea es una gran limitación.

Damián, para ensanchar el horizonte del camino que le trazaron desde niño, no supo encontrar nada, ni siquiera una historia sentimental que en un momento determinado le rompiera la vida haciéndole sentirse una excepción y fuera del casillero de los demás mortales.

Su locura, su única gran locura, fué la boda con Eulalia. Y Eulalia, para algunos, era un buen partido. Bonita, con gran dote y un nombre conocido en el comercio, era el último término de la lista que presentaban las madres a sus hijos casaderos, porque las madres la temían, pero estaba en la lista. «No tiene fortuna para el lujo que gasta», decía todo el mundo. Se le adivinaba terriblemente cara y, por eso, si no estaba descartada de las posibilidades del matrimonio de un muchacho prudente, se la nombraba de pasada y, en último lugar, como diciendo: «Si te atreves...»

Este temor, esta aureola y, en cierto modo, el escándalo que producían las *toilettes* magníficas de Eulalia, sus costumbres de fausto, fueron las que la hicieron codiciable a los ojos de Marfull. Él se atrevió. Hizo precisamente de ese acto más sesudo de la vida, el casarse, su único gran disparate. Tal vez había en él esa necesidad subconsciente de amor a los contrarios, que hace encanallarse a los grandes seño-

res y enamorarse inútilmente de las princesas a los horteras. Toda su familia había sido sórdida y avarienta; él mismo se había criado en un ambiente tal de economía que ni siquiera en los devaneos juveniles derrochó la tercera parte del dinero de que podía disponer. Nunca había perdido la cabeza y, por ello seguramente, se sintió subyugado por Eulalia.

«Esa mujer no te conviene», le decían los amigos. «Fulanita es más rica, Menganita es de una familia más influyente»; pero él, desoyéndolos a todos, corrió hacia Eulalia como se marcha hacia el destino.

Ella recibió sus homenajes frívola y distraída; ni siquiera se sintió orgullosa de que se dirigiera a ella un muchacho tan rico y, solamente cuando toda su familia, movilizada en torno suyo para no dejar escapar un partido excelente, la obligó, quiso aceptar las relaciones con una sonrisa y un leve movimiento de hombros como diciendo: «Sea, puesto que ustedes lo dicen, pero yo no me había dado cuenta.»

Damián, viéndola, estando a su lado y sin poderla comprender, sentía el vértigo de un hombre rico y caprichoso que compra una cosa carísima, inútil y hasta peligrosa. Burgueses hubo que comprometieron su fortuna por llenar sus jardines de aves del paraíso, de jirafas, cebras y otros mil animales exóticos.

Únicamente, el día de la boda, en que aque-

lla paloma maravillosa constelada de azahares vino a posarse sobre su brazo, sintió él que las fuentes soterradas de ternura se le abrían e iba a comenzar a querer de otra manera.

Eulalia, rubia y frágil, velada en sus encajes, parecía más niña. La candidez de su vestido le comunicaba una inocencia de que carecía de ordinario, y la turbación del acto único, desueto, no ensayado, quitándole el aplomo con que otros días marchaba, la hacía menos altiva, más asequible, casi modesta.

Damián llegó a sentirla temblar apoyada en su brazo y se emborrachó de ingenuo orgullo varonil.

Los torrentes del órgano granizaron la iglesia de notas cristalinas y agonizaban las guirnaldas de rosas, impotentes para subir enroscándose a las columnas como las volutas de incienso. Los vitrales tenían el horizonte azul y verde infinitamente luminoso de una tarde del paraíso. La Virgen gótica sonreía con su niño y su escapulario como una princesa benigna. Y el pobre fabricante no supo resistir a todos aquellos sortilegios. Las promesas del Sacramento no fueron para él una fórmula. Emocionado, se juraba a sí mismo amar, defender, proteger toda la vida a aquel ser exquisito que bajaba de las alturas envuelto en encajes con una sonrisa turbada. Se sentía fuerte y dichoso.

Cuando partieron juntos en la berlina de la

boda forrada de raso, estaba tan turbado que no sabía qué decir; ella, en cambio, iba impaciente, desasosegada como una actriz que vuelve de la escena después de representar un papel de princesa y se ve obligada a detenerse en los pasillos estrechos y oscuros, embarazada con su cola de tisú, sin saber qué ha de hacer con ninguno de sus miembros. La pretendida educación galante de Marfull se sublevaba contra aquella quietud y aquel mutismo que le había acometido y, por prejuicio masculino, se inclinó hacia ella sin saber qué decir; los costosos encajes de Malinas que adornaban la cabeza de Eulalia crujieron a punto de rasgarse, y ella, por salvarlos, por ocultar su impaciencia, y hasta por no saber qué hacer, se replegó en sí misma con tal gesto de magnolia que se cierra, que Damián estuvo a punto de llorar de emoción.

Pero aquellas sensaciones delicadas, que aún conmueven el alma de Marfull cuando le afloran, se acabaron muy pronto. Apenas acertó a prolongarlas el viaje, o siquiera a disimular su final, con visiones y fatigas de turista. De todo el tiempo posterior a su matrimonio, apenas tiene que salvar, en el recuento de los instantes de ventura, más que el nacimiento del primer hijo, el tacto de la carne tan delicada del niño que daba miedo de tocarla, la figura doliente de Eulalia extenuada por la maternidad... La sed de cariño del pobre hombre halló

entonces un remanso donde expandirse al tener que aplicarse a un nuevo ser. Eulalia enferma, en la penumbra de la alcoba, quejumbrosa y llena de melindres, le resultaba menos enigmática, más suya que cuando sana se erguía a su lado, deslumbradora de joyas, fría e indescifrable como un icono.

Eulalia apenas presentaba cualidades, pero tampoco tenía defectos, si se excluye su pasión por el lujo. Era tan fría, tan reservada que, ni dándole vueltas por todos lados, auscultándola de arriba abajo, se le encontraba el alma. Damián, a pesar de haber tenido dos hijos con ella, no había llegado a averiguar si le proporcionaban placer o le daban repulsión los goces matrimoniales. Llenaba sus deberes de esposa como otro deber social más. Marfull llegó a perder todo interés por aquel bello cuerpo que había sido menos suyo que muchos que poseyó una sola noche.

El matrimonio, así, se hizo pronto para el pobre marido tan desustanciado y monótono como esa sopa de pan bobalicona con que cotidianamente comienzan su cena los burgueses modestos de Barcelona. Y, sin embargo, aquella emoción de sus días nupciales, destapando la corriente de la ternura, haciéndole sospechar un goce sereno, un amor colmado, honesto, sin inquietudes, le había dejado sediento de caricias y de reposo cálido. Le fatigaba ser fuerte todo el día, y hubiera querido encontrar un

regazo donde depositar todos sus afanes, donde hallar disculpa y adhesión para todas las cosas, paz, capacidad de comprender. De haber sabido Eulalia educar los sentimientos del fabricante, hubiera llegado a hacerlos alcanzar profundidades y finuras insospechadas, pero la esposa no pensaba en tales niñerías.

La blanca palomita nupcial, al levantar el vuelo, buscó el sol más brillante para irisar sus plumas y fué pronto, más bien que paloma, un ave fénix tornasolada de oro y de piedras preciosas. Su personalidad comenzó a desdoblarse en una trayectoria mundana, lo más opuesta posible a su marido. Dejó atrás todos los augurios que se le habían hecho de soltera. Después de tranquilizar su conciencia transigiendo un poco con los gustos caseros y las caricias de Damián, como si ya hubiese cumplido todos sus deberes dando cuanto se podía exigir de ella, comenzó su labor propia transformando la vida modesta, más bien sórdida, de los Marfull, en una existencia de lujo y de *confort* casi aristocráticos. Al poner en los brazos del ama el segundo hijo, se creyó autorizada para comenzar la casa de Pedralbes.

Los parientes de Damián se escandalizaron. Murmuraban y aun se atrevieron a censurar tan a las claras, que el orgullo de aquél salió a la palestra. «Lo que hacía su mujer estaba bien hecho.» «El dinero que gasta es el que yo gano.» Llegó hasta encontrar un enconado

placer en defender el derroche de su mujer y, para justificarlo, trabajó más y más; se lanzó a empresas arriesgadas; tomó parte en especulaciones que el seso y la seriedad mercantil de sus ascendientes hubieran repudiado. Entonces Eulalia llegó a ser feliz y, de esta felicidad de ver realizados sus sueños, mezclada de gratitud hacia el hombre que los hacía posibles, comenzó a nacerle una especie de afecto, que tenía a Damián sorprendido. Faltó muy poco para que llegaran a unirse verdaderamente. ¡Si a la mujer se le hubiese ocurrido siquiera alguna vez pensar en esto!

Pero a Eulalia se le marchaba entonces el tiempo río abajo, tan insensiblemente como el dinero. Pasaba todo el día discutiendo con un arquitecto genial—en Cataluña, el genio abunda—los planos de la casa. Conferenciaba con decoradores y tapiceros. Se echó en brazos de unos *grandes artistas* del «renacimiento catalán», y aquel ambiente de pedantería, de suficiencia campanuda y de términos técnicos, la mareó hasta el éxtasis.

Damián, que no tenía ninguna imaginación para las cosas plásticas y no podía comprender los proyectos más que viéndolos realizados, la dejaba hacer en todo a su antojo y sólo intervenía para discutir precios, rebajar facturas y obtener descuentos. Aquellos «genios» eran siempre carísimos. También sentía él un enconado placer en aquel derroche, no el de la sa-

tisfacción que proporcionaba a Eulalia, el de verla contenta, sino el gusto escandaloso de ver desesperados a sus parientes, el de vengarse de las mezquindades familiares, del medio en que hasta entonces había vivido.

Aquella casa fué el triunfo de Eulalia y, paradójicamente, la ocasión de su derrota. Mientras se construía, mientras era un futuro la vida de esplendor que habían de llevar en ella, el industrial se resignaba a los sueños de su mujer. Pero apenas la lujosa máquina estuvo construída y los grandes salones vacíos, comenzaron a reclamar los invitados, a que tenían derecho, la iluminación, las orquestas y el champán, el patrono de gustos sencillos se aterró.

Comenzaba el pobre Damián por sentirse arrojado de la intimidad, condenado a vivir para siempre en una especie de edificio público. Los módulos a que estaba acostumbrada su visión en la infancia y en la adolescencia, no podían avenirse con el nuevo palacio. Algo de aquel tamaño, unos techos de tal altura, eran los del palacio de la Diputación, los del Ministerio de la Guerra de Madrid, los del teatro del Liceo. Le parecía que estaba viviendo—un poco como de prestado—en algunos de estos lugares o, por lo menos, en un hotel. Cuando andaba por los salones, esperaba encontrarse de un momento a otro con un ujier que le pusiese dificultades. Si se sentaba en un rincón, mira-

ba, sin poderlo remediar, a ver si por allí cerca había otros huéspedes u otros concurrentes que pudieran oír sus conversaciones. En alguna ocasión, viendo descender a Eulalia, vestida para la ópera, la gran escalinata del *hall,* temió que fuera a descorrerse una de las paredes y comenzaran a sonar los violines como si estuvieran en el escenario de una opereta.

Esta sensación le irritó de tal manera que, cuando estaba en la casa, que siempre era lo menos posible, no podía parar en ningún lado y la recorría nerviosamente. No quiso oír hablar de fiestas ni de recepciones, y si se avino a que la bendijese el señor obispo en presencia de todos sus amigos y parientes, fué porque no dejaba de comprender lo absurdo de haber gastado tanto dinero en hacer y decorar una casa que no había de lucirse.

Para mayor desgracia, el arquitecto, buscando hacer rincones de intimidad en aquella máquina sin vida, había hecho verdaderos escondrijos folletinescos. El comedor, de forma oval, daba, en su tangencia con uno de los salones, un par de entrantes que habían sido aprovechados para adosar dos divancillos, igualmente invisibles para las personas que estaban en el comedor y en el salón. Una gran copa de porcelana francesa puesta sobre una tela *pompadour,* hacía, por la parte de la sala, más insospechable aquel diván. Damián, cuando lo descubrió, no pudo menos de reirse pensando:

«Esto está hecho para que, desde aquí, el esposo ultrajado sorprenda a los culpables o para que el traidor del drama escuche los planes de los conspiradores...» Y, por un resto infantil que quedaba en su espíritu, solía esconderse allí algunas veces para fumar un cigarro a solas.

Fué una imprudencia del buen burgués hacer su asiento favorito de aquel rincón folletinesco. Los lugares y las cosas cumplen fatalmente la misión para que fueron creados. Aquel maldito escondrijo desencadenó la tragedia en la casa nueva. Una pequeña tragedia sin sangre ni gritos, pero cargada de amarguras.

Marfull no descubrió allí ningún adulterio de su mujer, porque Eulalia no le engañaba, pero escuchó una de esas conversaciones, tan frecuentes entre mujeres casadas, que le separó definitivamente de la suya. Hay un prurito, perfectamente explicable por ese inconfesado deseo de venganza que engendra la vida en común, que nos obliga a murmurar de las personas de nuestra mayor intimidad con otras gentes mucho menos íntimas. Esto, que en la mayor parte de los casos no indica el menor desafecto, es insoportable para la persona de quien se habla, porque, como no puede ver que con aquel desahogo limpiamos nuestro recuerdo de sus imperfecciones y, en último término, acrisolamos la adhesión, se siente intolerablemente observado en cosas que no quisiera que

le hubiésemos visto o que, de verlas, nuestro cariño debió haber olvidado. Desearíamos que la capa de los buenos hijos de Noé cayera siempre sobre nuestras embriagueces y velara las visiones indecorosas que ofrecemos sin pensar. Pero es inútil; más fuerte que nuestra voluntad, y aún por encima del deseo de nuestros amantes y de todos los apriorismos que hayamos podido inculcarles, está la ley de selección que cierne los recuerdos según un patrón puramente subjetivo. El amor, y aun la amistad, se nutre de menudencias cotidianas separadas e individualizadas, es decir: subidas de grado y fijadas definitivamente con arreglo al temperamento del amante o del amigo. De cada acción nuestra tomará, para formar la imagen que él se construye de nosotros, lo que su apetencia desee y no lo que hubiéramos querido darle. Por eso la visión que tienen aún los seres más próximos a nosotros es tan distinta de la que nos da nuestro espejo interior. ¿Cuál es más verdadera?...

Damián alcanzó a entrever desde su escondite algo de la imagen que de él se había formado Eulalia, y no pudo soportarla. Se vió deformado, en caricatura, casi escarnecido. Herido en lo más hondo de su orgullo masculino por juicios que los hombres no perdonan. Todos nos creemos doctores en amor, aunque la noble ciencia de la erótica esté tan deplorablemente descuidada en nuestros días.

Eulalia aleccionaba a una amiguita recién casada y se sentía crecida en la superioridad de su experiencia.

—Mira, no te apures; a todas nos han sucedido cosas de esas. Si yo te contara cómo era Damián al principio de casarnos...

—Veamos cómo era yo cuando la amaba— iba pensando para sus adentros Damián, vejado—, cuando intenté despertar su cuerpo y su alma para mi cariño.

Ella, inconsciente de lo que estaba haciendo, llevada por el demonio de las confidencias, fué contando recuerdos, detalles que ponían frenético al esposo.

—Los hombres son así. No acaba de conocerlos nadie más que su mujer. Ya ves; Damián, con la fama que tiene de hombre práctico, de espíritu de su tiempo, en el fondo no es más que un romántico. Un romántico terrible; si te contara, te reirías...

Aquí hemos de advertir que «romántico» en el vocabulario empobrecido de la señora de Marfull, como en el de muchas otras personas, es sinónimo de sentimental y aun de sensible y delicado, por donde, bajo tan desacreditada palabra, se unen conceptos muy diversos.

—¡A veces, en su romanticismo llegaba a unas cursilerías!... Recuerdo una noche en la Costa Azul, en la terraza del Casino. ¡Se empeñó en pasear bajo la luna diciéndome unas cosas! Yo me aburría terriblemente; tenía sue-

ño. Había humedad y cogí un constipado. Estaba muy nerviosa, pero aguanté todo lo que él quiso. Es el sistema.

Aquella noche, en el recuerdo de Damián, era muy distinta. Había música de violines. El mar bajo la luna era un tisú de plata lleno de reflejos nacarados. Sobre las mesitas del *restaurant* las pantallas rojas de las lámparas encendían una floración de amapolas en los rostros de las parejas elegantes, y los langostinos se despojaban suavemente su frac escarlata para bañarse en una salsa de oro. Asomadas a las ramas de los árboles, las magnolias, recién puestas de largo, ahuecaban sus faldas, segundo imperio de doncellas en flor, y, por los valses vieneses de los tzignes, se iba arrastrando la pálida sombra de Pierrot borracho de ensueños.

Cenaron unos platos de cocina suave que, entre la humedad y la blandura de la atmósfera, eran como llevar hasta el paladar aquella sensación de muselina de los violines. Todo se deslizaba; las burbujas del champán ascendían. Marfull, con su pareja rubia, fina, vestida de crespón y encaje blanco, hubiera querido ascender por el camino de Santiago o marchar por la estela de la luna sobre aquel mar tan quieto hasta una isla maravillosa. No recordaba lo que pudo decir a Eulalia—las palabras inútiles con que se llenan ciertos instantes inefables es lo primero que se olvida—, pero

su voluntad de aquel momento de hacerla feliz sin ningún egoísmo, de abrirse el pecho como el pelícano fabuloso para encerrarla dentro, de elevarla en el escudo de la luna sobre el reino del mundo, había sido demasiado fuerte para que no la recordara y la sintiera escarnecida por Eulalia.

Además, si él había llegado a ser ridículo en un momento de ternura hacia ella, aquel impudor de exhibir su más cara intimidad ante los demás le irritaba. Él también la había visto ridícula en esos momentos de humillación que la naturaleza impone hasta a las mujeres bonitas y, sin embargo, tales escenas no la rebajaban ante sus ojos. Se hubiera dejado cortar un brazo antes que descubrirla, que entregarla a la visión obscena de los otros, y ella le pagaba haciendo burla de los delicados recuerdos de la luna de miel.

Eulalia, ajena al efecto que causaba, continuó como si se hubiera propuesto deliberadamente irritarle hiriendo sus puntos más sensibles:

—El talento de la mujer está en saber domesticarlos. Yo, al mío, lo tengo a la mano; ya lo ves. Sigue mis consejos: las fieras se domestican con azúcar mejor que a latigazos.

Aquella petulancia acabó de sublevar a Marfull.

—¡Domesticado!... Pero ¿qué se imagina?

Su tolerancia, su esfuerzo por mantener la

paz y una sombra de calor en el matrimonio, eran interpretados como la resultante de una habilidad y de un poder tan imaginarios que le causaban risa.

Todo el resto de prestigio que la belleza y la altiva prestancia de Eulalia habían podido alcanzar en otro tiempo ante el patrono, se vino abajo y, a sus ojos, quedó indefensa, una pobre mujer ridícula, infatuada como la hormiga que se cree elefante.

Cuando volvieron a encontrarse en medio de aquel fausto excesivo de la casa y él la miró frente a frente, la encontró extraña y como cambiada; experimentó una sensación parecida a la que tendría un salvaje enamorado de un maniquí de cera cuando lo viese derretido entre sus brazos. Aquellos ademanes, aquel aire que le había encantado, le parecieron una afectación cursi. Cada palabra de ella le sonaba a artimaña ineficaz. Le daba pena y risa y se iba de su lado para no tener que decírselo.

La falta de naturalidad del pobre marido, que había perdido todo abandono e intimidad, se suavizó con la costumbre, pero ya le alejó de tal modo de su mujer, que no hubo unión posible.

Por otro lado, Damián, aunque no era malo, fué incapaz de dejar sin castigo una herida tan profunda en su orgullo, y se propuso tomar represalias en el terreno que le era más propio, en el que era más fuerte. No fué muy delica-

do, pero así fué. Un día en que Eulalia, con la inconsciente sonrisa de siempre, le pidió dinero, él, con un tono suave, afectado, de negociante y, mirándola sin pestañear, le replicó:

—Imposible, hija mía; este mes te llevo entregadas más de diez mil pesetas.

—Es que he tenido tantos gastos: la cuenta de los sombreros..., mil cosillas...

—Mil cosillas un poco caras; lo reconocerás conmigo. ¿Quieres enseñarme tu libro de gastos?

Eulalia le miraba asombrada. Le parecía otro hombre, y, en realidad, lo era: estaba hablando con el Marfull de los negocios.

—¡Mi libro de gastos!... Pero ¿tú crees que yo llevo cuenta de todo?

—¿No la llevas? Pues haces mal. Eso debió enseñártelo tu madre. Yo, en cambio, llevo mi contabilidad al día. ¿Quieres ver lo que has gastado este año?

Eulalia sufría tan atrozmente que Damián dulcificó:

—Reconozco que hablar de esto contigo es muy enojoso, pero hemos llegado a tal extremo que era precisa esta conversación. Desde hoy en adelante llevarás cuenta de todo; yo estudiaré lo que debe gastarse y te entregaré una cantidad proporcionada a ello todos los meses. Cantidad que no debes rebasar nunca.

Eulalia salió de la habitación encendida, descompuesta, como un alumno suspenso en

un examen, y lloró por primera vez en su matrimonio.

Damián no hizo rebajar el tren de vida en que se habían colocado, porque esto le humillaba a él y hubiera dado que hablar, y aun que gozar, a sus parientes, pero estableció una tasa en los gastos y puso freno a todas las cosas, ejerciendo una vigilancia estricta.

Para su mujer aquello fué una horrenda tortura; era incapaz del orden económico y desconocía el valor del dinero. Las cuentas estaban siempre embrolladas, tenía que recurrir a subterfugios y mentiras que a ella misma le repugnaban, se vió precisada a tener facturas sin pagar, a pedir créditos y demoras. En una palabra, ella, la mujer de uno de los industriales más ricos de Cataluña, andaba entre angustias económicas y trampas, como la esposa de un pobre arruinado.

El fabricante, con el instinto certero de los negocios, descubría todas las trampas y mentiras de su mujer y, aunque no le recriminaba demasiado duramente por ellas y se limitaba a mostrárselas con una sonrisa y a pagar las deudas, que les hubieran puesto en ridículo, tenía una cierta complacencia en sermonearla, suavemente, pero con una superioridad que la irritaba.

—Eulalia, esto es imposible; procura ir aprendiendo el valor del dinero. Con el que ha pasado por tus manos desde que estamos

casados era como para que le conocieses...

Y ella, el altivo, el inconsciente pájaro de lujo, conoció las lágrimas, la rabia impotente y el insomnio. Como un fantasma espantoso, le amenazó la visión de la ruina y, aterrada, procuró indagar, saber con exactitud la situación económica de su esposo. Supo que sus negocios iban en auge, y aunque en el primer momento se tranquilizó al ver alejarse la perspectiva negra de un pisito modesto, de los vestidos reformados, de los sombreros de planchador, su inquietud aumentó después.

—Si es tan rico como siempre, ¿por qué razón, Señor, por qué razón se ha vuelto de este modo?

Incapaz de analizar su propia conducta pasada, de pensar, ni por un momento, que ella sóla era la causa de aquel desvío, acordó en su conciencia que todo era motivado por la razón, única posible, de que Damián tenía una querida. Esta es una explicación sencilla y muy al alcance de la imaginación de una mujer casada. Sus amigas íntimas la afirmaron en la creencia.

—¡Ah!, no te quepa duda; ahorra aquí para gastarlo en otro lado.

—Hay una mujer de por medio.

Y, en efecto, dictando la conducta del industrial había una mujer, pero esta mujer era Eulalia. Damián estaba demasiado ocupado para buscar una querida. Era harto trabaja-

dor y tan fundamentalmente serio, que este desorden no cabía en sus costumbres. Para que llegase a tenerla, fueron precisas muchas cosas, un encadenamiento de hechos un poco ajeno a él. Y, en el tejido de estos sucesos, por paradoja, fué la misma Eulalia quien fabricó el primer eslabón de la cadena con su necia sospecha.

En primer lugar, pensándolo ella y aun dejando adivinar que lo pensaba, hizo nacer en la imaginación de su marido la primera idea de esta posibilidad. La fama, a veces, es posterior, pero otras antecede al hecho. La señora de Marfull era demasiado distinguida para hacer una escena de celos a su marido, aparte de que celos, verdaderamente celos, no sintió nunca. Ella no había amado a nadie. Lo que le producía la sospecha de una rival, era una sensación de rabia. De buena gana la hubiese hecho morir, pero sometiéndola antes a torturas.

¿Quién sería aquella mujer, seguramente menos bonita y menos elegante que ella? Una cualquier cosa. Para Eulalia, niña criada y mimada en un ambiente de rica burguesía moral, cierta clase de mujeres eran una cosa repugnante, casi incomprensible, purulenta, cuya proximidad mancha como la de los animales inmundos. Pensando que su marido estaba en contacto con alguna de aquellas mujeres, comenzó a cobrarle tal asco que no podía verle

acercarse, ni aun besar a sus hijos, sin estremecimiento. La separación entre los dos fué ya completa y Damián recibió, multiplicados por un coeficiente infinito, los desdenes y humillaciones que había impuesto a Eulalia.

Le bastó a la esposa con sentirse víctima para rehacerse y olvidar todas las culpas de que, más o menos contritamente, se sentía reo cuando Damián le echaba en cara la mala administración. Encaramada en la ebúrnea torre de su pureza, se sintió fuerte como Judit para cortar la cabeza del monstruo. Recobró su dignidad como un manto de armiño y, segura, pulcra, impecable, pudo despreciar al marido torpe que se entregaba a las bajas pasiones. Le acompañó la simpatía de todo el mundo.

—¡Pobre Eulalia, una mujer tan bonita, tan buena!

Hasta las amigas y parientes que más habían censurado su lujo, estuvieron ahora a su lado. La virtud de la pureza, virtud al fin de arcángeles, es insuperable manantial de fuerza. Eulalia no tenía otro escudo, pero con él le bastó para tornar en favor suyo la batalla.

Damián, asombrado, la vió crecer y alejarse. Ya no estaba azorada, respondía con aplomo, justificaba con desdén las cuentas y, cuando la razón no era bastante clara, un leve movimiento de los hombros magníficos, que hacía chocar sus collares de perlas con el altivo son de una cota de malla, mataba la pregunta.

No alcanzó, claro está, a aprender economía doméstica, ni a saldar con superávit las cuentas de ningún mes, pero llegó hasta a saber prescindir de atavíos demasiado costosos. Simplificó sus *toilettes:* lisos vestidos de terciopelo negro o de crespón blanco, en donde resaltaban más sus fastuosas joyas, le daban cierto aspecto de viudez.

Una noche en que, por quinta vez en aquella temporada, Eulalia se presentaba en el Liceo con el mismo traje de terciopelo negro, Marfull se atrevió a decirle:

—¡Pero, hija, también de negro esta noche! ¿No tienes otro traje?

Y la esposa, dignísima, sin el más leve gesto, respondió desde lo alto de sus labios fruncidos:

—Una mujer que piensa en sus hijos no puede estar comprándose vestidos todos los días.

El fabricante no supo qué hacer: si pegarle o soltar la carcajada, y optó por callarse refugiado en un extremo del palco. Un hermano de Damián, que era famoso por su tacañería, envió a Eulalia aquella noche una caja de trufas heladas.

Marfull, desesperado, impotente para remediarlo, vió hundirse todas sus ilusiones familiares. Los niños, con la cruel injusticia de los adolescentes, le abandonaron también apretándose en torno de la madre bella, víctima

austera, y él quedó solo, desterrado en el ambiente sin calor de aquella gran casa vacía.

Llegó a odiar el palacio ordenado y lujoso de tal modo, que pasaba en él algunas horas, solamente, para evitar el escándalo de una separación. Se sintió intruso, despedido, en una casa que le costaba tan terriblemente cara, y veía a Eulalia puesta en defensa de lo que era su propia labor con el mismo terror con que debió mirar Adán al arcángel flamígero, guardián del abandonado paraíso.

Tenía entonces Damián cuarenta años. Había llegado a esa plenitud en que cabe difícilmente la esperanza. La vida le había dado ya cuanto podía darle. El trabajo era en él, más que nada, una costumbre. No codiciaba amontonar dinero. No veía en su horizonte ninguna gran obra que cumplir; hubiera necesitado entonces, como nunca, gratas realidades en torno suyo; frutos, puesto que la vida había llegado a madurez, y la única cosecha que tenía en su casa era tan ácida como la de los árboles salvajes. ¿Dónde tender la vista?

Entonces, conoció a Juanita.

Juanita era urdidora en la fábrica de los Marfull. La primera vez que el patrono se fijó en ella, pensó: «Toma, se parece a Eulalia.» Era también rubia y delgada. Detrás de los plegadores, dirigiendo la delicada operación de hacer pasar los hilos por la púa, tenía una gracia deportiva. Los hilos de colores de que

parecía estar rodeada, daban a sus movimientos una delicadeza suave de insecto tejedor. Toda la fábrica trepidaba al monótono batán de los telares. La pulsación de la dínamo se trasmitía a través de las poleas, y los cuadros bajaban y subían con regularidad cronométrica mientras golpean su jugada de tenis los martillos que impulsan el vaivén de las lanzaderas. Todo: la dínamo, las poleas, los telares, los carretes de las rodeteras, se mueve y trepida jadeando, esclavizado dentro de una órbita; sólo la máquina de la urdidora, con sus grandes carretes y sus hilos de colores estirados, marcha suavemente y se remansa como en un juego, libre del ritmo cruel. Las tejedoras, atropelladas por el compás de sus telares y teniendo que atender a dos máquinas, traqueteadas y cernidas por la trepidación, no pueden tener ensueños. Sólo las urdidoras, livianamente aprisionadas entre las mallas de sus hilos policromos, pueden dar suelta a la imaginación.

Damián, que cruzaba de ordinario la fábrica sin hablar con nadie, sintió, al reparar en la obrera, una extraña necesidad de decirle algo y, deteniéndose ante los plegadores, preguntó con una casi imperceptible sonrisa:

—¿Qué, se rompen muchos hilos?

No había en la intención del patrono, al formular la insignificante frase, propósito ninguno. La pronunció casi involuntariamente,

obedeciendo a una necesidad oscura; tal vez sólo de homenaje a la belleza de la muchacha.

Ella, aunque acostumbrada a seguir por la batahola de la fábrica los sutiles senderos que toma la palabra entre los ruidos, ruborosa y azorada al verse interpelada por el dueño, se inclinó hacia adelante con ese gesto de mujer alta que equivale a una cortesía. Su busto, ceñido por el *sweter* de punto, cimbreó graciosamente con una elasticidad de jugadora de tenis que recoge una pelota y, como no había entendido la pregunta, desplegó lentamente una sonrisa en que sus ojos asombrados abrían un suave horizonte luminoso.

Marfull no repitió la pregunta y continuó hacia adelante, pero, a pesar suyo, había ya recogido la mirada que, aun cuando no llegó a conmoverle, le hizo observar para sí mismo:

—Esta muchacha se parece a Eulalia, pero en la mirada no; aquí hay otra dulzura.

Aquella luz azul de la mirada le había bañado en una emoción matinal de rocío sobre las campanillas y las glicinas. Fué una grata sensación, pero que ni le perturbó lo más mínimo, ni le impidió seguir atentamente la visita de los telares.

La cosa pudo quedar aquí. Si al fabricante, aquella noche, le hubieran dicho que iba a pervertir a la obrera, se hubiera indignado atrozmente. Jamás había hecho tal cosa ni pensó por un momento hacerla. Es más: se olvidó

por completo del encuentro en los días que estuvo sin volver a la fábrica y acaso no hubiera reparado otra vez en la muchacha sin un enojoso incidente que provocaron las demás obreras.

Como en las tragedias antiguas, intervino aquí el coro empujando al destino y lanzando a los personajes al encuentro fatal. Juanita era demasiado linda para contar con muchas simpatías entre sus compañeras. Tenía conciencia de su belleza y no era humilde. En los bailes del barrio le hacían rueda los galanes, y ella los desdeñaba como si mantuviera la loca esperanza de encontrar al príncipe azul. La excepcional deferencia del patrono acabó de irritar a las otras muchachas. A la salida, con saña de avispas, cayeron todas sobre ella deseosas de hacérselo pagar.

—Vaya, que te veremos de fabricanta.

—Chica, cuando estés arriba, acuérdate de nosotras.

—Lástima que sea casado; pero, vamos, por detrás de la iglesia aún puede arreglarse algo...

—Bien tonta serías si la ocasión se presenta y la dejas marchar...

Juanita era valiente y respondió a las groseras bromas con sarcasmos, que herían a las otras:

—Si después, cuando él me dejase, hubiera de encontrar un marido tan condescendiente como el de alguna...

—Más vale hacerlo pagar caro que dárselo de balde al primer golfo que llega...

La que se sentía aludida tragaba bilis, y las demás reían bárbaramente. Cuando el grupo se deshizo, Juanita y sus contrincantes tenían los ojos llenos de lágrimas, una mueca feroz en el rostro que quería ser sonrisa, y los nervios brutalmente excitados.

Juanita quedó sola con una muchacha menuda, esmirriada y fea, que era vecina suya.

—¡Envidiosas, cochinas!

—Como a alguna le hubiera dicho algo, ya estaría, frenética, enviándole recados.

La urdidora miró a su compañera.

—¡Pero si todo eso son ganas de hablar! El amo no me ha dicho nada; creo que me preguntó si se rompían muchos hilos.

—Sí, ¡pero te miraba de un modo!...

—¿Tú crees?

—Yo estaba enfrente.

La obrera sonrió halagada. Nunca había pensado en conquistar al patrono; era fundamentalmente honrada, pero aquel homenaje, que la ensalzaba sobre sus compañeras, la llenaba de orgullo. La otra, cándidamente, porque al fin era casi una niña, se atrevió a preguntar:

—Y si el burgués estuviese realmente enamorado de ti y te solicitaba, ¿tú qué harías?

Juanita detuvo en seco la marcha temblando de indignación; la pregunta le había herido de improviso provocándole una cólera excesiva.

—Eso no se pregunta—respondió muy roja, con los puños crispados, a punto de arrojarse sobre su compañera. La niña retrocedió espantada.

—Mujer, ha sido un decir.

—Pues que no vuelva a oírtelo.

En los días sucesivos, continuaron en la fábrica, más o menos sañudamente, las vayas alusivas a la conquista del burgués por Juanita y las réplicas aceradas de ésta. A la salida, la conversación con la menuda compañera necesariamente giraba en torno de aquello. La otra, movida de no se sabe qué extraña y desinteresada tercería, le seguía haciendo preguntas, sugiriéndole posibilidades: llenándole la imaginación de grandezas que la pobre muchacha tenía que rechazar en cuanto le subían a la conciencia; pero, contra su voluntad y durante un momento, todas aquellas cosas le flotaban en el alma, produciéndole una emoción confusa que no podía definir, pero que le fatigaba, dejándola llena de una sorda irritación.

Salían juntas al crepúsculo. En el suburbio mal regado había un polvo negro que lo ensuciaba todo. Continuaban trepidando las fábricas que tenían dos turnos y el ruido se propagaba sordamente estremeciendo toda la tierra oscura. Venían unas ráfagas lóbregas de la respiración de las dínamos con olor acre de aceites y de sudor de hierro. El camino era de una tristeza desesperada, por solares tiñosos con

hierbas negras, cascos de botella y papelotes. Apenas había casas y los tapiales de las fábricas estaban llenos de mugre y letreros obscenos. Pero, a veces, entre tanta miseria y descuido, como una niña tierna, emergía de las tapias polvorientas una rosa, frágil, exquisita e inútil, incensando su color delicado en el suburbio y la vista, apoyándose en ella, podía ascender hasta el iris verde y malva que la tarde encendía con un regio derroche en los cristales de las cuadras cerradas.

Juanita, seguramente, no percibía la aridez del suburbio, acostumbrada a él desde muy niña; tal vez tampoco veía los jirones fastuosos del crepúsculo en que el día se desgarraba el pecho; pero sentía confusamente la tristeza de todas estas cosas y caminaba muy de prisa, como si tratara de escapar nerviosamente de un peligro ignorado, o acaso de sí misma, y de llegar pronto a un refugio.

Pero una noche tampoco su casa fué refugio. En el comedor familiar le esperaban su madre y una hermanita linfática, muy dulce y sin ninguna voluntad, acompañadas de la mujer del hermano mayor, plañidera, cargada de chiquillos y de apuros, que venía a hacerles una de esas visitas rapaces de parienta pobre que siempre ha de llevarse algo.

No habían encendido todavía la luz y estaban agrupadas junto al balcón en un retablo gemebundo que apenas lograba descomponer la

nerviosidad de los tres chiquillos, bajando y subiendo de unas faldas a otras. Al llegar Juanita, se interrumpió la conversación penosamente:

—¿Qué hacíais tan a oscuras?

La muchacha encendió la luz del gas, sostenida en una lira de metal dorado, y se sentó junto a la mesa; las otras continuaron en el balcón, mirándola.

—¿Qué hay, sucede algo?

Se percibía una atmósfera extraña, provocada por la conversación que habían sostenido antes de llegar ella.

—Juanita, dame un beso—murmuró la pequeña levantándose perezosamente y tendiendo sus brazos blancos y redondos a la hermana mayor.

—¿Qué tienes, has llorado? ¿Qué te pasa?—preguntó ésta al coger la cara de la niña.

—No, nada. Es la luz. ¡Como yo tengo la vista tan débil y estábamos a oscuras!... Siempre, al cambio...

Juanita recorría nuevamente con la mirada todas las caras interrogando. La cuñada se levantó con el más pequeño de los hijos en brazos.

—Yo voy a irme; mi marido, a lo mejor, ha llegado ya a casa y querrá cenar. Hasta otro día.

La abuela le ayudó a juntar a los pequeños, que no querían marcharse, y salió acompa-

ñándola. El mayorcito sostenía abrazado un gran paquete.

—¿Qué se lleva esa?—preguntó Juanita—. Siempre ha de sacar algo; acabará dejándonos desnudas.

—Se lo he dado yo—repuso la linfática—: ya ves, la pobre...; con lo que gana Luis... y tres chiquillos.

—¡No haber tenido tanta prisa en casarse!... Yo estoy soltera.

La pequeña suspiró; todo el pecho grasiento le hervía de congoja.

—Juanita, Juanita—rompió al fin—, ¿es verdad lo que dicen? Cuéntamelo todo; no tengas secretos para mí.

—Pero ¿qué es lo que dicen?

—Que el amo de tu fábrica te está haciendo el amor.

Juana se irguió furiosa.

La niña lloraba con un gran desconsuelo; en su naturaleza empobrecida todo adquiría proporciones de tragedia; veía el peligro de su hermana como si la contemplase entre los leones.

—Tú serás siempre buena, ¿verdad, Juanita?

La hermana mayor la consolaba procurando contener la indignación:

—Si no ha pasado nada, tonta. ¿Quién os ha venido con el cuento? Ya habrá sido esa cizaña. ¡Mala bestia! ¡La he de peinar a ella y a

todas! Esto ya dura demasiado. Yo lo acabaré de raíz.

La madre atajó discretamente:

—Lo mejor será que busques trabajo en otra fábrica.

—¿Y por qué, Señor, por qué? ¿Acaso he de bajar yo la cabeza por algo? ¿Por unas cuantas caras sucias que no hay quien se atreva a mirar he de dejar yo el sitio donde estoy bien? ¡Es ya mucho!

—La honra de una mujer es muy delicada, hija mía.

—¡La honra!

Juanita se echó a llorar con un desconsuelo excesivo. Parecía que intuyese por adelantado su caída. Toda la fortaleza de virgen valiente con que se erguía hace un momento se deshilaba ahora en la vena de las lágrimas; tronchada sobre la mesa del comedor, deshecha la rubia melena entre los brazos, tenía la actitud desesperada de las víctimas que no saben defenderse. La pequeña, al verla llorar, se desoló casi desmayada:

—¡Virgen Santa! ¡Reina Purísima!

Acudieron algunas vecinas y se formó el corro de las desgracias.

—Pero, Señor, no hay que apurarse tanto. Al fin de cuentas no ha sucedido nada.

—Con buscar trabajo en otro lado...

—Eso le he dicho yo—repuso la madre—. El sábado te despides y asunto terminado.

—No, señora, me despediré mañana mismo—dijo Juanita irguiéndose nuevamente dispuesta a la pelea.

—¡Como tú quieras!

Se fueron las vecinas y las mujeres de la casa se quedaron allí, solas, cansadas, sin ganas de moverse, como en un reposo de entreacto después del momento de tensión.

Cuando Miguel, el hermano más joven de Juanita, llegó para la cena, las encontró todavía sentadas en torno de la mesa y sin nada dispuesto.

—¿Es que no nos dais de cenar? ¿Qué ha pasado aquí?

—¿Te importa a ti?—repuso Juanita con despego—. ¿Te has ocupado nunca de tu casa y de tus hermanas?

El mancebo se encogió de hombros. Luego se quitó la elegante americana que vestía, la colgó con cuidado en una percha para que no se manchara, se puso un guardapolvo de crudillo y volvió al comedor.

—¿Queréis contarme lo que pasa?

Tenía una hermosa cabeza rubia de maniquí de peluquero y se vestía con un lujo incomprensible aun reservando para sí todo lo que ganaba en una tienda. La madre le puso al corriente de lo que sucedía.

—¿Y eso es todo?—terminó muy sereno—. Pues yo lo único malo que veo en este asunto es que no hayas conseguido chalar de verdad

al burgués. ¡Hay que ver! ¡Un hombre tan rico!

—¡Miguel!—chilló la madre.

—Mujer, ya que se arma el escándalo, que sea con provecho...

Juanita le miró con desprecio levantándose de la silla, pero él, sin inmutarse, con su mirada limpia de arcángel, le sonrió.

—¡Chica, qué bien te ha salido: de película! ¡Creo que estás perdiendo el tiempo!

Juanita se retiró a su alcoba y, aunque estaba indignada, tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír al piropo del hermanito cínico y tarambana con cara de angelote. A la mañana siguiente respondió a bofetadas la primer broma impertinente.

* * *

El señor Marfull tuvo que notar en la fábrica la ausencia de Juanita. No había vuelto a pensar en ella, pero, en el sitio donde la había visto, recordándola, preguntó:

—¿Cómo habéis despedido a esa muchacha rubia que parecía tan formal?

—Lo parecía y lo era. No la hemos despedido nosotros, se ha despedido ella.

—¡Ah, ya! ¿Es que se casa?

—No, señor. Ha sucedido algo muy enojoso...

El encargado de la fábrica refirió a don Da-

mián todo lo acaecido. Marfull comenzó a preocuparse por una historia tan baladí, de tal modo, que le hizo sospechar si, realmente, le gustaba Juanita.

Hasta entonces la emoción que le había producido la presencia y el recuerdo de la urdidora era una sensación para él incalificable; una cosa tan pura como el goce de orden estético que nos causa una rama de acacia empapada de sol una tarde de primavera. Era una atracción tan desinteresada la que sobre él había ejercido la muchacha, que, si el contramaestre, en lugar de hablarle de todas aquellas sucias imaginaciones, le hubiese dicho: «sí, se ha casado», el patrono, sin reservas, sin sombra alguna de mal deseo, le hubiera deseado una bendición de felicidades.

De tal manera estaba lejos de sus sentimientos el apetito primitivo de posesión, que lógicamente era el único que podría haber supuesto hacia ella, que, aun después de haberse dado cuenta de que le interesaba aquella linda obrerita, Damián dudó muchos días de si en realidad le gustaba.

Era una cosa absurda. Apenas la deseaba. Más bien se hubiera dicho que su conciencia trabajaba por dar un final puro a aquel recuerdo y bajarlo a la memoria envuelto en el velo de oro de lo inefable, entre esas otras cosas delicadas, insignificantes y deliciosas que ha ido cazando la red de nuestra nostalgia como ma-

riposas divinas para hacer luego con ellas el alimento de los ensueños y de las artes.

Juanita, en las sensaciones del patrono, era un terrible anacronismo. Aquel cándido enamoramiento le obligaba a saltar sobre sus cuarenta años, su grasa, su dinero y su prestigio para situarse en un fervor de adolescencia imposible de resucitar. Era completamente ridículo ver formarse en el gran industrial un ensueño que sólo era realizable en la imaginación de un muchacho bueno y sencillo. Un idilio bajo una lámpara modesta en un comedorcito de recién casados: la lira de metal colgada del techo tiene un corazón de gas palpitante bajo la pantalla de vidrio cuajado. El galán en mangas de camisa, aun con la laxitud de todo un día de trabajo, acaricia las manos de la bella que sonríe. La luna está en creciente. Los muebles de serie, recién traídos de la fábrica, tienen un excitante olor a madera fresca... En la cocina se consume la cena sobre el fuego.

Los próximos ascendientes menestrales y obreros del fabricante se vengaban haciendo florecer tan a destiempo aquel rebrote de sentimentalismo sencillo en el alma de don Damián. De joven, se había casado con Eulalia buscando satisfacer una loca aspiración de lujo, de desorden ascensional hacia planos aristocráticos; ahora, maduro y ya imposible para satisfacerlo, el gusto de la sencillez le estiraba hacia abajo.

Desgraciadamente para el amor alado que cosecha en el azul las rosas del ensueño, el señor Marfull tenía cuarenta años, dinero y la costumbre de satisfacer todos sus caprichos. Aquella inclinación hacia Juanita, de no ser ahogada al nacer, no podía quedarse en tan puro sentimentalismo. De haber continuado, siquiera, la muchacha en la fábrica, tal vez el patrono hubiera podido satisfacer sus delicados sentimientos favoreciéndola desinteresadamente, teniendo en torno suyo una tutela paternal, y no hubiesen acabado los deseos concretándose y torciéndose hacia el único y mal camino que podían tomar. El resultado fué a la postre el mismo que si Damián hubiese visto a Juanita desde el primer momento en un impulso de conquistador libidinoso, pero, como el camino había sido tan distinto, siempre hubo por parte de él, en aquellas relaciones, algo que las separaba de un amancebamiento vulgar.

Comenzó por informarse de ella y, cada noticia que le venía alabando sus buenas costumbres, su honestidad, su conducta abnegada en la familia de que era único sostén, le llenaba de regocijo. Lógicamente, tantos indicios de sólida virtud en la muchacha debían haberle inquietado un poco haciéndole temer un malogro de sus deseos, pero como lo que él amaba más en ella era esta honradez, sus modestas virtudes de menestrala, cada nueva confirma-

ción le alegraba más que una promesa, aumentando su interés.

De tal manera le preocupaba la honestidad y pulcritud moral de la muchacha que, cuando Juanita cedió, el mayor cuidado de Damián fué no pervertirla demasiado, no ajar su inocencia más que en cuanto era preciso, procurar que el lujo y el bienestar que por tan deshonesta transigencia le venían no la desmoralizasen del todo. Llegaban a ser grotescos este cuidado y estas delicadezas del patrono para preservar la conducta de una mujer en cuya vida había introducido el desorden, pero se dan, a veces, tan curiosos contrastes... Precisamente todo su amor por ella se basaba en que la había creído pura y buena y no quería que dejase de serlo, para poder seguir amándola.

Por su parte, Juanita se encontró desarmada cuando llegaron a sonsacarla los enviados de don Damián. La pobre se había defendido ya tanto inútilmente por adelantado que los medianeros la hallaron cansada de la lucha y acostumbrada a la idea. El trabajo estaba ya hecho antes de que el patrono pensara seriamente en conquistarla. Juanita había tenido la suprema rebeldía virginal cuando las bromas de sus compañeras profetizaron los hechos. Entonces volcó las iras, los grandes denuestos, los rotundos apóstrofes. Toda la violencia se le escapó en aquel tiempo y, cuando la hubiera necesitado para resistir el asedio de la tercería,

no supo hallar a mano más que unas negaciones débiles de cordera que se deja arrastrar entre resignada y rebelde. Además, aunque no fuese más que por modestia, por salirse del plano de evidencia en que tanto resistir a una cosa que todo el mundo veía como fatal la había colocado, Juanita tenía que ceder. El mismo hecho de que en su barrio y entre sus compañeras se hablase tan escandalosamente de este asunto tenía desazonado su pudor. En cuanto las gentes se enteraran de que había caído, dejarían de hablar, una vez satisfecho el primer deseo de maledicencia.

Cayendo, la muchacha obedeció a la ley de la democracia; la mayoría de sus compañeras lo había dispuesto: ¿qué podía hacer ella?

Si Juanita había soñado alguna vez (¿quién puede asegurar la negativa?) en comprar una vida de holganza y brillantez al precio de su cuerpo, aceptando las proposiciones de don Damián, estuvo muy lejos de realizar su ensueño. La vida que comenzó para ella fué de abundancia y tranquilidad económica, pero tan encerrada y aburrida como la de una monja.

El patrono la hizo instalarse en un pisito del Ensanche, en una de esas calles monótonas y aireadas; tomó otro cuarto en la misma casa para que, viviendo en él la madre y los hermanos, la complacencia de la familia resultase menos vergonzosa, pero se cuidó mucho de que nada fuera demasiado lujoso, ni en

excesiva oposición con las costumbres anteriores. Y la pobre Juanita comenzó a vivir sola, terriblemente sola, en medio de su holganza. Había huído de sus antiguas compañeras y no podía tener nuevas amigas. La gentil urdidora, que tendía alegremente sus hilos de colores como un hada juguetona riendo a los velos del ensueño, se había quedado ahora como falseada y desdibujada, en el piso burgués. Aburrida, sin ser mala ni buena, ni obrera, ni señora, ni cocota. Marfull iba a verla todos los días y se esforzaba obstinadamente por no desilusionarse.

* * *

Un hondo suspiro de odre grasiento se desprendió del pecho de Damián. Estaba fatigado de su inacción, tan cansado como si los recuerdos que habían llenado el vacío del pensamiento hubiesen sido engendrados con esfuerzo y no pasivamente en aquel volcarse de saco roto que fué el momento de su gran depresión. Con trabajo se removió entre las blanduras de la butaca y, después de pasarse las manos por la frente, acarició el solitario que llevaba en una de las manos.

Sobre sus rodillas, los papeles que le había dejado Riereta mostraban una estadística terrible:

«Atentados sociales cometidos en el pasado año de 1920 (1):

Veintidós patronos agredidos, de los cuales resultaron ocho muertos, doce heridos y dos ilesos.

Doce atentados contra gerentes, directores, mayordomos, contramaestres y encargados, en los que hubo cuatro muertos, siete heridos y un ileso.

Ciento veintisiete agresiones a obreros, con veintiséis muertos, setenta y siete heridos y veinticuatro ilesos.

Seis muertos más a causa de explosiones de bomba y veintiún heridos... Personas ajenas... Agentes de la autoridad...»

La lista se ensañaba. Marfull, que se sabía condenado por la confidencia de Riereta, no se atrevía a mirarla. Sentía una laxitud enorme, una tendencia casi invencible a distraerse, a perder el tiempo. Su imaginación correteaba como un ratoncillo inconsciente entre las garras de un felino y su cuerpo pesado se sumergía como en un pozo en la absoluta pasividad muscular. No era miedo lo que sentía, sino un gran estupor, una sorpresa anonadante.

—Pero ¿yo?... ¡Yo!

No podía concebir que le odiasen. No creía haber hecho ningún gran atropello a sus obreros, ninguna injusticia excepcional. El régimen

(1) Datos auténticos.

de su fábrica no era más duro que el de las demás, más bien al contrario. Cuando tuvo algún conflicto, alguna huelga, los resolvió sobornando fastuosamente al Comité. Nadie había derramado más dinero que él sobre los obreros. Sobre algunos, se entiende: sobre los que hubieran podido perjudicarle. Y se sorprendía de que le odiasen.

—¡Si mañana me matan! Si mañana me matan...

Se levantó, porque aquel despacho le producía ahogo; necesitaba salir, ir a alguna parte, buscar un momento de reposo.

—¿Le estarían acechando ya los pistoleros? ¿Y si telefonease al gobernador?

Se asomó con precaución, sin alzar los visillos, a una de las ventanas que caía a la calle. Un guardia paseando sus grandes zapatones en la esquina con tan pesado aburrimiento apretaba mucho los pies sobre la acera como si quisiera dejar improntas.

—No, no será aquí seguramente, sino en las cercanías de Pedralbes; en aquello tan oscuro y deshabitado. ¿Y si me quedase a dormir en el Ritz?

Comenzó a pensar en Juanita. Cuando no estaba a su lado, sentía por ella una gran ternura; descansaba en su pensamiento como en algo inocente; no podía imaginar que fuese su querida, sino otra cosa mucho más limpia. Necesitaba estar a su lado, sentir el contacto, la

falta de adecuación de gustos y costumbres para que comenzara a invadirle un oscuro desagrado, un malestar que sólo evitaba recurriendo a las caricias. Juanita era vulgar, dulce y buena, pero casi nunca el patrono había dejado sus brazos sin un gran poso de amargura. Era solamente la distancia la que los unía, la que borraba los malos recuerdos y, purificándolo todo, volvía a dejar en la memoria de él la imagen delicada de la urdidora rubia con gestos de señorita y ensueños de hada buena entre sus hilos de colores.

—Iré a verla; a estas horas nadie ha de suponer...

Atravesó el pasillo, pero, junto a la puerta del almacén, el recuerdo de la estadística macabra y de las amenazas le hizo retroceder a la oficina.

Las piezas apiladas, las cajas de embalaje, las carretillas arrastrando sordamente sobre el suelo de portland, los mozos con los largos blusones cargados de fardos alargados, en un ambiente oscuro, y aquel sonar de martillo del carpintero daban al almacén una evocación triste.

Don Damián penetró en la oficina.

¿Y si me acompañara alguien?, pensó... Pero ¿quién?

Hasta entonces no se le había ocurrido pensar en si le tendrían o no afecto sus dependientes; no hubiera dudado en emplearlos en

cualquier servicio, pero, después de lo que sabía de los obreros, se encontraba perplejo. Por otro lado, no quería descubrirse ni que sospechasen que tenía miedo.

Todas las cabezas estaban inclinadas, todos los ojos estaban absortos sumergidos en su trabajo, menos Claudio que, incapaz de sostener más tiempo la atención tan difícilmente fijada, levantaba la cabeza infantil entre los papelotes contemplando el techo sin darse cuenta de la presencia del dueño.

—¡Claudio!

—Mándeme, señor.

—Deja eso que estás haciendo y ven a acompañarme. Di al ordenanza que me traiga un coche.

Había hablado maquinalmente, sin casi darse cuenta de las órdenes que daba. Tal vez, cuando llamó a Claudio, sólo pensó en reprender su distracción y lo demás lo dijo respondiendo al primer pensamiento que tuvo al entrar en la oficina. ¿De qué ayuda podía servirle aquel muchacho? Y en una agresión imprevista, a tiros, ¿de qué ayuda podía serle nadie, a no ser que el albur hiciese escudo para él del otro cuerpo? Al patrono no se le ocurrió ni por un momento esta idea, pero, cuando Damiancito, su hijo, que leía un novelote metido entre las hojas de un libro comercial, preguntó:

—Papá, ¿quieres que yo te acompañe?—se estremeció de pies a cabeza.

El cajero se le acercó para hacer una con-

sulta y, mientras la evacuaba, llegó el *taxi* que había pedido.

—Cuando usted guste.

Salió el fabricante seguido de Claudio y, tan abstraído, que ni siquiera se dió cuenta de la presencia del muchacho hasta que estuvieron en la calle.

—Mira, no es preciso que me acompañes; lo he pensado mejor.

Cerró de un golpe la portezuela y el *chauffeur* arrancó; Damián miró angustiado por una y otra ventana y luego por la mirilla del zaguero. Claudio, en la puerta del despacho, recogía unos papeles del suelo. Ningún bulto sospechoso se despegaba de las esquinas. El corazón no le cabía dentro del pecho.

* * *

Aquella tarde, cuando Damián llegó al despacho y Claudio se acercó tímidamente a ofrecerle los papeles que había perdido, el patrono ya no se acordaba de las amenazas, de la estadística macabra, ni de las proposiciones de Riereta. Era casi feliz.

—¡Diablo, sí que guardo bien las cosas!—dijo y continuó para sus adentros: —Precisamente han ido a caer en manos de este babieca.

Claudio se mantenía en una actitud tan dig-

na que al patrono acabó cayéndole en gracia.

—¿Los leíste, naturalmente?

—Sí, señor.

—Habrás comprendido que es una cosa muy reservada.

—Por eso los guardé, sin enseñárselos a nadie, para entregárselos a usted personalmente.

—Has hecho bien. Y, ya que la casualidad ha querido que te enteres tú de estas cosas, serás la única persona de que voy a valerme. Es preciso que me busques a ese Pedro Llescas que habrás visto en la nota; quiero tratar con los de *La Independencia* directamente, sin el intermedio de Riereta, que siempre ha sido un fresco. Para buscar a Pedro Llescas...

—Eso es lo más sencillo—interrumpió Claudio, sonriente—. Yo conozco a Pedro Llescas; ha sido profesor mío de latín en el «Liceo Pantoja».

Marfull soltó la carcajada.

—¿Tú estás seguro de que sea el mismo? ¿Profesor de latín?

No se había molestado en imaginar a aquel Pedro Llescas, de que Riereta le había hablado como secretario y organizador de *La Independencia*, sociedad obrera más o menos subvencionada, que se aprestaba a luchar con los sindicalistas revolucionarios de *La Unión*, pero de todas maneras le hubiera supuesto menos bajo las gafas apacibles de un profesor de humanidades.

Claudio se encogió de hombros; aquel asunto no le gustaba y hubiese preferido que el patrono designara a otra persona.

—Es posible que yo me equivoque; el apellido no es frecuente, pero podría dar la coincidencia...

—No, si es posible que sea. ¡Ahora es posible todo!, hasta que un profesor de latín se meta en estos jaleos. Ve a verle, pídele en mi nombre una entrevista reservada y tráeme en cuanto puedas la contestación. Ya diré en el despacho que has salido para asuntos míos. Pero, por Dios, sé prudente. Mira que es una cosa delicada y que, de divulgarse algo, me podría costar caro... Yo me fío de ti aunque eres tan joven, porque sé que has de ser un caballero... Y el Marfull negociante, que sabía manejar a los hombres, halagó con discreción al mozo para que le sirviera. Cuando el muchacho salió de la oficina, se enorgullecía como un joven diplomático encargado de la primer misión difícil. Al fin, la diplomacia había sido su ensueño, sólo que, en vez de ser el rubio correo del zar, que atraviesa la estepa por servir a su patria, y al que esperan, si sale triunfador, los honores del palacio imperial, era un agente de aquella burguesía que tanto odiaba metido en la torva revuelta de las luchas sociales.

El fabricante, en tanto, se obsequió con un magnífico cigarro; todo volvía a darle la perdida serenidad.

Por la mañana, cuando en su sensación de desastre acudió a Juanita, no la había encontrado en casa y tuvo que esperarla. Entraba el sol por todos los balcones de aquel piso pequeño, tan limpio y ordenado. Relucía el barniz de los muebles con una suavidad de miel reciente y, en las paredes claras, contaban las fotografías ingenuas historias de familia: el hermanito muerto, los días de primera comunión... La soledad del piso estaba llena de los ruidos de vida del resto de la casa: el voltigeo rápido de una máquina de coser, unas escalas de piano, un cantar de canario y voces infantiles, muchas voces de niño. Pero todo esto, filtrado a través de las paredes y de la distancia, en vez de molestar, acompañaba como la presencia familiar de una vieja criada que cose en un rincón. Una sensación de descuido y confianza que emanaba de todo aquello se le comunicó a Damián y comenzó a sentirse bien. Miró a la calle a través de los visillos, curioseó la casa. Al llegar Juanita, ya estaba alegre y tranquilo.

La muchacha, al encontrarle, tuvo un movimiento sincero de alegría. Entraba cargada de paquetes, con un aire de recién casada que acabó de entusiasmar a Marfull. Ahora que tenía dinero, su elegancia natural se realzaba con las ropas bien hechas. El patrono la contempló con deleite.

—Mira—le dijo—, debías hacerte un abrigo

recto, con cuello y puños anchos de piel rubia; eso te iría muy bien; yo no sé en dónde he visto uno que te sentaría a las mil maravillas...

Y, sin darse cuenta de lo que hacía, fué describiéndole minuciosamente un abrigo que había estrenado Eulalia la semana anterior. La niña procuraba retener la descripción en la memoria. A veces, tenía una extraordinaria docilidad para seguir los gustos del industrial; sorbía las palabras, ejecutaba al pie de la letra las indicaciones como una pequeñuela obediente, pero nunca pudo el patrono sorprender dónde estaba el límite de aquella docilidad. Unas veces ponía en práctica indicaciones hechas de paso y que iban contra una de sus costumbres más antiguas y otras saltaba rebelándose a una amonestación fundamentada. Se podía hacer de ella lo que se quisiera a condición de no herir su susceptibilidad, pero los resortes de ésta estaban colocados en una zona completamente desconocida para el amante.

Cuando terminó de hablar el patrono, ella se le acercó mimosa:

—Bueno, haré lo que quieras, pero tengo que pedirte un favor.

—Lo que tú quieras.

—Mira; yo quisiera verte todos los días...

—Pero, mujer...

—Sí, ya sé que tú tienes mucho trabajo... El día en que no puedas, que materialmente no puedas, llámame por teléfono, envíame un re-

cado... Que yo sepa todos los días de ti, dónde estás, lo que haces...

Damián se conmovió; la veía temblar sobre su pecho con una palpitación de cervatilla y empezó a adivinar:

—¿Es que tienes miedo de que me maten?

—Sí, Damián. ¡Atentan ahora contra tantos patronos! ¡Tengo un miedo!... ¡Ay, Damián!... Si te herían, yo no podría verte..., no podría cuidarte... Y si te mataban, ¿qué sería de mí?... ¡Ay!, ¡yo no soy nada, nada tuyo, cuando tú lo eres todo para mí!...

La muchacha lloraba, ceñida como una rama de acanto muy flexible, al cuerpo del patrono.

—A veces pienso con terror—continuó Juanita—en que estuvieses enfermo, en lo fácilmente que cualquier cosa puede separarte de mi lado... Yo te lo he dado todo y, sin embargo, no puedo tener ningún derecho... ¡Qué horrible sería una separación así!...

Damián procuraba tranquilizarla. Aquel miedo de la muchacha tuvo la virtud de curar el suyo propio. Se sentía dichoso oyendo las palabras y viendo la explosión de Juanita que no podía ser fingida; la acariciaba con una ternura paternal, prodigándole los nombres más tiernos. Al menos aquella le quería, porque Marfull que, con su fría providencia de buen negociante, había asegurado el porvenir de Juanita para el caso de que él faltase, no podía

atribuír a ningún interés bajo, a ninguna codicia, los sentimientos de la muchacha.

Realmente Juanita era entonces sincera. Ella no amaba al fabricante; no le había amado nunca y casi llegó a odiarle en los primeros tiempos de sus relaciones. Tenía un agravio de virgen hollada que vengar en él; un sentimiento difícil y complejo. Y, por otra parte, la moralidad del patrono, sus pudores, su afán de no descarriarla en la vida, la irritaron. Allá, en lo más hondo de su loca imaginación de doncella, había una figura entrevista en películas y teatro zarzuelero y, tal vez, sin confesárselo cuando se avino a aceptar la protección del burgués, soñaba en grandes abanicos de plumas, vestidos descotados que arrastran por el suelo en cascadas de gasas y de perlas, diademas de brillantes, copas de champán y música de negros... Se conmovía cantando los tangos de milongas en que una pobre niña, arrancada del taller, tiembla a altas horas de la noche envuelta en pieles de armiño y suspira por los vestidos viejos y los novios modestos.

Ambos sentimientos, en sí tan contradictorios, formaron un complejo, dificilísimo de definir, en el alma de la obrera; un sentimiento extraño que le había hecho gozarse en desesperar a Damián por naderías. Pero, con el tiempo, la costumbre, el cariño providente y el trato del patrono habían ido haciendo nacer en ella otro sentimiento muy distinto, que en

nada se parecía al amor, pero que era lo suficientemente fuerte para hacerle desear verdadera, cordialmente la vida del patrono.

Juanita no era feliz, no podía serlo en aquella medio clausura laica, aislada de todo el mundo. Sus apetencias de cariño y aun de placer estaban insatisfechas. ¿Cómo podía estar enamorada de un cuarentón gordo, un poco calvo y tan terriblemente sesudo? Pero aquel ambiente de calma, de *confort* modesto y de seguridad económica empezaba a darle un goce y una dulzura de vivir muy grande. Ella había conocido, hasta entonces, la existencia, siempre un poco precaria, de los obreros, continuamente al día, grata cuando hay trabajo y los buenos jornales permiten satisfacer todas las necesidades, pero que cae de un solo golpe, sin intermedio, en la miseria más horrible en cuanto falta la semanada. Ese desamparo de todas las puertas cerradas, de las noches sin pan y sin abrigo, había estado demasiado a la vista de Juanita para que no agradeciese al patrono el haberla sacado definitivamente de él.

Por otra parte, la superioridad del industrial se le había impuesto. Ella tenía que admirarle, que confiar en él, que esperarlo todo de su mano como de una cariñosa providencia. Su compañía le era preciosa y casi indispensable. Acostumbrada al trato con Damián, aun cuando éste no fuera un dechado de finura, le parecían groseros e insoportables los que en otro

tiempo eran sus compañeros y sus galanes. Era como una planta artificialmente sostenida, arrancada de un terreno y sin aclimatar en ninguno. Se daba cuenta de que Damián era la única razón de su existencia y se preguntaba, con terror, lo que sería de ella el día que el patrono faltase.

Marfull no podía ver, en la profundidad, tales sentimientos y, en cambio, sentía palpitar sobre su pecho el cuerpo joven, flexible y apretado en torno suyo como una liana; enjugaba unas lágrimas que se vertían por su causa, llanto de terror ante el peligro que le amenazaba a él; oía codiciar su presencia y, con todo esto, le bastaba.

Aquel día fué el primero que salió satisfecho de casa de su amiga. Era ya tan tarde que, aun cuando tomó un auto, llegó con un retraso inusitado a su casa de Pedralbes. Eulalia espiaba su venida, y Damián apenas pudo dar crédito a sus ojos cuando la vió en el *hall* saliéndole al paso nerviosísima:

—¿Te ha sucedido algo?

—¿Qué había de sucederme?

—¡En estos tiempos! No comprendo cómo no diste un telefonazo al ver que te ibas a retrasar tanto. Llegó Damián diciendo que saliste temprano del despacho. Hemos telefoneado a la fábrica al ver que no venías; hemos llamado al «Fomento» por si teníais reunión; estábamos angustiadísimos. Por Dios, Damián, te lo

suplico: no hagas eso; sufrimos demasiado.

Y Eulalia, al decir esto, enjugó con cuidado una lágrima entre las puntas de sus pestañas llenas de rimel.

El fabricante, esta vez, se sintió halagado, pero no se conmovió, y aun tuvo una sonrisa para responder:

—Mujer, perdona; no lo volveré a hacer; pero no creía que mi ausencia te inquietase de ese modo.

Eulalia, sin responder, retorció entre los dedos su largo collar de perlas de ámbar y entró en el comedor haciendo seña al criado para que sirviese a la mesa. El patrono ahogó una sonrisa burlona. Su mujer, desde que el señor de Bustares, para adularla, la había hallado semejanza con la reina Victoria, adoptaba un ademán majestuoso que a él le parecía ridículo.

Sin embargo, aquel día, Eulalia no afectaba las maneras; le habían ofendido la sonrisa y las palabras de Marfull y necesitaba recurrir a todo su orgullo para no llorar. A su modo, quería a su marido. Era frívola y helada, pero toda su capacidad de afecto la llenaba Damián.

Precisamente, cuando ya la separación era irremediable, después de haber descargado sobre el esposo todos los rayos de su moralidad ofendida, comenzó Eulalia a respetar y hasta, en cierto modo, a admirar al industrial. Al estar lejos de él y verle como en perspectiva, se

le fueron borrando los aspectos ridículos; pudo apreciar algunas de sus cualidades y, sobre todo, revivir los recuerdos. Si él hubiese dado un paso de aproximación, ella se le hubiera sometido completamente como no lo había estado nunca. Pero Damián ya no se ocupaba de ella, aunque en el fondo más profundo de su alma seguía siendo Eulalia la primera; y la esposa era demasiado altiva para andar el primer trecho del camino.

Sin embargo, Damián, como estaba contento, procuró desagraviar un poco a su mujer antes de volver a marcharse. Había recobrado un gran aplomo al ver a las mujeres temerosas, pendientes de su vida, y por eso podía fumar tranquilamente aquella tarde un gran habano, repantigado en la butaca, aunque en la sombra le acecharan, siniestros, los cañones implacables de las pistolas sindicalistas.

SEGUNDA PARTE

LA REPÚBLICA DE LAS ABEJAS

—PASE usted; pase usted; ya creo recordarle; usted ha sido discípulo de Pedro en el Liceo Pantoja ¿no? Mi marido no está, pero no tardará en venir. ¿Quiere esperarle?

La mujer abrió la puerta del despacho guiando al adolescente. Claudio no salía de su asombro; ¿cómo podía recordarle aquella señora después de dos años y de no haberle visto más que cuatro o cinco veces?

Era una mujer alta, fina, casi descarnada, con una sensación de lanza y de rama de hiedra y los ojos muy claros de un verde transparente.

—Siéntese, siéntese. Pedro tendrá mucho gusto en verle.

Claudio miró a la habitación que le era conocida: muebles claros de pino barnizado, fotografías de cuadros célebres... Una Venus de yeso mutilada de brazos y guardando un imposible equilibrio de paños por las rodillas presidía la estancia. Todo estaba limpio y en orden.

—Siéntese, siéntese.

La mujer se movía con gran inquietud y, en cada gesto suyo, participaba todo el cuerpo. En

cualquier ademán consumaba un movimiento completo por tiempos rapidísimos que, partiendo de la línea larga y combada del cuello, iba a terminar en los dedos de la mano y en la punta del pie. Al ofrecer la silla con la mano derecha, el pie izquierdo trazaba un arco sobre el suelo, la cabeza se volvía a este lado y los hombros se inclinaban al otro. Después quedaba quieta, siempre de perfil, tajante, como una figura de proa.

Claudio comenzó a sentirse a disgusto. No podía definir la impresión que la mujer de Llescas le causaba. Aquella movilidad sin objeto, aquel lanzarse y reservarse a cada palabra producían inquietud. Daba tal sensación de inseguridad, de miedo, de recelo, que, a pesar de sus claros ojos y de su voz delicada, parecía que se la hubiese sorprendido en el momento de ir a cometer un crimen o al terminar de consumarlo. Su amabilidad exagerada, suplicante, era como una demanda de complicidad.

—¿Acabó usted el bachillerato? ¿Qué estudia usted ahora?—preguntaba, y sus ojos parecían decir: —¡Sea usted bueno conmigo!... ¡No piense mal, suceda lo que suceda! ¡Ayúdeme a salvarme!...

Volvieron a llamar a la puerta y la señora salió a abrir cruzando el pasillo a grandes pasos, pero sobre las puntas de los pies, como si ensayara un paso de baile o temiera despertar a alguien.

El muchacho hizo pagar a los guantes que tenía en la mano su disgusto apretujándolos fieramente. Aquel asunto, a cada momento le desagradaba más. ¡Cuánto mejor no estaría sumergido en la oficina que de ordinario odiaba tanto! Pensó, con nostalgia, en las columnas de los libros de caja, en donde cada cifra metida en su casilla era como una larva encerrada en la celda de un panal.

Mientras la señora discutía en el pasillo con el nuevo visitante, Claudio se acercó a los cristales del balcón. El pacífico barrio de San Gervasio, extendido en casitas, rodaba montaña abajo entre jardines, alzando, de vez en cuando, una espadaña o una torre conventual. Más bajo, en la calígine de unas nubes de polvo, se apiña Barcelona y, en el último término, la línea del mar rubrica el horizonte con su mancha de plata.

—Vaya a verle a la oficina. ¡Ya le he dicho que aquí no le encontrará!

Las voces del pasillo distrajeron a Claudio de su contemplación. Un hombre se obstinaba en aguardar a Pedro, y la señora defendía la entrada. Su voz aguda se había descompuesto en un chillido de violín y temblaba en notas finísimas. Su interlocutor le hacía contrapunto en un tono de bajo bien timbrado, profundo y con mucho acento catalán.

—No acostumbra a recibir visitas en su casa.

Aquí no está casi nunca. Viene a comer y a dormir y, muchos días, ni eso...

La voz del hombre no se incomodaba; tenía paciencia y hasta un poco de socarronería.

—Yo necesito verle aquí. Lo siento mucho. ¿Qué quiere que le diga? Él mismo me ha citado.

La mujer desconfiaba:

—¿Le ha citado?

Su figura de gancho se encorvó entonces, astutamente, con un replegarse de pantera. A pesar de su juventud, tenía algo de bruja aquella mujer demacrada. Los cabellos, cayéndole en mechones sobre el rostro, daban una impresión de lino y de ceniza, de yerbajos decolorados.

—¿Le ha citado aquí, en su casa?

—Sí, señora, ¿no se lo he dicho ya? Me ha citado a esta hora.

La mujer, apartándose violentamente para franquear la puerta, con uno de sus bruscos movimientos, quedó pegada a la pared como un murciélago.

El hombre, sorprendido, dió un paso atrás antes de entrar en el pasillo y Claudio pudo verle entonces desde la puerta entornada del despacho: era el Cíclope. Aquel tuerto espantoso de dimensiones hercúleas que había visto en la tarde febril en que, juguete de la Libertad, se asomó a las cavernas revolucionarias, estaba allí también. ¿A qué vendrá?

Claudio estaba ya casi olvidado; le parecían una pesadilla los recuerdos de aquella tarde, pero la aparición del Cíclope detrás de la alucinante mujer de Pedro Llescas los evoca con demasiada precisión. El adolescente se tambalea: —¿Volveré a estar soñando?

Cuando volvió a entrar la señora en el despacho, traía una sonrisa extraña. Una expresión perversa que le levantaba la comisura de los labios afinándole cruelmente la boca.

—Parece que Pedro vendrá de un momento a otro—susurró suavemente en tono de confidencia.

El muchacho se estremeció de pies a cabeza. ¿Qué esperaba aquella mujer? ¿Qué sentimientos movían aquella sonrisa? ¿Acaso pensaba que el Cíclope iba a matar a su marido y se gozaba en ello? ¿Estaba loca acaso? Tal vez la anormalidad de la pobre mujer estaba en haber perdido la relación de armonía entre las expresiones de su rostro y lo que trataba de expresar, como un reloj que da una hora distinta de la que marcan las manecillas... Tal vez era una timidez invencible la que descomponía las delicadas relaciones de un organismo excesivamente nervioso... Pero Claudio era incapaz de encontrar estas explicaciones y buscaba en su imaginación una manera que, permitiéndole cumplir el encargo, le dejara escapar de allí.

Vino un niño corriendo por el pasillo a cogerse a las faldas de la señora.

Ella le levantó en los brazos como si fuera a estrellarle contra la pared, pero el niño no tuvo miedo y comenzó a besarla.

—¿No saludas a este señor?—dijo luego mostrándole a Claudio. El niño se refugió en el pecho de su madre. —El pobrecillo está salvaje. ¡Como no ve nunca a otras personas fuera de la familia! Aquí no viene nunca nadie.

* * *

—¡Hombre! ¡Caramba! ¡Claudio!...

La boca enorme de Pedro Llescas soltaba las admiraciones explosivas en una voz tonante de predicador religioso y apoyándose en las vocales como un profesor de fonética.

—¡Sí que no pensaba en usted! ¿Qué viento le trae?

Detrás de Pedro Llescas había entrado en el despacho el Cíclope. El antiguo profesor de latín, con una mundanidad aturullada que, en lugar de dar soltura a los otros, les ponía en un brete, hizo las presentaciones.

—Los intelectuales y los obreros deben conocerse—dijo—; son la cabeza y los brazos de la futura sociedad. Además, los dos sois hombres honrados y podéis ser amigos: Claudio Bustares, estudiante, y Agustín Flotats, blanqueador de aprestos.

Claudio estrechó una mano enorme llena de

callos y de rayas, oscuras por el polvo del trabajo incrustado en la piel; pero, aunque aquella intempestiva presentación había acabado de desconcertarle, halló noble el apretón de la ruda mano.

El Cíclope—Agustín—de cerca no tenía de imponente más que la gran corporeidad. Su rostro, de líneas muy enérgicas, pero regulares, hubiera sido hermoso de no estar afeado por la mutilación de aquel ojo que aun mantenía una cuenca sangrienta, como si la herida fuese reciente, a pesar de haber transcurrido muchos años. El bachiller, mirándolo, tuvo que pensar en Aníbal; en un Aníbal que había descargado muchos fardos en el muelle y le pesaban las espaldas.

El Cíclope sonreía; sobre su frente, no muy amplia, un rídiculo tupé anticuado quitaba a aquella testa de almogávar toda su ruda grandeza con un bucle de barbería.

—Usted, Claudio, ha de ser de los nuestros—seguía voceando Llescas como si estuviesen radiando su discurso—. Yo siempre le he visto generoso, preocupado de la Justicia, amigo de los débiles. Necesitamos jóvenes como usted. Hay que llevar nuestros ideales a la Universidad. Yo le explicaré y espero convencerle. Los tiempos nuevos traen nuevos problemas. Ante ellos, querido Claudio, no vale hurtar el cuerpo; tenemos la obligación de comprenderlos. Es más hombre el que más co-

noce, el que mejor comprende. ¿Qué sacaremos de llorar y de desesperarnos ante la ruina del noble tiempo viejo? Ya lo ha dicho Espinoza: *Non flere, non indignari, sed intelligere*. Hay que comprender, Claudio, hay que comprender los hechos nuevos y no condenarlos neciamente. ¡Usted ha de ser nuestro representante en la Universidad!—terminó, echando un brazo sobre los hombros del muchacho—. ¡Mírele usted bien, Agustín, fíjese en él! ¡Este ha de ser de los nuestros!

El Cíclope sonreía condescendiente y un poco burlón mirando al muchacho con su único ojo, mientras Claudio, zarandeado por la superabundante cordialidad de su antiguo profesor, no sabía qué responder, medio ahogado y furioso internamente.

Pedro, cuando se cansó de sobarle y de vociferar, le depositó en una silla diciéndole:

—Como usted tiene menos prisa que este hombre, nos aguardará un momento, ¿no es así? Nosotros tenemos que hablar. No le invito a asistir a nuestra entrevista porque aun no está iniciado en estas cosas. Ya lo estará más adelante... Entretanto, puede usted mirar este libro que acabo de recibir.

Y, ofreciéndole un repertorio de arqueología griega con hermosos grabados, se fué con el obrero.

El adolescente, irritado, tornó a poner el libro encima de la mesa sin abrirlo siquiera y se

fué hacia la ventana. Antes de llegar a ella, la señora de la casa, que se había retirado al venir su marido, entró nuevamente en la habitación.

—¿Le han dejado a usted solo?

El muchacho estaba mareado; aquella mujer, le desesperaba aun más que Pedro:

—Ya ve usted—replicó neciamente.

—Pedro es así—dijo ella—. Ahora siempre tiene trabajo. ¿Usted no le había visto desde que era su profesor?

—No, señora, no le he visto en todos estos años.

—¡Ah, qué tiempos!

Sonreía de una manera extraña, miraba azorada en torno suyo, parecía que quisiera contar un secreto terrible y, sobre todo, se movía tanto y siempre de perfil que Claudio, angustiado, sintió ganas de decirle: «Por Dios, señora, hable, dígame lo que tiene, cuénteme ese secreto que la enloquece, ¡pero hágalo de una vez o márchese y no vuelva!» Pero no se atrevió a decirlo y continuó frente a ella cruzando frases insignificantes y miradas y sonrisas penosas.

Por fin la voz de chantre de Llescas resonó en el pasillo y la mujer dijo al muchacho precipitadamente, como si quisiera hacer el acuerdo antes de que volviese su marido:

—¿Por qué no se queda usted a comer con nosotros?

Claudio esperaba cualquier cosa menos esta invitación y, desprevenido, sin pensar en la excesiva intensidad con que respondía, se apresuró a exclamar:

—¡Señora!... ¡De ningún modo!...—pero, dándose cuenta de la descortesía de tan rotunda negativa, dulcificó en seguida—. Eso sería un abuso por mi parte. Le agradezco mucho la invitación, pero mi familia me estará esperando.

—Se les podría avisar por teléfono que se queda con nosotros.

—Como no tengo costumbre de faltar nunca, se extrañarían tanto...

—Diga usted que no quiere... ¡Es una lástima!

Parecía realmente dolorida de que no aceptase su invitación; había dejado caer las manos huesudas con un desaliento de alas rotas y su voz y su mirada tenían un frescor dulce de pastilla de menta al derretirse. Pedro volvió con sus gestos mesiánicos y aquel modo de abrir las palabras que hacía rechinar las vocales.

—¡Caramba! ¡Caramba con este Claudio que nos tenía abandonados!...

La señora dobló la cabeza sobre el hombro, con un gesto de cisne moribundo, y suspiró:

—Ya le he dicho que se quede a comer con nosotros, pero él no quiere. Oblígale tú.

El muchacho redoblaba sus excusas:

—Yo tendría muchísimo gusto... Sería para

mí un gran placer..., pero no puedo; se incomodaría mi padre. Otro día, con permiso de él, honradísimo...

Pedro se había afirmado los quevedos de oro y miraba a su mujer. Sobre su rostro, repentinamente serio, la línea grande y sumida de la boca tenía una elasticidad de animal marino, y los ojillos, detrás de los cristales, parpadeaban con un esfuerzo de atención. Se volvió lentamente hacia el muchacho. Sonreía con dulzura, y su voz, sin ningún engolamiento, era casi suave. Suplicaba humildemente:

—Complázcala usted, Claudio. ¿Qué le cuesta? Quédese a comer con nosotros, yo cargo con la responsabilidad ante su padre.

Al muchacho le brotó, de repente, una gran simpatía hacia ellos y aceptó. La mujer se fué alegremente a disponer las cosas y los dos hombres se sentaron frente a la mesa del despacho.

—Mal negocio es el de su jefe—replicó Pedro Llescas cuando supo el asunto que el adolescente le traía—. Los obreros le odian y no les falta razón. Hasta ahora, nunca quiso conceder nada y ha empleado, sistemáticamente, el soborno para resolver todos los conflictos.

Hablaba con una naturalidad casi simpática que iba haciendo al muchacho reconciliarse con él.

—Mal asunto. ¡Que no imagine que puede sobornarnos! Si quiere tratar con nosotros,

tendrá que pasar por donde queramos. ¡Impondremos nuestras condiciones!

Poco a poco, tal vez sin darse cuenta, volvía el profesor a la ampulosidad de ademanes, a la voz engolada de actor viejo, y a Claudio le desagradaba oirlo porque percibía, a través de aquel fuego innecesario, una falsedad que se trata de vestir con resonancias.

—Pero, en fin, ya hablaremos de todas esas cosas. Ahora, de momento, puesto que usted se queda a comer, haremos una tregua. Para mi mujer es una fiesta. Vamos al comedor.

Julia, en efecto, estaba radiante. Había cambiado la bata oscura por un vestido verde Nilo que le sentaba admirablemente, acentuando la sensación de pitonisa druida que su belleza descarnada y marchita producía.

Sobre la mesa brillaban alguna plata y la vajilla de gala con guirnaldas azules. Pedro Llescas se frotó las manos:

—¡No lo dije! Ahora veremos los primores.

La mujer sonreía como una niña ingenua, combando el cuello tímidamente, y el profesor continuó a media voz, mientras ella, que no tenía más que una sola criada, se asomaba a la cocina:

—Hay que darle gusto alguna vez. ¡La pobre lleva una vida tan contraria a la que había tenido de soltera! No acaba de acostumbrarse. Sobre todo, le gusta tener gente, recibir invitados. Hoy goza lo indecible. ¿No es verdad, Ju-

lia—continuó en voz alta—, que hoy estás contenta? ¿Qué? ¿Podemos empezar?

Y Llescas, ostensiblemente, como hacía todas las cosas, trazó una gran cruz sobre la mesa, dando una profunda voz: *Deus qui fecit totum benedicat cibum et potum!*

Pero la comida no acababa de ser alegre. Julia mantenía una tensión excesiva sobre el servicio, la cocina, los platos y, sobre todo, estaba pendiente del rostro de su marido; no probaba bocado. Claudio procuraba animarla; lo encontraba todo excelente; para serle agradable, comía y elogiaba con exceso. El profesor no parecía darse cuenta de nada; devoraba los platos con una gula antigua de senador romano y reía y declamaba versos de Horacio con voz de trueno. La nerviosidad de su mujer no le inquietaba y no se abstenía de censurar a la ocasión más nimia. Cuando llegó el café, estaba congestionado y magnífico. Su cabeza redonda, pegada a un cuello corto y muy ancho, emergía, potente como la de un toro, de los hombros, amplios, altos, un poco militares. Relampagueaba en sus ojos, en el cristal de sus lentes, en la púrpura de su rostro, tal desenfreno sensual que producía miedo.

Claudio recordó una balada de Gabriel Vicaire, que había leído en una revista:

Moi, moi, l'enorme Burgonde
a la face rubiconde.

Su anfitrión parecía, en efecto, en aquellos instantes, un semidiós de Borgoña o de Flandes, harto de vino espumoso e insaciable de mujeres rubias y opulentas.

—Es usted, Claudio, pudibundo y melindroso para todo como una doncella.

—No comprendo por qué—replicó el muchacho, mortificado.

—¡Apenas ha comido! ¡No ha bebido nada!...

—Más de lo que acostumbro.

—Ya se ve; por eso no le he instado... ¡Pero es un mal camino! ¡Hay que comer, hay que beber!... Virtudes de moderación son virtudes inútiles. Hay que tener cualidades positivas, grandes virtudes, aunque se tengan grandes vicios; esa es la señal de los elegidos... En el mundo, obra al fin de las sabias manos de la Providencia Divina, se dan tres clases de seres: obreros, zánganos y reinas. Lo mismo que en la república de las abejas. Esta es una verdad que, mejor o peor entendida, se ha sabido siempre. No es otro el fundamento en que se han asentado las monarquías de tipo asiático: los obreros que trabajan sin derecho al placer, el rey que es la defensa y el sostén de todos y que, para su recreo, tiene un ejército de concubinas y de cortesanos, zánganos de ambos sexos.

Luego, la sociedad, al complicarse, ha perdido esta sencilla estructura reconocible al primer golpe de vista, pero, en una mirada más

profunda, vemos que la división continúa porque responde a una organización interna. Hay unos hombres que han nacido para el trabajo—en la realidad de hoy, no importa que sean obreros o patronos—; la naturaleza, menos sabia con ellos que con los melíficos insectos, no los ha hecho insexuados. Por costumbre y por prejuicio, se creen aptos para el amor, pero, en realidad, no son capaces más que del matrimonio, que es uno de los más rudos trabajos que puede arrastrar el hombre. Viven una vida gris de abnegación, trabajan, crían hijos. Son indispensables para la sociedad; es más: son su sustento; pero la parte que han escogido en la vida es la peor. Ya se lo dijo así Jesús a Marta, la que se afanaba. Están condenados a no sentarse a los pies del Maestro, porque son incapaces de levantar su afán del suelo. Trabajan y trabajan; es lo único que son capaces de hacer.

La reina, cúspide de la sociedad, que en otras edades encarnó en el gran guerrero que defendía al pueblo, ha de ser en nuestro tiempo el genio creador. Es el político que estructura sabiamente a la sociedad y hace que el mayor bien de todos se obtenga con el menor esfuerzo. El sabio que impulsa audazmente el progreso y salta con él los límites sospechables a los otros hombres. El artista que alumbra los tesoros recónditos de la conciencia creando formas nuevas... ¡Éstos y sólo éstos deben ser los

que dirijan la sociedad en lo futuro y gocen, sin esfuerzo físico, de los bienes que ha acopiado el trabajo muscular de los otros!; estos son los que tienen el derecho al amor y a la fruición plena de todos los sentidos, porque sus cuerpos, libres del esfuerzo cotidiano de los trabajos serviles, han de quemarse en la llama de los placeres, para dejar al espíritu libre bogar a la región más alta...

—¿Y los zánganos?—preguntó Claudio, que había seguido el razonamiento con mucha atención.

—Los zánganos — repuso Pedro — siempre existieron y han de existir siempre. Participan, por su naturaleza física exquisita, de la calidad de las reinas, pero carecen del impulso creador. Sirven para excitar la actividad del genio, para acompañarle, para asistirle; son el eterno cirineo. La reina no puede gozar sola. La capacidad del perfecto gozo dentro de sí mismo sólo la tiene Dios. Los hombres necesitan la compañía; al genio mayor le es necesaria una corte de zánganos para no morirse de aburrimiento. Los hombres que trabajan no pueden acompañarle, están demasiado ocupados y, además, créame usted, Claudio, los trabajadores suelen ser muy aburridos; el ingenio brota en la holganza; la fina gracia corporal se marchita con el trabajo...

—Los zánganos, ¡pobrecillos!—continuó luego enterneciéndose—esas son las eternas vícti-

mas irredimibles. Nacieron para el placer y han de agotarse en un vuelo de primavera; hacen la inmolación completa de su cuerpo y de su espíritu para el goce de los demás y no tienen derecho al agradecimiento. Cortesanos pendientes de la sonrisa y de la gracia del señor, ruedan escaleras abajo al primer cambio de fortuna. Han de ser frágiles, porque su única fuerza es la frivolidad, y no pueden resistir ningún mal viento. Y, sin embargo, son la única alegría de la vida...

Los ojuelos le sonreían entornados entre el humo de su cigarro. ¿Qué visiones de zánganos acariciaba en su imaginación?... Los cuerpos ondulantes de las bailarinas sagradas, la mirada sumisa de las odaliscas, la gracia de las geishas, los epigramas de las hetairas... De repente, como si despertase de un ensueño, dió un puñetazo sobre la mesa y se dirigió a su mujer.

—Julia, te has olvidado de servirnos unas copas; trae aquella *chartreusse* añeja.

La joven, que estaba escuchando a su marido atentamente, con una sonrisa indefinible, se levantó azorada y, al servir una de las copitas, se distrajo volcando un buen chorro de licor sobre la mesa y sobre una de las rodillas del esposo.

—¡Estúpida!—gritó Pedro descompuesto, levantándose como si fuera a echársele encima—. ¡No sirves para nada! ¡Todo has de hacerlo

mal! ¡Con lo cara que cuesta! ¿Estás en Babia?

Claudio, aterrado, no sabía qué hacer, dónde mirar; no encontraba palabras. La pobre Julia, palidísima, con una palidez que acentuaba aun más su demacración, intentó sonreír como si no le asustasen aquellos gritos, pero temblaba en convulsiones de esqueleto.

—¡No te estés ahí plantada!—continuó el marido procurando amainar el empuje de su furor—. Trae algo con que limpiarme—y, volviéndose al muchacho, continuó: —Perdone usted, pero esta mujer me saca de quicio.

Terminó el incidente sin más daño. Julia volvió sumisa a ocupar su rincón de oyente arrobada, y Llescas, saboreando el licor golosamente, continuó hablando.

—Casi todos los males que padecemos provienen del desconocimiento que cada uno tiene de su propia función, del confusionismo, de la mezcla. Como en los seres humanos, por desgracia, no se da la separación física que se halla en ciertas especies animales, tarda cada uno mucho tiempo en darse cuenta de su misión y aun, muchas veces, no quiere percatarse plenamente de ella. Así tiene usted, por ejemplo, lo que sucede con el amor. Los *obreros* no sienten el amor; tenga presente que, para mí, *obrero* equivale, como en las abejas, al ser que viene conformado esencialmente para el trabajo, sea carpintero, comerciante o arquitecto. Su único verdadero placer consiste en desarrollar activi-

dad, en acumular dinero o productos. El afán de dinero no es avaricia en ciertas gentes; el dinero en nuestra sociedad lo representa todo y es para estos obreros como la miel para las abejas, como el grano para las hormigas. ¿Usted me comprende?

Los obreros no sienten el amor—decía—; su apetencia de goce, su fuerza erótica viene disminuída en cuanto es aumentada la otra, pero, como se ha acumulado tanta literatura en torno de esta diversión de las reinas y única ocupación de los zánganos, todos procuran engañarse y, en vez de ir al matrimonio lisa y llanamente para tener hijos, para cumplir con una obligación de servicio social, intentan complicarse la vida, hacen gestos ridículos y pierden lastimosamente el tiempo sin provecho. Todo el mundo debiera casarse a una edad determinada sin intervenir para nada ni conocer a la novia hasta el momento preciso. Así lo han practicado muchos pueblos, y aun lo practican, y les va muy bien. El amor no tiene nada que ver con la función de engendrar hijos. ¿Usted ha leído a Platón?

Claudio negó con melancolía.

—¡Está tan descuidada la enseñanza de los clásicos!... Pues bien: el amor es la escala ascendente hacia la Divinidad. La fuerza oculta que impulsa toda creación, la hélice en el progreso humano. El amor parte del impulso del sexo para remontarse a las regiones puras, pero

el móvil sexual ha de ser fuerza de empuje y no fin en sí mismo. Quedarse en la función del sexo, eso está al alcance de los animales y, de consiguiente, también de mis *obreros*. La *reina*, es decir, el genio creador practica el amor como acicate y como juego, como diversión y como estimulante. De un beso puede salir un poema, una nueva ley de la Química o la renovación social... Por eso la *reina* necesita en torno suyo a los *zánganos*.

—Entendámonos: para usted esos zánganos humanos, ¿tienen siempre sexo femenino?

—Generalmente podríamos decir que sí. El genio creador suele ser hombre; aquí la reina es macho, pero no se excluye la mujer genial, aparte de que se dan casos complejos. ¿Usted cree que los galanes que rodeaban a Josefina mientras Napoleón conquistaba a Europa no eran zánganos al servicio del Emperador? Por otra parte, hay zánganos indispensables en una sociedad bien organizada: esos amigos desocupados que le acompañan a uno y le reposan tanto; toda la variedad de los juglares: músicos, danzarines y comediantes... Pero no crea usted, Claudio, que el zángano es un ser despreciable; se confunde lamentablemente el concepto de zángano con el de holgazán.

El zángano no es un ser holgazán: permanece en el ocio porque no está conformado para el trabajo; naturalmente tiene la gracia y la elegancia; venga de la clase social que quie-

ra, es por naturaleza aristocrático: ¿qué va usted a pedirle? Una mujer hermosa, cuando da su belleza, hace el máximo sacrificio, da mucho más de lo que rinde la madre abnegada en la maternidad o el minero sumergido en el pozo. ¿Que su belleza no representa esfuerzo voluntario? Y eso, ¿qué importa? La conservación de esa belleza bien vale un sacrificio. ¿No se hacen muchos esfuerzos por conservar a través de los tiempos los monumentos de los hombres? Un bello cuerpo de mujer es un monumento creado por Dios y es hasta sacrílego profanarlo con trabajos impropios.

Claudio se sonreía.

—No se sonría usted. ¡A lo mejor encuentra inmoral lo que digo! Aun es usted muy niño. El servicio social, el progreso de la humanidad lo justifican todo. Aparte de que en nuestra organización actual hay cosas mucho más inmorales. ¿Quiere usted decirme qué justificación tiene eso que llamamos burguesía? El burgués, cuando no es un obrero que trabaja—y en ese caso puede clasificársele con ellos—, en mi organización es un ente absurdo. Come la parte de los alegres zánganos sin divertir a nadie. No crea, no produce, no divierte. ¿Para qué sirve entonces? Esa es una clase llamada a desaparecer. En la sociedad futura, estará reglamentada la producción del zángano. Existirán escuelas con un examen rigorosísimo de ingreso a cargo de un tribunal de artistas, y

todos los otros seres que carezcan de gracia y de belleza estarán obligados a trabajar, a producir algo para la comunidad.

El muchacho le miró con malicia.

—¿Y enseña usted esa teoría sobre los zánganos a los obreros de *La Independencia*?

El profesor chupó largamente su cigarro, miró al mozo por encima de los lentes, se detuvo un momento y, al fin, repuso:

—Yo le creía más inteligente. Estas cosas son para nosotros. Un juego de ideas. No inútil, porque en juego empezaron todas las cosas y, si un niño no hubiese inventado una cometa, tal vez no se habría discurrido el aeroplano. Hay que soltar globitos en el aire para que maduren las ideas en las estrellas. En *La Independencia* no nos ocupamos más que de cosas inmediatas... Yo me he ido con ellos... ¿A usted le habrá extrañado, no es verdad?

El mozo le miraba con avidez; el antiguo profesor se calló unos momentos. La larga línea de su boca tenía una caída de desencanto; tal vez en aquel momento le afloraba, con el vapor del vino, una oculta sinceridad; pero era tan difícil de explicar la madeja de sucesos que habían llevado al antiguo maestro de latín, tradicionalista y burgués, a la dirección de *La Independencia*, órgano de los obreros amarillos, y a la secretaría de la sociedad, que ni por un minuto se le ocurrió hablar. Es más: como Llescas había sido siempre un profesional de

la sinceridad, al abrazar una causa, lo primero que procuraba era convencerse a sí mismo y soterrar tan en lo profundo lo que en sí mismo se oponía a su actuación que fué muy posible que en aquel momento no se acordara ya de los primitivos móviles ni aun de las circunstancias que los desencadenaron.

—Sin embargo—comenzó a decir con voz campanuda—, si usted recordara mis ideas de siempre, mi entusiasmo por la Justicia, no se sorprendería. Ha llegado el momento de que unos pocos ganen menos para que otros muchos puedan vivir. El deber, como le dije al llegar, es intervenir en los problemas de nuestro tiempo. Yo he hecho un verdadero sacrificio, más penoso de lo que algunos imaginan. Nuestra Asociación trabaja por el mejoramiento obrero. En ella caben ideas muy diversas. Ya ve: yo, el secretario, soy católico y el presidente es ateo.

Al estudiante le molestó de nuevo aquella voz campanuda que le sonaba a falsa y replicó:

—Pues yo, francamente, no lo comprendo. Creo que en toda lucha, y más en una lucha tan ruda, es necesaria una bandera. Me parecen más lógicos los otros; si yo me creyese obligado a intervenir en esas cosas, no sé, no sé, pensaría en si me iba con ellos, o me pondría francamente en contra.

—Claudio, es usted un niño—contestó el profesor con amargura—. Las cosas no son

nunca tan simples como a usted le parece. Nosotros tenemos una bandera y un lema: «el obrero tiene derecho a la vida»... Otro día hablaremos más despacio.

El muchacho se levantó para despedirse y el matrimonio le acompañó a la puerta.

—¿Volverá usted otra vez?—le dijo Julia.

El estudiante la miró; a los tímidos ojos verdes se asomaba una débil esperanza como un fuego fatuo. Parecía que en los charcos inquietos se le estuviera descomponiendo el alma. Claudio sintió una gran lástima y se inclinó profundamente ante ella.

—Tendré ese honor, señora.

La mujer sonrió con placer tendiendo su mano flaca con torpeza de niña.

—¡Hasta otro día!

—Sí; ahora habremos de vernos a menudo—corroboró el marido—. Además, Claudio es de los nuestros, forzosamente, aunque él no quiera.

* * *

Las estrellas se ahogaban en el cielo lechoso parpadeando entre los grumos de las nubes. Y, restos del naufragio, bogan a merced de los vientos las hojas de los árboles, aun crispadas por la violencia que les hicieron. La tormenta palpita con angustia en el pecho de la tarde, pero a Claudio, que regresa a pie a su casa, más

bien le sirve de alivio este malestar atmosférico. Viene rumiando una meditación melancólica, después de haber concertado la entrevista de Llescas y Marfull.

Las palabras de Pedro han levantado en su espíritu pensamientos y aprensiones dormidos y se preocupa planteándose el problema: «En esa república de las abejas, ¿qué soy yo?»

Recordaba las peroraciones del profesor, su exaltación del amor y del ímpetu de creación en las reinas; la pintura de la vida incolora de los obreros sin sexo; la alegría de los zánganos cortesanos, y se preguntaba:

—¿Qué soy yo?

Aquel amor que incendiaba el mundo en la descripción de Pedro Llescas no había calentado nunca su sangre. No podía hacerse ilusiones; estaba, sin duda, condenado a la opaca vida de los obreros que trabajan runruneando entre las flores para que otros gusten la miel y gocen el vuelo libre de la primavera. Ya tenía una edad en que otros chicos creen, o se fingen, estar enamorados. Cuando leía una novela de amor, se fijaba en la edad del personaje: si era mayor, sonreía con alivio esperando: «aun puede presentarse»; pero, si el héroe era más joven, le entraba una sorda angustia: «¿no llegaré a amar nunca?»

Cuando, como aquella mañana, oía exaltar la pasión amorosa y veía temblar en una mi-

rada y en unas palabras el ímpetu erótico, el frenesí genesíaco, en la forma que había agitado la peroración del profesor, se aterraba pensando:

—¿Estaré yo excluído?

Nunca podía imaginarse en aquel torbellino. Hasta en lo más bajo, comparándose, por lo que oía, con sus compañeros, se espantaba. Muchas veces éstos se habían burlado de su castidad. Al ir con ellos no sentía la obligación, al parecer ineludible, de mirar, remirar y desear a todas las mujeres que hallaban a su paso como hacían los demás. En una palabra: como no padecía la obsesión amatoria de que constantemente hacían gala sus amigos, se avergonzaba e iba ocultando siempre su naturaleza serena como un pecado.

Los otros le escarnecían llamándole «chiquillo» y «señorita» y él, para demostrar que no era menos que los demás, había probado muchas veces a «echarse una novia», pero se había aburrido tanto con ella que, forzosamente, tuvo que desertarla en seguida, cuando no fué la primera en abandonarle la muchacha, al notar la desgana de aquel galán a la fuerza.

Únicamente la Libertad, al besarle en la boca con los labios llenos de vino, le había estremecido hasta la entraña. Aquel recuerdo le hacía absolverse un poco a sí mismo y sentirse un hombre como los demás. La embriaguez de aquel minuto le dejaba un portillo

abierto a la esperanza, pero su conciencia, acostumbrada a los rigores del examen, venía a apurar la verdad diciéndole:

—«Si aquel beso en vez de haberte sido dado gratuitamente, casi contra tu voluntad, hubiese estado preso en los labios de la mujer, defendido por el pudor como por un seto de espinos, ¿te hubieras tú atrevido a ir a robarlo? El deseo viril no es el que toma buenamente lo que le dan, sino el que se mueve a buscar lo que apetece saltando por todas las barreras.»

«No, Claudio, no; tú, en la república de las abejas, eres un pobre *obrero;* tu organismo conserva por herencia los atributos y aun la costumbre del amor, pero tú, realmente, no lo deseas. No sientes el aguijón, el gran impulso; cuando más, te derramas en ternura sobre los seres, pero la ternura no es el amor; el amor es otra cosa.»

Por su lado, en la noche revuelta, pasa una pareja, también ajena al temporal; él es un chico de su edad, casi de su estatura; va con garbo ceñido a la muchacha y le brilla en los ojos, en los dientes, en los labios, en todo el rostro, una sonrisa inefablemente luminosa.

—«Mira, Claudio—continúa la voz de la conciencia—, esa sonrisa es el amor. Tú no has tenido jamás esa sonrisa; esa luz de ilusión no se ha encendido nunca para ti. Las alas de mariposa de tu alma no han podido quemarse aún en esa llama y por eso has con-

servado siempre la estéril lucidez. El alma nos nace con alas de arcángel, pero es preciso que se le derritan esas alas en el ascua de la pasión y caiga rendida, sin poder volar a compenetrarse con el cuerpo. Entonces llega realmente a fundirse con él, porque en su aspiración ascensional no encuentra más exutorio que el de los sentidos y consigue sublimarlos al escapar por ellos. Tu alma está entronada sobre tu cabeza como una victoria sobre una columna; para que experimentes el amor, es preciso que caiga dentro de tu corazón y que se te emborrache con la sangre.»

Y, realmente, Claudio percibe una sensación parecida a la de llevar una esfinge con las garras clavadas en el cerebro que le conduce en línea recta; tiene una seca lucidez extraña y, en cambio, en el pecho, el dolor de una enorme ansiedad. No puede más; es insoportable aquella pena tan enjuta que no le hace acudir ni una lágrima a los ojos. Está agobiado bajo un peso terrible y siente que nadie puede ayudarle a soportarlo. ¿Qué ha de hacer? El mundo se despuebla en torno suyo, y él se queda aislado en el desierto de su monstruosidad.

A lo lejos, chorreando piedra labrada, aparecen las torres de la Sagrada Familia, y el adolescente disminuye el paso aspirando el aire de la tormenta; a veces una ráfaga de tierra le hace cerrar los ojos. De pronto, una mano se le posa en el hombro y una voz ruda

y clara le obliga a detenerse. Claudio tropieza con el Cíclope.

—¿Querría escucharme un momento, señor Claudio?...

Una gran sacudida nerviosa estremece los músculos del muchacho que, perdido todo dominio sobre sí, comienza a dar diente con diente.

—Pero, hombre, no tenga miedo; no voy a hacerle nada...

El Cíclope se ríe y Claudio hace esfuerzos desesperados para dominarse. Es inútil; le abochorna tanto el espectáculo que está dando de su debilidad, que preferiría tener una bala dentro del cuerpo.

—¡Vaya, hombre! No soy para dar tanto miedo... Yo no quería asustarle así...

—No..., si no es nada... Ha sido la sorpresa... ¡Estos nervios!... ¡Iba tan distraído!... —logra decir, al fin, Claudio, medio tartamudeando.

—Ya comprendo. Yo no hubiera querido darle un susto, pero como es necesario que hablemos, he venido a esperarle. Usted vive ahí, ¿no es verdad?

El muchacho asiente, sin preocuparse siquiera de pensar en la anormalidad del hecho de que el Cíclope tenga las señas de su casa.

—¿Quiere que entremos en aquel bar?

—Como usted guste.

Entraron. La luz del interior acaba de reponer a Claudio que ya no piensa más que en

borrar el mal efecto que pueden haber causado sus temblores.

—Ha creído seguramente que le tengo miedo, que me aterra el peligro de morir...—se dice—, ¡cuando la muerte, para mí, es más apetecible que la vida! ¡El mundo me es tan halagüeño!

Paradójicamente, su alma está fuerte como la de los mártires al subir a la hoguera y las carnes le tiemblan.

Agustín busca mesa en un rincón propicio y, después de pedir unas consumaciones, se queda acodado, sosteniéndose la cabeza con las manos y mirando al muchacho. No tiene una actitud feroz, más bien hay una vaga simpatía en la mirada de su único ojo.

—No sé cómo empezar, porque el caso es que...

Claudio ya está tranquilo; le va ganando una sensación de confianza y hasta de reposo en compañía de aquel hombre.

—No se apure por eso—responde con un tono chancero—. Eche usted por la calle de en medio, que a mí lo mismo me da.

Agustín no sonríe; se ha ido quedando muy serio y saca un cigarrillo.

—Yo no sé si usted se acuerda de mí. Yo le conozco desde hace mucho tiempo, de cuando aun llevaba blusita marinera.

—¿Sí?...

El muchacho le mira procurando adivinar,

pero el rostro del obrero está impasible; su único ojo, entornado, observa atentamente la labor de liar el cigarrillo. Claudio, después de dudar un momento en el partido que le conviene tomar, se decide:

—¡Claro que me conoce! ¿No estaba usted en la casa de la calle de la Marina la noche en que yo fuí a llevarles?...

Agustín asiente con frialdad:

—Así es; desde entonces le conozco. Luego, no le habrá sorprendido el que le haya llamado... Necesito saber lo que es usted, si amigo o enemigo; por qué intervino en aquella ocasión y qué relaciones tiene con Llescas y los de la Independencia... Es necesario que hable usted claramente, con franqueza; que yo lo sepa todo. ¡Todo!

Se ha contraído el duro semblante del sindicalista; una de las manos, sumergidas en el bolsillo de la chaqueta, tal vez empuña un revólver, pero Claudio ahora no tiembla. Aquel hombre no sólo no le parece un asesino sino que comienza a serle simpático y, suavemente, con una voz armoniosa de confidencia, le responde:

—Todo eso es un poco difícil de explicar y no sé si usted llegará a comprenderlo, pero puesto que se empeña en saber por qué yo fuí amigo de la Libertad...

La mandíbula de Agustín se estremece; por su piel opaca, sin color definido, se extiende

una palidez amarillenta y Claudio comienza a hablar. Al principio, le cuesta trabajo; no sabe cómo encontrar el tono y hacerse asequible al lenguaje y a la comprensión de su interlocutor, pero, poco a poco, ganado por la voluptuosidad de hablar de sí mismo, pierde toda preocupación. Sus palabras comienzan a ser cálidas y a brotar en abundancia. El obrero escucha, cada vez más ganado por una oscura simpatía hacia el adolescente y, aunque algunos de los matices de lo que Claudio refiere se le escapan, goza con la conversación. Crean las palabras del muchacho un ambiente, desconocido para él, en que halla placer en sumergirse, porque la sencillez con que Claudio cuenta le quita toda dificultad de portazgo. Se siente extranjero, pero acogido con calor en un hogar desconocido y, sin saber resistirse a la atracción, se abandona. Antes de media hora se ha hecho entre los dos una amistad incomprensible.

—¡Esa Libertad! ¡Esa Libertad! Usted acabaría enamorándose de ella. Yo ya estoy un poco curado, pero...

Agustín había llamado al muchacho dispuesto a matarle si su temor de que fuese un espía se confirmaba. Le llevó a aquel bar donde contaba con impunidad absoluta; eligió de antemano la mesa desde la que podía ganar la puerta cómodamente después de un tiro a quemarropa y ahora hablaba con él dispuesto a hacerle confidencias.

¡La Libertad! Para Agustín aquella palabra evocaba a la mujer. Antes de conocerla, no tenía del amor más que la idea precaria adquirida con las pobres mozuelas de prostíbulo. Su alma y su cuerpo estaban sanos y se dieron sin reservas en el primer cariño. Todo su ser vibró curvándose como un arco nuevo. Y le quedó para siempre impresa en las entrañas la exaltación del primer encuentro y en los brazos el volumen de la amada cintura.

Agustín había vivido hasta entonces a la deriva. En la calle desde muy niño, la alegría de su infancia atravesó los túneles de la más negra miseria. A los quince años quiso escapar a América escondido en un barco. Él mismo no sabía lo que le arrastraba al éxodo: si el deseo de ver mundo o la promesa de los jornales altos; en realidad, tal vez no dictaba el afán de la fuga más que esa pesadumbre cotidiana de menudos fracasos, de continuos disgustos que termina por interponer a nuestra vista como una especie de barrera infranqueable para toda elevación en el lugar donde hemos sufrido demasiado. Aun no sabía leer y había corrido ya varios oficios, sin aprender en cada uno más que los nombres del herramental y la técnica común del aprendizaje: barrer el local, llevar paquetes y aguantar el mal humor de todos. A la salida, para aumentar sus menguados ingresos, vendía caramelos en un *cine*. Algunas veces, cuando estaba sin trabajo, vocea-

ba periódicos o llevaba maletas en las estaciones.

A su alrededor, la humanidad exhibía toda la hilaza de su podredumbre. El haz radiante de la ciudad burguesa se desflecaba ante él en un envés de miseria y villanías. La moral, al ir descendiendo por escalones, desde unos prejuicios en otros, llegaba a hacerse tan elástica que, en aquel ambiente, no se perdía la honradez por prestarse a la lujuria ajena o por marcar los naipes en los juegos de cartas. Era tan sutil la distancia entre obrero, truhán y mendigo, que muchos compañeros de Agustín la salvaban varias veces al día de ida y vuelta. Todos los pecados, vicios o aberraciones se conocían allí, se practicaban o se explotaban. No había suciedad moral o física que no anduviese descubierta.

Y, sin embargo, lo mismo que el niño no se tornó raquítico con la escasez de pan, y se hizo un mozo alto y musculoso, el espíritu de Agustín fué siempre sano en medio de la ciénaga. La miseria no logró ni siquiera arrebatarle la alegría; en cuanto se aflojaba la garra y había trabajo y, con él, pan y abrigo, sonaba el cascabel de la inconsciencia, se perdía de vista toda sombra de un mañana y retozaba la risa en los ojos y entre los labios. La raíz de su sanidad era tan honda que, como ciertas hierbas quemadas, rebrotaba con la primera lluvia. Por otro lado, la miseria le era tan

natural que andaba entre ella sin sentirla.

Cuando embarcó en el gran trasatlántico escondiéndose dentro de un bote de salvamento, apenas conocía más que la parte oscura de la vida. Descubrió gentes y cosas que casi no había entrevisto. Vivía en el suburbio y, cuando se acercaba a las calles céntricas, era tan de paso que no tenía tiempo de ver nada, aparte de que nuestra óptica, como la de los peces, está hecha para una determinada luz, para cierta profundidad, que es la del medio que nos es propio, y las demás cosas las recibimos deformadas. Agustín necesitó el gran trastorno que suponía en su vida aquel introducirse furtivamente en un barco, estar suspendido sobre el abismo en la cuna peligrosa de la barquilla, para que, rompiéndose los cristales de sus prejuicios, pudiese observar por vez primera los vestidos, la manera de hablar y de moverse de una mujer elegante. La vida que de aquella delicada figura se desprendía era algo tan suave y tan distinto de lo corriente para el mozo que, sin los acontecimientos que vinieron detrás, tal vez hubiese determinado en él una pauta de ambición. Era una mujercita delgada, con un velo de color naranja y un gran abrigo azul marino lleno de pieles rubias; hallábase apoyada junto a una claraboya y debía de estar muy nerviosa: tan pronto desabrochaba el abrigo dejándolo caer sobre los hombros como apretaba las pieles en torno de la cara siguiendo

unas sutiles sensaciones de frío o de calor. El obrero la miraba, oía su voz sin entender las palabras y le parecía asistir desde su observatorio a un culto esotérico y delicioso.

Empezó la navegación una noche de viento. Agustín, un poco mareado, oía en torno suyo crujir y cimbrear todas las cosas como en un relato de duendes. Apenas se alejaron de la costa, el viento comenzó a azotar la barquilla y Agustín sintió miedo. Una escarcha de sal le heló los huesos. Los dragones del huracán, como llamados unos por otros, comenzaron a llegar en bandadas rugiendo y agarrándose con las zarpas, colgándose en las cuerdas, amenazando destrozarlo todo. El pobre muchacho se sintió perdido; era inútil luchar con el monstruoso elemento; iba a ser arrancada la barquilla y lanzada con su carga a la negrura de las olas aquellas de noche sin resquicio.

De pronto el temor de Agustín se realizó, no con su refugio, sino con otro bote en donde iba uno de sus compañeros. El viento, como un perro servil, ayudaba a la policía del buque limpiándole de intrusos. El aterrado mozo oyó el grito de su camarada, más desgarrado y más intenso que el ruido de las olas. Rotas parte de sus amarraduras, la otra barquilla se sacudía a punto de destrozarse mientras rodaba su carga humana a los abismos.

Agustín, enloquecido como el que se arroja

de un balcón para huír de un incendio, saltó de su barquilla y rodó por el puente. Un madero cruel le arrancó un ojo. Todos se ensañaban con el vencido.

Cuando volvió a la conciencia, sobre su mutilación se extendía el ala blanca de una nave de hospital. Lo habían desembarcado en otro puerto. Un olor tibio de medicinas enguataba la atmósfera. Relucía el estuco de las paredes, y las sábanas recias acariciaban con frescor como si estuvieran almidonadas. Agustín apenas se atrevía a moverse. A su lado suspiraba un viejo.

El muchacho se encontró bien. La herida apenas le molestaba; la blancura y el orden de la sala le producían una sensación de reposo. Por la simetría de las ventanas se asomaba un azul muy claro, levemente aterciopelado de blanco. No quiso hablar, no quiso preguntar nada; prefería no destruir la placidez. Nada de lo que ahora contemplaba le era nuevo; le parecía haberlo ya visto en sueños, pero confusamente, dislocado, en una atmósfera sin aire, mientras su cuerpo era como un tronco sin brazos ni piernas, terriblemente pesado, que se hundía en una gran profundidad.

A la hora de las curas la sala se llenó de movimiento. Volvían los enfermos suspirando, daban órdenes las monjas y los practicantes, los mozos arrastraban las camillas. Agustín volvió a hallar en aquel tráfago la sensación de

actividad de los talleres, pero, como aun estaba muy débil, quiso cerrar los ojos. La herida le mordió como un ratoncillo.

—¿Se encuentra usted mejor?

Le hablaba el enfermo de la cama contigua. Era un hombre consumido, hirsuto de cejas y bigotes, caricaturesco, un poco ridículo. Al principio de hablar con él, al herido le producía risa oír las frases demasiado bien dichas, redondas, de sentencia de almanaque. Aquel hombre no pensaba nunca, no improvisaba nunca nada; tenía un repuesto de ideas y de frases hechas para lanzar una en cada momento, y el único trabajo que se tomaba por los acontecimientos exteriores era el de buscar en el fichero de su memoria la placa correspondiente. Era grotesco como un muñeco de ventrílocuo. Pero le hacían unas curas espantosas que él aguantaba impávido y, por aquel estoicismo, se había hecho respetar, y aun admirar, de todos los enfermos de la sala.

Agustín participó en seguida de esta admiración; él gritaba como un niño apenas le tocaban el ojo herido y, poco a poco, comenzó a oirle con gusto, a reconocer su sabiduría. La figurilla grotesca iba creciendo a los ojos del mozo de tal manera que terminó por ser su oráculo. El hombre hablaba siempre sobre temas eternos: la religión, la sociedad, los deberes del hombre. Todos los grandes nombres sonaban en su voz con mayúscula, huecos

y embadurnados de purpurina: *Humanidad, Progreso, Justicia, Fraternidad.*

En la mente del joven obrero, sacudida por aquel fanático, se iban abriendo problemas que antes desconocía. Se le despertó la conciencia y comenzó a ver todas las cosas con una luz distinta que no era precisamente la plácida claridad que desprendían las ventanas simétricas, siempre llenas de azul, de la gran nave del hospital. Sintió el gozo, mezclado de espanto, de presentir la trascendencia, la responsabilidad de las acciones; los deberes y los derechos. Y, aunque todo había de intuirlo muy confuso, muy caótico, por la falta de preparación de su inteligencia, le espantaba la ordenación del mundo como a un salvaje la maquinaria complicada que funciona entre sus manos. La necesidad de simplificar, para comprender las cosas, le hacía adherirse con un extraordinario fervor al hombre que le guiaba por aquel espantoso laberinto y aceptar como dogmas sus menores afirmaciones. Para un muchacho, y más para un muchacho como Agustín, es difícil aceptar que para cada cosa hay siempre dos explicaciones, entre sí contradictorias. Que el mal es, como la sombra, una cosa que no existe más que cuando algo se interpone para tapar la luz y que el demonio era el más bello de los ángeles. Es peligroso y difícil para un maestro moderar esta sed dogmática sin despertar el escepticismo. Agustín no corrió este riesgo. Su

maestro no le nutría más que de afirmaciones, claras, redondas, de aforismos manoseados.

A veces se acercaba la monja de la sala, almidonada, curtida en el dolor y un poco hombruna. El viejo agitador la recibía con una deferencia irónica, mezcla de anticuados ritos de cortesía y fermentos de odio. El hombre llevaba mucho tiempo en el hospital y, aunque evitaba discutir con la religiosa, habían chocado demasiado para que se quisieran.

—Es una hipócrita—decía él, cuando se alejaba.

Ella le consideraba como su cruz, le cuidaba más que a ninguno por esto mismo y, tal vez, en el fondo, con la secreta esperanza de que se curase más pronto y se alejara.

Agustín, que creía cuanto su maestro le afirmaba y había vivido en tales ambientes que el del hospital le parecía grato, no valoraba demasiado los sacrificios de la monja. La vida por las calles era mucho peor, y se complacía en mortificarla riendo y coreando las frases de su compañero.

—No sometas tu inteligencia — le decía, cuando estaban solos—a los absurdos que predican los curas. La libertad del pensamiento es sacrosanta. Un hombre no merece el nombre de tal cuando se doblega a la superstición y al fanatismo.

Y Agustín se sentía hombre, libre y consciente sometiéndose y aceptando, sin una valo-

rización que su inteligencia era incapaz de efectuar, todas las ideas de su fanático maestro. Pero ¿acaso el maestro no hacía lo mismo? Aquella libertad, aquella holgura de inteligencia que el pobre hombre sentía al haber escapado a las ataduras tradicionales, ¿no era la fe, la confianza, la sumisión a la autoridad de otros maestros a los que concedía un crédito sin límites? ¿No era una fe de carbonero en unos principios aceptados por testimonio de autoridad la que le hacía soportar la miseria, predicar y sufrir como un apóstol contra la fe y la autoridad de los otros?

El mozo, en aquella catequesis, experimentó todas las puras emociones del neófito y pudo llamar salvador suyo a aquel hombre con toda razón, porque con sus tópicos le alumbró la conciencia y le dió un sentido de moral que hasta entonces nadie le había proporcionado. Estaba en peligro de rodar muy bajo a fuerza de ver cosas impuras en torno suyo y aquella voz le detuvo sacándole de entre los hampones, asentó en su alma unos cimientos donde apoyar la dignidad humana y le hizo ascender a un horizonte que jamás hubiese alcanzado por sí solo. Además, le enseñó las primeras letras en la convalecencia.

Al salir del hospital, el joven obrero tenía un plan de vida, un afán enorme de saber, de elevarse, de ser útil a sus compañeros.

Vuelto a Barcelona, después de obtener tra-

bajo, asistió a los cursos de una escuela nocturna y procuró instruirse. Por desgracia, su puro afán de saber no tuvo otro alimento que tópicos y viejos conceptos libertarios. Él reverenciaba la ciencia con todo el místico respeto de su alma primitiva, escuchaba las palabras de los que él creía sabios con la misma veneración con que los patriarcas bíblicos oían la voz de Jehová en las arenas del desierto y concedía un crédito enorme a las letras impresas. Trasladaba a la «Cultura» las emociones de orden religioso y se derretía en un exaltado amor a la humanidad oprimida.

En aquel nuevo ambiente de obreros preocupados por sus problemas, de sociedades, mítines y conferencias, conoció a la Libertad.

Ambos destacaban en la masa de los trabajadores. Agustín, que ya era el cíclope corpulento y mutilado, tenía el empuje avasallador de su buena fe, la nobleza de su entusiasmo y una inteligencia un poco ruda, pero no del todo roma. Libertad era la fuerza indómita, el instinto sin trabas. Su belleza desprendía el aliento carnal de los sentidos abiertos como flores, soberbiamente impúdicos. Hija de viejos anticlericales, ni siquiera estaba bautizada. Sobre su carne rebelde, no había caído ni el frío del agua, ni el hielo de la sal cristiana para templar los ímpetus salvajes. Ninguno de los prejuicios tradicionales tenía valor sobre ella, porque ya, en varias generaciones, se le

había creado una nueva tradición y era como una Eva fuera del paraíso, sin haber contemplado nunca el augusto ceño de Dios Padre. El choque fué magnífico.

Agustín, enamorado, comenzó a rondarla y le habló de matrimonio, pero ella le repuso:

—Yo seré tuya el día en que me merezcas, libremente, sin trabas ni ataduras. Nos uniremos sin más lazo que nuestra propia voluntad. Pero aun no es tiempo. ¿Qué has hecho para merecerme?

Y la púrpura de sus labios y la corona de sus brazos parecían evocar con nostalgia al héroe triunfante que fuera digno de recibirlos en investidura y galardón. Tenía un temple antiguo de madre de cachorros para el martirologio y un amor excitante como el laurel. Agustín, que, modestamente, había permanecido siempre en segundo plano, comenzó a actuar en público, con frenesí, por atraérsela y, en la borrachera de la acción, no temió llegar a todo: fué orador, propagandista y pistolero.

Tenía en los mítines y reuniones una oratoria corta, rápida y más bien pobre, mosaico de lugares comunes y recuerdos de lecturas, pero con un acento tal de sinceridad que conmovía. El candor y la buena fe de su alma le daban una especie de unción que se trasmitía emborrachando a los demás obreros con la embriaguez de que estaba poseído. Llegó a ser un elemento indispensable en todas partes y, aun

cuando la imprudencia de su celo demasiado puro, la excesivamente impenetrable honradez de sus ideales le impedían llegar a los primeros puestos, comenzaba a ser conocido y estimado entre sus compañeros.

Esta misma honradez le hizo, a él, que no era nada sanguinario, intervenir directamente en los asesinatos. Si se había acordado que era preciso ir a la *acción directa*, imponerse por el terror, ¿con qué derecho se quedaba él en su casa cuando los demás exponían la vida?

La Libertad continuó excitándole, pero sin concederle nada.

Una noche, en las calles de Sans, atentaron contra un patrono. Agustín disparó a quemarropa y a sus plantas rodó un hombre cuyo rostro no había visto nunca en su vida. Saltó sobre el cadáver y emprendió la carrera. Por desgracia, la Guardia civil andaba cerca. Él corría a una velocidad insospechada, con la pistola humeante en la mano, y la noche serena se abría para dejarle paso, tachonada de estrellas. La americana suelta flotaba a sus espaldas en el viento de la carrera; un disparo de mauser pasó rozándole la faja y agujereándole la chaqueta por el lado derecho; otro, casi simultáneo, le pasó por el izquierdo... Pero logró escapar.

Jadeando, llegó al refugio donde la Libertad, con otros compañeros, le estaba esperando. Ella salió a su encuentro; bebió en su boca,

con la respiración entrecortada por la fatiga, el relato de lo acurrido, metió los dedos por los agujeros que habían dejado las balas en la ropa, tan próximos entre sí que, sin el viento de la carrera, no se comprendía cómo habían podido dejar tal huella sin destrozarle los riñones, y besó las alpargatas empapadas en el barro y la sangre. Aquella noche Agustín creyó volverse loco; la Libertad fué suya. Sobre la enorme excitación del crimen, del peligro, la carne de la mujer cayó como una tromba acabando de trastornarlo. Fué una embriaguez espantosa que unos nervios menos firmes que los del Cíclope no hubieran podido resistir.

A la madrugada, medio tambaleándose, miraba estúpidamente la casa y las calles que tanto conocía casi sin recordarlas. Como una suerte de estampa de Venecia sucia se le interponía en el cerebro turbado impidiéndole acabar de darse cuenta del paisaje. Había salido por la parte trasera de la casa a una calle que atraviesa el Rech Condal. La riera, llena de agua fangosa manchada con los detritus de las fábricas, refleja las arcadas de una serie de galerías con balaustradas y columnas panzudas de cerámica basta. Cal teñida de color de rosa, de añil y de verde claro pintó las galerías en otro tiempo, pero ahora todo está sucio y desconchado; en el espejo negro de las aguas, irisado por mil substancias químicas, pasan las galerías con un temblor de madreperla, empa-

vesadas de ropa vieja, infinitamente melancólicas. Al andar por entre las matas vellosas y oscuras se levantan de los herbajos las libélulas afiladas, con sus alas de crinolina, y una nube de mosquitos hace mascar materialmente aquella atmósfera corrompida. A Agustín todo le parecía un sueño y, cuando entró en su casa, se desplomó en la cama como muerto. Aquella sensación de piedra hundida en un pozo que le había proporcionado el letargo de la morfina cuando le operaron en el hospital volvió a acometerle y en su cerebro se mezclaron los senos poderosos de la mujer, la humedad tibia de la sangre, el golpeteo de la carrera y las hierbas viscosas del Rech Condal que se le pegaban a las alpargatas.

Desde entonces comenzó para él una vida de exaltación intensa, de borrachera tan continua que no sentía las horas ni los días e iba, como un Mercurio de talones alados, velozmente sobre todas las cosas.

No es que se hubiera embotado su inteligencia, ni su conciencia; por el contrario, tenía una visión más clara, una retentiva mayor. La excitación brutal en que vivía aguzaba todas sus facultades, pero las emociones que recibía ahora, aunque profundamente grabadas, pasaban en el acto a sepultarse en lo más hondo de su alma; iba como impresionando una película sin tiempo para revelarla, porque los únicos momentos de descanso eran de una fatiga enor-

me, de depresión tan tremenda, que le hacían desear la muerte para reposar por completo, hundido, aniquilado, suelta cada célula de su cuerpo y tendida a sus anchas, sin tener que soportar ni el más pequeño esfuerzo de encadenación para continuar viviendo.

Tal vez en aquella enorme fatiga que le acometía, con anhelo de aniquilamiento, se escondiera una fermentación de desagrado, la tristeza de una lucha tan cruel y hasta una vaga conciencia de fracaso. ¡Dios sabe qué amargo depósito se le iba sedimentando poco a poco! Pero, en aquellos días, la fiebre de la acción no le dejaba tiempo para nada y Libertad le tenía absorbido.

La carne de la mujer le trastornaba. Tenía ella alerta para el placer cada fibra, cada papila nerviosa. Se plegaba como una liana, vibraba como un arco. Era una copa jamás colmada. Una sed que se encendía a cada sorbo. El gigante tuerto, con todo su poder de macho, era un juguete en sus manos, rodaba a merced de sus caprichos amorosos, quedaba extenuado entre sus brazos.

¿Me amará ella?

Agustín se hizo muchas veces esta pregunta cuando, lejos de sus transportes, tenía algún momento sereno para pensar en la amante. Mas, apenas acababa de formulársela, la memoria física de sus brazos y de sus labios volvía a trastornarle encendiendo la sangre con

nuevo deseo de sus caricias. Se le había apoderado tan por completo de todo el cuerpo, que la pobre razón no podía nada. Era imposible determinar qué cosa le turbaba más fuertemente: si la presencia o el recuerdo.

Por aquel tiempo, los amigos del Cíclope se habían hecho dueños de la ciudad. El egoísmo y la cobardía les despejaban el campo. Hacían impunemente cuanto les venía en gana; todos los testigos eran mudos. Los burgueses iban cediendo poco a poco, con terror, como un gato que se repliega. Libertad exultaba.

—¡Se acerca el triunfo definitivo. En Milán se han apoderado ya de las fábricas. Dentro de muy poco habrá sonado nuestra hora.

Ahitos de placer, el uno contra el otro, hablaban como dos compañeros. Jamás habían tenido un coloquio de amor. Comenzaban a besarse mientras hacían un balance de fuerzas o disponiendo planes para los días siguientes; desembarcaban de Citerea apretados en una discusión de principios.

—¡Oh, la sociedad futura!

Libertad no hablaba nunca en los mítines, no era oradora, ni pretendía dárselas de intelectual, pero en aquella alcobita, aun sonora con el eco de los besos, hablaba bellamente. El cuarto era tan chico que la cama rozaba con tres de los muros pintados de blanco, con grecas azules medio borradas por el uso. Detrás de unas cortinas de croché almidonado se veía la sala.

El Cíclope la escuchaba con emoción; nunca le parecía estar mejor unido a ella; entonces, verdaderamente la amaba, sin el estorbo de la carne satisfecha. La mujer describía una visión paradisíaca que cuajó en su ensueño de niña cuando, en vez de leyendas de princesas y blancos caballeros, le daban en la *Escuela laica* a que asistía utopías más o menos bien dispuestas en forma de cuentos. Soñaba una ciudad sin tiranos ni esclavos, donde el amor discurría entre rosas y el trabajo era un deporte y no una maldición. En el centro, en medio de un bosque de laurel y cipreses, se daba culto a la Verdad en un templo de mármol esplendente.

Para aquellos cerebros infantiles, la Verdad era una cosa poco menos que tangible que habían encerrado en un pozo los curas y los frailes, pero que un día, cuando ellos, los obreros, triunfasen, saldría resplandeciente a recibir el culto de las almas puras, no contaminadas de los pecados antiguos.

Al calor de la utopía que Libertad lograba revivir con su palabra emocionada, los amantes se sentían purificados, se creían buenos y santos y obraban sin escrúpulo disponiendo de vidas y haciendas ajenas para hacer triunfar su ideal a costa de cualquier cosa.

—Tú lo eres todo para mí—decía a veces él—. Eres mi fuerza y mi idea. ¿Me querrás siempre?

Ella no replicaba o respondía con un beso; en su salvaje sinceridad no cabían ciertas mentiras. Su idea de la moral necesitaba no manchar aquel momento de elevación en el ensueño. No se había planteado nunca la cuestión de si amaba o no amaba en realidad a Agustín o de si dejaría pronto de quererle. Fué a él en un momento de entusiasmo, arrebatada por su golpe de audacia, sin pensar en los rasgos de su rostro, en cosa alguna de su individualidad. Hasta aquella noche en que le vió llegar jadeando, descompuesto, empapado de sudor y manchado de sangre, más horrible que nunca la cuenca de su ojo mutilado en la congestión de la carrera, apenas había reparado en él; entretenía su cortejo, como el de tantos otros, con vagas promesas, por coquetería, por enardecerlos, por sentirse deseada. Nunca había pensado en ser suya; pero aquella noche quiso gozar en Agustín lo que ella consideraba un triunfo, participar, comulgando en aquel cuerpo todavía palpitante por la excitación y por el susto, en un episodio de la lucha, ser, en cierto modo, cómplice de aquel crimen. Si a la mañana siguiente, la Policía hubiera arrancado al hombre de sus brazos para llevarlo al patíbulo, ella no hubiera sentido su muerte más que la de cualquier otro de los compañeros que consideraba de valía. Es más: si, para conservar la vida de otro miembro más importante en la organización, hubiese sido preciso en-

tregar a Agustín, no hubiese vacilado en ello.

Luego, la costumbre y, sobre todo, la adecuación a su cuerpo para el placer le hicieron continuar aquellos amores en los que el obrero ponía tanto de su alma. Mas, para ella, Agustín seguía siendo el camarada, el compañero para la lucha y para el gozo, no el amado al que se rinde el ser como en un culto.

Agustín intuía a veces, oscuramente, este desvío, esta falta de entrega completa en ella, pero no se atrevía a reprochárselo. No sabía de qué quejarse, qué decirle, qué prueba demandar que le satisficiese completamente, y aquella insatisfacción, aquel fracaso inconfesado, bajaba a su conciencia como un gusano roedor más de los muchos que iba almacenando para el mañana.

La noche en que estaba sentado frente a Claudio en el bar triste, sucio y feo, la carga informe que había depositado en la zona oscura de su ser le pesaba ya tanto que amenazaba con romperse. Hubiera bastado un choque muy pequeño para hacerla desbordar, salir a la luz y obligarle de nuevo a una búsqueda, a una inquietud como la que tuvo en el hospital; con la diferencia de que ahora es un poco menos crédulo, menos ingenuo el discípulo y no tiene un maestro de autoridad indiscutible que le guíe.

Tal vez, sin la separación obligada por un largo encierro de Agustín en la cárcel, las co-

sas hubieran continuado estacionarias mucho más tiempo; el vínculo sexual que los unía, consagrado por la costumbre, iba borrando y haciendo olvidar muchas cosas; pero, a la vuelta del cautiverio, roto el encanto de los sentidos, Agustín la encontró cambiada. Se dieron un apretón de manos como dos amigos cualesquiera, y cuando, a ruego de él, volvieron a verse en el nido de los antiguos amores, casi se miraron como en la cita ocasional de una aventura. La Libertad estaba lejana, no tenía el acento pasional de otras veces.

En la alcobita nada había cambiado; la misma colcha de satén con floripondios; a través de las cortinas de croché, la sala con su cómoda llena de chucherías de los bailes, de cajas de polvos y esencias baratas, los mismos retratos de caudillos políticos; la oleografía simbolizando la república... El Cíclope se enterneció evocando el tumulto de sus recuerdos.

—Libertad, tú ya no me quieres, no eres la misma para mí.

Ella soltó una carcajada:

—Sí, hombre, sí.

Comenzaron a hablar de la situación. Las cosas no eran ya tan optimistas. El grupo de *La Independencia* había cobrado bríos; contestaba a agresión con agresión. La lucha, al prolongarse, les restaba fuerza; había escisiones, resquebrajamientos en el frente único.

—¡Esos hijos de perra! ¡Casta de traidores!

Las palabras de la Libertad no abrían ya el horizonte azul y rosa de las utopías idílicas; sus insultos amontonaban nubes, aumentaban la cerrazón. El cansancio moral de Agustín no halló reposo. Se separaron decepcionados. En el intervalo de ausencia, cada uno había continuado caminando por su parte y ya no se encontraban. Antes, sin darse cuenta, caminaban por distinto sendero, pero, en el puente de un abrazo, juntos un momento, compartían sus impresiones y lograban hacerse la ilusión de marchar unidos. Ahora era imposible; hubieran necesitado hablar mucho, repartirse muchos recuerdos. Agustín se hallaba sin ganas, fatigado con exceso. Y, cada vez con más frecuencia, en el embrutecimiento de su cansancio emergía, como a la luz de un relámpago, alguna de las visiones recogidas en los días de sobreexcitación rápidamente.

«¡Esos hijos de perra!», exclamó una de las veces Libertad y, en la mente del Cíclope, se reprodujo la pirueta mortal con que había visto saltar a una de sus primeras víctimas. Lo veía con todos los detalles, con la camisa amarillenta y los calcetines azules; recordaba la muestra de una tienda de comestibles, los ladrillos blancos y negros del portal inmediato... ¡Oh, aquel salto, aquel salto!

—¡Esa mala canalla!—continuaba la mujer y, en cada exclamación, al articularse, veía él saltar, grotesco y espantoso, al obrero malhe-

rido. Era la crispación de intensidad que ponía ella en el insulto, el pequeño espasmo nervioso que lo acompañaba. Agustín tuvo que decirle:

—Déjalos ya, no hablemos de eso.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te ocurre algo?

—No, nada, nada.

No es que sintiera remordimientos por aquellas acciones que él creía actos heroicos, cumplimiento de un duro deber, episodios de una lucha; su espíritu reaccionaba ante ellos como un soldado con sus recuerdos, pero prefería tenerlos olvidados, taparlos con todas las demás cosas de la vida.

—¡Chico, no te comprendo!

Agustín se marchó muy triste. Al faltarle el apoyo sensual y sentimental de la mujer, se debilitaba. Era un Sansón sin cabellera con el presentimiento de la derrota.

Ella sacudió su negra cabeza desgreñada. Agustín comenzaba a pesarle como una de esas historias finidas ya en lo íntimo y que no terminan nunca de morir. Había vuelto a su vida de siempre: coqueteaba nuevamente con todos. A pesar de sus experiencias amorosas, tenía una como independencia virginal, ácida, un poco salvaje, de ninfa de Diana, acostumbrada a correr por los bosques. Sin los justificantes del entusiasmo y el placer, aquellas últimas complacencias con el Cíclope le parecían un poco vergonzosas. Quería terminar la histo-

ria, pero no encontraba una manera para que Agustín no se ofendiese. Era bueno. Parecía tenerla cariño.

—Le diré que mi papá se ha enterado—se dijo, y soltó la carcajada. Hacía muchos años que sobre ella no pesaba la autoridad paterna. Mucho antes de la pubertad era libre cuanto le entraba en gana.

—¿Qué le diré? ¿Qué le diré, señor?...

Mientras meditaba, comenzó a vestirse para ir a un baile del «Fomento». Sacó de uno de los cajones de la cómoda un traje de crespón de color rosa tierno, bordado de cristales; unas medias de seda, unos zapatos de charol. La Libertad desgreñada de los telares, la furia enardecedora de los motines no perdía con aquellas galas señoriles su desgarro. Estaba hermosa y tentadora, pero todavía más plebeya.

. . . .

. . . .

Agustín apuró un vaso de cerveza.

—En fin, celebro haberle llamado; hemos hablado mucho y quedamos amigos.

—Por mi parte, sinceramente—replicó Claudio—. Hemos quedado amigos como no imaginaba seguramente esta mañana Pedro Llescas.

Aquella alusión hizo estremecer al Cíclope.

—¿Usted se habrá sorprendido de encontrarme en casa de Pedro Llescas esta mañana?

—Un poco; ¿a qué voy a negarlo?

—Sí; es para sorprenderse, pero... ¿Le puedo decir la verdad?

—Eso piénselo usted; yo no he de repetir lo que me cuente.

—Espero que no lo hará y prefiero ser indiscreto a que me pueda suponer usted traidor. Desde hace tiempo, los de *La Independencia* saben todos nuestros acuerdos. Hay alguien que les va con el cuento. Yo me he propuesto descubrirlo y me he metido allí. Sé que me juego la pelleja..., pero la tengo ya tan perdida que, un motivo más, ¡qué importa! Si no es hoy, será mañana. No siempre voy a tener la misma suerte. Un día u otro hay que morir.

—¿A usted no le importaría morir tan joven?

—Francamente, preferiría que no me mataran. Pero, si ha de ser, ¿qué más da? Nada podrá evitarlo.

Tenía un estoicismo desconsolado. Pero en lo más hondo ocultaba la esperanza de que él sobreviviría a toda la lucha. Era un crédito irracional, pero vivamente arraigado. A pesar de todas las angustias, aun del mismo cansancio que a veces le acometía, se apoyaba en la vida sólidamente, sin ganas de dejarla.

Claudio recordó entonces a don Damián y preguntó a boca de jarro:

—¿Y es verdad que van a matar a mi principal, al señor Marfull?

Agustín hizo una mueca.

—¡Muere tanta gente todos los días!

—Pero el pobre señor Marfull, ¿qué ha hecho?... ¡Es muy cruel!

El Cíclope se encogió de hombros.

—Mire, más vale que no hablemos de esas cosas.

Callaron un momento. Claudio, por un impulso extraño de su sensibilidad que él mismo no podía explicarse, comenzó a enternecerse por la suerte del patrono. Hubiera querido salvarlo a toda costa.

—¿Quiere usted que nos marchemos?—preguntó, de pronto, el Cíclope—. Es ya muy tarde; en su casa le estarán esperando.

Claudio no se movió.

—Agustín..., ¡si usted quisiera!...

—¿Qué?

—Podría salvar al señor Marfull...

El muchacho ponía un temblor infantil en la voz suplicante. Agustín le miraba con un ceño sombrío. Había algo que pugnaba por enternecerle. Él no había tenido jamás hermanos; en su infancia no tuvo compañeros a los que profesase cariño; aquel muchacho no era tan niño que pudiese despertar dormidos sentimientos paternales, pero le conmovía con su absurda demanda. Una serie de fermentos de su lejana infancia abandonada le burbujeaban en el alma inclinándole hacia el adolescente. Claudio se obstinaba sin saber exactamente por qué. En aquel momento, la vida del pa-

trono era una de las cosas que más le interesaban en el mundo.

—¿Por qué la han de tomar con él?... ¡Si usted le conociera! No tiene nada de malo ni de tiránico...

—No sigamos hablando. Lo que me pide es imposible... ¡Si aun se tratara de otro! Pero ese Marfull que se dedica sistemáticamente al soborno... ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Todos creerían que me he vendido!...

Se alzó de su asiento para poner término a aquella conversación tan enojosa. Claudio le imitó muy abatido. Al obrero le pareció ver lágrimas en los ojos del chico. Salieron en silencio. El viento de la noche de tormenta volvió a estremecer a Claudio como una hoja. El Cíclope, al verlo dar diente con diente, le preguntó con cariño:

—¿Qué le sucede a usted? ¿Por qué tiembla?

—Nada, nada, un poco de frío.

—Váyase pronto a casa. Buenas noches.

—Adiós. ¿Nos veremos otro día?

El obrero meditó.

—Sí... El martes. En este mismo sitio... Procure no pensar en cosas tristes.

Se separaron. Claudio, replegado sobre sí mismo, apenas hacía bulto sobre las casas y las vallas de los solares. Caminaba como un niño enfermo de fiebre. De pronto tornaron a cogerlo por el hombro. Era de nuevo el Cíclope. Bajándose mucho le susurró al oído:

—Voy a hacer por usted lo que no he hecho por nadie.

—¡Ah!...

—Venga el domingo por la tarde a la Fuente de la Mina. ¿Sabe dónde está? En Las Planas...

—¡Sí, sí!

—No tiemble más.

Le estrechó contra su pecho. Claudio apretó con fervor la mano del pistolero.

De las cerradas nubes empezaron a caer unas gotas muy grandes, frías como el granizo.

* * *

Pedro Llescas se obstinó en ser recibido en la casa de los Marfull para tratar de la defensa del fabricante. Como, a pesar de lo que él declamaba, se sentía *déclassé* por sus andanzas y sus promiscuidades, se esforzaba, en todas las ocasiones que se le presentaban, por dárselas de caballero, de hombre fino y hasta de persona de sociedad.

—Quiere ir a su casa como otra visita cualquiera.

—¡Qué tontería! ¿No hubiese sido mejor para vernos un restaurante o el Ateneo?... Yo estaba dispuesto a invitarle a comer... ¡pero en mi casa!...

—Con darle café o té será bastante.

—¿Tú crees?

—Es un hombre especial.

Claudio había subido mucho en la consideración de su patrono. El fabricante empezaba a encontrarle talento; además, su buena educación le era muy grata.

—En fin, confío en ti. Pero me parece que no me voy a entender con ese hombre.

A la noche siguiente, Claudio, acompañando a Pedro Llescas, volvía a entrar en el suntuoso hotel de los Marfull.

Damián había prevenido discretamente a Eulalia de la naturaleza de la visita, y ella, con una perspicacia aguzada por sus presentimientos y sus temores, dispuso con maestría la escena. El fabricante, aun cuando le molestaban la teatralidad y las afectaciones de su mujer, no pudo por menos de sonreirse pensando que aquello estaba bien.

Eulalia, vestida con un traje de paño azul oscuro, adornado de pieles de marmota y abrochado hasta el cuello, cosía, a la luz de una lámpara, ropa para los pobres. Lalita, de blanco, sentada en un cojín a sus pies, hojeaba una revista. Damiancito, en otra mesa, bostezaba ante unos apuntes. Un gran perro danés dormía junto al radiador.

—No cabe duda; mi mujer ha visto este cuadro en la ilustración de una revista: las delicias del hogar honesto.

Él no comprendía todo el cariño, y hasta la

abnegación familiar, que había dictado la composición de aquella escena. Eulalia, un poco tiesa, un poco ridícula en su afectación de gran dama que trabaja para los pobres, estaba nerviosa y preocupada y pensando sólo en servirle. Dieron las diez. La señora reposó la labor sobre la falda. Como cosía pocas veces y estaba muy inquieta, daba unos puntos lamentables. Damián encendió un puro para hacer tiempo.

El criado anunció desde la puerta:

—El señor Llescas, el señor Bustares.

Venía Pedro muy planchado, con una americana negra de cintas y unos botines casi blancos sobre los zapatos de charol. A Eulalia le pareció un comerciante cursi que va a pedir la novia y, sin poderlo remediar, le tendió la mano con uno de sus gestos de reina de película que tuvo que corregir en seguida con su mejor sonrisa.

Llescas quedó encantado; se esponjó como un gallo; relucieron sus lentes de oro con un brillo madrigalesco. La belleza madura de la señora de Marfull le complacía. Aprovechó la primera ocasión menos impertinente para decirle unos piropos de tirabuzón, rimbombantes, de profesor de humanidades. Ella le encontró insolente, grosero, casi procaz en las miradas. Se veía demasiado inmediato el deseo en aquel hombre para que una mujer como Eulalia no se ofendiera. Comenzó a detestarle casi desde el primer saludo y sólo pensando en el

servicio de su marido pudo continuar sonriendo.

Mas, precisamente porque la antipatía al antiguo profesor se le presentó tan clara desde las primeras palabras que le oyó pronunciar con aquella voz hueca de vocero de la radio, tuvo que forzar las sonrisas más de lo que, a ser naturales, hubiese hecho, y como, en su repertorio de amabilidades, la mayor parte de las sonrisas eran de coqueta, fué mucho más allá de lo que pretendía. A Llescas comenzó a olvidársele que hubiera sindicalistas y conflictos sociales en el mundo. Damián tuvo que hacer esfuerzos para llamarle al orden y llevárselo al despacho a hablar de su asunto.

Entró Pedro Llescas en casa de Marfull dispuesto a humillarle un poco antes de transigir, a imponer condiciones, pero la presencia de Eulalia le había desarmado. Por el buen parecer no se plegó al momento a cuanto el patrono quiso, pero defendía su parte sin vigor. Lo que más le importaba, aunque tal vez no se lo confesase a sí mismo, era hacer amistad con el fabricante y poder volver a la casa. Tenía Llescas un temperamento amoroso sobreexcitado, y la presencia de cualquier mujer despertaba en su imaginación la posibilidad de una aventura. Eulalia, con su rigidez y sus sonrisas, con aquella mezcla de amabilidad y desdén, había logrado interesarle. Mientras ella, un poco hierática, le ofrecía una taza de café,

él pensaba en la voluptuosidad de doblegarla en un abrazo. La miraba procurando adivinar detrás de su compostura los resortes pasionales que podían moverla. Se complacía en imaginarla transportada por el placer, loca, desenfrenada.

Era tan fuerte la imaginación del profesor, que las escenas que se representaba por dentro del cerebro le salían por los ojos, le trascendían como un flúido.—Este es el secreto de los donjuanes: crear una atmósfera amorosa, con el fuego de la imaginación, que percibe el instinto de las mujeres.— Para Eulalia aquel flúido era repelente. A su coquetería le bastaba—y su decoro no podía tolerar otra—con una corte platónica, lejana y respetuosa como la que le hacía el señor Bustares, el padre de Claudio. Cuando vió salir a Llescas, respiró satisfecha deseando no volver a verle.

Entretanto, Marfull, detrás del humo de su cigarro, pensaba mirando y escuchando a Pedro: —¿Qué clase de hombre es éste?

Para las clasificaciones humanas del fabricante, necesariamente un poco simplificadas, aquel tipo no encajaba en ninguna especie. —¿Será un sinvergüenza? ¿Será un farsante?

Había una cosa de claro histrionismo en el antiguo profesor, pero no era fácil determinar hasta dónde llegaba, porque, en medio de aquellas voces engoladas, de aquellos tropos, de aquellas metáforas de retórico, se percibía algo

ingenuo, a pesar de todo. Claudio se aproximaba más a la verdad al tener, en presencia de Pedro, la sensación de un romano antiguo. Aquella amplitud de gesto hubiese movido soberbiamente la toga; aquellas voces y aquella afectación florida no hubiese desentonado en un banquete donde se sirvieran los bueyes enteros con guirnaldas de rosas. Su pedantería era permitida, y casi indispensable, en una ciencia rudimentaria, y el desenfreno sensual, cosa corriente en una civilización pagana.

Como había temido Damián, él y Llescas no podían entenderse. Hablaban un lenguaje demasiado distinto. Había aprendido Pedro en el seminario, donde pasó su adolescencia, a enfocar todas las cuestiones *sub specie æternitatis,* remontándolas a la esencia divina, aunque luego viniera a discutir los más viles detalles. Necesitaba citar a Santo Tomás y a Duns Scoto para hablar de los jornales y de las horas de trabajo, y al fabricante, todo aquello, que en el otro era un vicio, unas muletillas, le parecía un burdo expediente, un rodeo para no descubrir el juego y ganar tiempo. El señor Marfull hacía preguntas concretas, presentaba las cuestiones desnudas, y el otro las cogía, las elevaba en sus manos de predicador y, con un gesto elegante, las iba a colgar en el nimbo del Espíritu Santo. El patrono se fatigó pronto, pero Pedro no se daba cuenta; él tenía un poder tan extraordinario para hablar sin descan-

so que hubiese permanecido allí hasta la madrugada. De vez en cuando, el recuerdo de Eulalia le daba nuevo brío.

Al fin, como Marfull lo necesitaba y el profesor quería hacer una amistad, llegaron a un acuerdo. Asociarían al personal de la fábrica en *La Independencia* y tomaría ésta a su cargo la defensa armada del patrono.

—Creo que no habrá inconveniente; lo propondré en la primera junta y ya le haré saber la contestación... Nos veremos muy pronto.

—Cuando usted guste.

Eulalia, que esperaba impaciente, conoció en la cara de su marido que había logrado su propósito y sonrió agradecida a Pedro.

—¿Terminaron ustedes?

—Empezamos, mejor dicho, señora.

—Que sea para bien.

—Cerca de usted no puede haber cosa mala. La belleza y la gracia atraen la bendición del cielo. ¿Usted sabe por qué cayó el fuego del cielo sobre Sodoma y las otras ciudades malditas?

—Estoy muy mal de Historia Sagrada.

—Porque la mujer de Lot no se parecía a usted. Dios no hubiese pedido cinco justos de haber habido una mujer que valiera por todos.

Pedro se inclinaba torciéndose hacia el lado derecho, mientras con la otra mano dibujaba una curva de vals en el aire. El patrono se reía a sus espaldas.

Cuando el matrimonio quedó solo, Damián se acercó a Eulalia. Se daba cuenta de que, sin la presencia y las sonrisas de su mujer, la lucha con el absurdo Llescas le hubiera sido mucho más difícil.

—¡Jesús, qué hombre! Lo que es si no es por ti no conseguimos nada. Se ve que le has gustado.

La señora sonrió con melancolía.

—¡Qué impertinente! Si no hubiese sido pensando en que tú le necesitas, no hubiera podido soportarle! Pero ¿te servirá bien, al menos?

—Así lo creo.

—¿No se le ocurrirá volver por aquí?—preguntó con temor.

—¡Es muy capaz!... Es hombre para todo. ¡A lo mejor viene a hacerte la corte!

Ella se dejó caer hacia atrás en la butaca. Sus finas manos se abatieron sobre la falda con desmayo. Luego alzó un poco la cabeza y miró a su marido. Había en sus claros ojos, a pesar de la sombra del rimels, tal dulzura de honestidad y de melancolía, que Damián tuvo que cogerle una de las manos entre las dos suyas. En aquel momento, y en aquella mirada, creyó encontrar una Eulalia distinta: la mujer modesta, abnegada y servicial con su marido, con que él soñó siempre. ¡Lo que hubiera podido ser Juanita de nacer en otro ambiente! Se acercó más a ella, pero, en el momento en que

se inclinaba para besarla, le pareció que era realmente la otra, la obrera, la dulce mujer que se hallaba reclinada en el sillón. La imagen de Juanita, al interponerse tan a deshora, le estremeció, detuvo el movimiento, le hizo soltar la mano y retirarse.

—¡Aquella muchacha!

Por su conciencia cruzó como un relámpago la idea de que en la reconciliación con Eulalia no cabía Juanita. Si volvía a querer a su esposa como al principio del matrimonio, ¿qué haría con la otra? El se sentía incapaz de engañar a las dos. Su honradez no era para ciertos embustes. ¿Cómo podía abandonar a la infeliz cuyo porvenir había truncado? No soportaba la idea de una canallada tan grande con una mujer que parecía quererle y era incapaz de volver a Eulalia con el pecado de aquel otro amor. Siendo un rey de cuento oriental, servido por los genios, tal vez hubiese hecho desaparecer de su horizonte a la obrera mandándola transportar a una isla muy lejana donde pudiera ser feliz. Tal vez le brotó otro deseo aun más cruel, sin darse clara cuenta, allá en la sima más oscura de la conciencia. Pero, impotente y abatido, de momento no encontró más camino que el de alejarse con tristeza, con mucha tristeza, haciendo un sacrificio enorme.

Eulalia le vió marchar sin levantar los ojos

y, ya sola, sin temores por el maquillaje, se echó a llorar con desconsuelo.

* * *

Claudio, con Pedro Llescas, volvía en un coche a la ciudad. Por los cristales deslustrados por el vaho y el humo pasaban los faroles con claridad de espectro noctívago y los anuncios luminosos de los espectáculos se asomaban a ofrecer un momento la bisutería de sus bombillas. El estudiante se sentía melancólico después de haber pasado el rato charlando con Eulalia. Pedro fumaba y hablaba sin cesar.

—Es formidable la mujer de tu jefe. Gazmoña, hipocritilla. ¿Has visto cómo le gustaban las cosas encendidas que le he dicho?... Hay que saber conocerlas; cuanto más recatadas son, más agradecen que uno se desvergüence... Si yo tuviese tiempo... Mira: tú, con política, procura que don Damián me invite algún día a comer...

—Pero ¿yo? ¿Usted cree que tengo influencia con él hasta ese punto?

—Empecemos por tutearnos. Tú vas a ser desde ahora mi secretario. Mejor dicho, una especie de agente secreto como los que tenían los cardenales en el Renacimiento...

Claudio se quedó estupefacto y, de tan sorprendido, no supo oponer más que una excusa estúpida.

—Pero... ¿y mi padre qué va a decir?

—Ya buscaremos una fórmula. Yo le hablaré. Te daré un sueldo doble del que ganas ahora, sin contar con los gastos de representación, como podríamos llamarlos... Ya verás cómo te diviertes.

—Pero ¿usted, digo tú, crees que sirvo para esas cosas?

—Ni hecho de encargo. Has nacido para diplomático... Te falta cierto mundo, un poco de desenvoltura; yo te iré aleccionando. Yo, a tu edad, era más tímido que tú y ya has visto esta noche cómo me he metido en el bolsillo a los Marfull.

A Claudio le parecieron tan grotescas las palabras y las pretensiones de Pedro que comenzó a divertirse. Pensaba no aceptar sus proposiciones haciendo que su padre se opusiera, contándole toda la verdad si era preciso y, de momento, se daba el cómico espectáculo de la petulancia del antiguo profesor.

—Ya ves; a tu edad era un místico; quise ser cura y hasta fraile. Andaba por el mundo de puntillas, recogiéndome los bordes del vestido para no molestar; pudibundo, ruborizado por la menor cosa. No me atrevía a mirar a una mujer. Siendo yo novicio, como estaba siempre enfermo, los superiores me enviaron, acompañado de un hermano, a la consulta de un médico famoso. Era un día hermosísimo. Yo, que no podía entonces ni siquiera soportar el

olor de las rosas, porque me daba vértigos y casi me desvanecía, al encontrarme en la ciudad, lejos del convento, empecé a sentirme bien, a respirar otro aire. Como te digo, no levantaba los ojos del suelo, no veía nada, pero el rumor de la vida libre que percibía en torno mío me sentaba bien. Recorrimos casi todo el trayecto en coche. El médico me hizo muchas preguntas, me zarandeó por todos lados y luego escribió una carta para el superior. Al volver al convento—el noviciado estaba en un pueblecito cercano a Valencia—, en la estación una muchacha llamó a mi acompañante:

—«Escuche, hermano.»

Nos detuvimos. Yo seguía con la vista clavada en el suelo. No vi de aquella mujer más que el ruedo de su vestido, pero escuché su voz, percibí su calor y su perfume. Mi piel había llegado a ser tan sensible que, con las manos, con el rostro, sin mirar, notaba las proximidades. Me acometió un vértigo tal, que creí morirme.

—«¡Este muchacho se pone malo, va a desvanecerse! ¿Qué le sucede?»—dijo ella asustada.

Me eché hacia atrás porque creí que iba a tocarme y entonces no hubiera podido contenerme. Yo no sé lo que hubiese pasado allí si siento su contacto. Me llevaron al convento. Aquella noche me acometió una fiebre, una locura erótica de tal naturaleza que, sin poder

resistir más, di gritos, conté rugiendo mis deseos, corrí por los pasillos medio desnudo. Imagina el escándalo.

A Claudio casi se le erizó el pelo de espanto. Pedro Llescas, que contaba las cosas más naturales a gritos, confesándose él mismo hecho un energúmeno, ¡cómo estaría!

—Al día siguiente, los superiores me enviaron a mi casa. Nunca he visto el rostro de aquella mujer que determinó el final de mi vida religiosa. A lo mejor era fea.

—Es muy posible. Pero ella u otra, ¿qué más da? Allí eras tú el que no servía para la vida del convento, para la práctica de la castidad.

—La castidad es muy dura.

—Hay quien la guarda.

—Sí los hay... Y ¿quién sabe?... Tal vez si me lo hubiese propuesto habría yo mismo llegado a ser un santo.

—Todo es posible; Dios hace milagros.

Llescas soltó una risotada. El auto se había detenido a la puerta de un bar.

—Te invito a unas copas de champán.

—¿A estas horas?

—Son las más indicadas. Y, de paso, conocerás a una mujer capaz de hacerle perder la vocación a un santo. Pero no te enamores de ella, hazme el favor.

* * *

Claudio no hubiese sospechado la existencia de comedores reservados en aquel bar de apariencia modesta. Hasta algunos de sus parroquianos ordinarios los desconocían. Pedro entró saludando a los del mostrador como si se dirigiese a los billares y, por una puertecilla escondida detrás de una cortina, ganó la escalera del entresuelo. En el reservado le esperaban dos mujeres y un hombre. Claudio reconoció en una de ellas a Libertad.

Estaba la hermosa mujer con un traje de seda descotado y sin mangas. No tenía aire de cocota, pero tampoco parecía una mujer honesta. A Claudio le repugnó. En medio de aquella decoración vulgar y pobretona, la hembra magnífica perdía gran parte de su arrogancia, quedaba de ella lo más plebeyo, lo que tenía de común con las demás mujeres; se le notaba la esclavitud del sexo sin aquel aliento de salvaje espiritualidad que a Claudio le hizo elevarla a la categoría de mito la primera vez que la vió a la puerta de la fábrica.

Ella también le había conocido y, como no sabía qué decirle, reía y bromeaba bajando cada vez un escalón más, como para acercarse a su compañera, una artista francesa de uno de esos infinitos *music-halls* de Barcelona.

Pedro hizo traer champán y, mientras dejaba que se refrescase, tomó el número recién salido de *La Independencia* que tenía su compa-

ñero. Al comenzar a leerlo, se le nubló el semblante.

—¡Esto es insoportable! ¿Quién se atreve a suprimir unas cosas y añadir otras en mi artículo?

Miraba descompuesto, agresivo, al otro hombre que era el presidente de la Sociedad, un tipillo menudo con aire de vendedor de sedas. Pero el presidente no se inmutó.

—Yo he sido.

—¡Corregirme tú a mí! ¿Cuándo supiste escribir, ni siquiera con ortografía, para meterte a tocar una línea que yo he hecho?

El tipejo, sin molestarse ni alzar la voz, con el mismo tono opaco, le repuso:

—Yo no sabré gramática ni ortografía. Seguramente no sé escribir; pero, de ciertas cosas, entiendo más que tú. Ese artículo había que modificarlo. Era indispensable.

—¡Haberme avisado!

—No había tiempo. La máquina estaba dispuesta para tirar el número.

—Pues lo habéis estropeado... Y, en último término, ya que lo trastornasteis de arriba abajo, haberle quitado mi firma.

—Era necesario que saliese con tu firma.

—Pero ¿y mi reputación literaria?

—Aquí no se trata de reputaciones literarias, sino de servir los intereses nuestros. Si a nosotros nos gusta más así...

Pedro estaba encendido; se batía en retirada

dando vueltas al semanario entre las manos.

—Y esa cita de San Agustín, ¿por qué la suprimisteis? Sin ella no tiene sentido el último párrafo.

—La gente está cansada de tantas citas de santo; ya podías buscar otros textos que sacar. Eso acabará pareciendo la *Hoja Dominical.*

—¡No entendéis nada! ¡Sois unos idiotas!

El hombre se encogió de hombros con desdén y Pedro se volvió al estudiante:

—No hagas caso aunque nos veas pelearnos. Éste y yo nos queremos mucho, como dos hermanos, ¿verdad, Joaquín?

—Pues claro está—replicó el aludido escupiendo por el colmillo.

Claudio tenía ganas de marcharse; aquel Joaquín le producía repugnancia física con sus aires de chulo; la visión de Libertad degradada y del profesor sometido a servidumbre le daba pena. Pedro descorchó el champán y, como si la alegre espuma le devolviera todo su dominio, comenzó a declamar:

—Hay que saber sacrificar no sólo la vanidad literaria, sino hasta la pureza del lenguaje, cuando se trata de servir un interés más alto. Nosotros, los intelectuales, nos perdemos por la estética. Ya lo ha dicho Unamuno: «¡Mediterráneos, seréis siempre unos niños: os ahoga la estética!» Por encima de la estética, está el bien de la Humanidad. Yo no dudaría en destruir todas las catedrales góticas si con ello se

podía evitar el sufrimiento de un solo ser humano... Pero, cuando no es necesario, debemos remediar los sufrimientos y conservar las catedrales.

—El arte ya es de por sí un consuelo—apuntó Claudio arrojando las palabras con desgana, porque le molestaba intervenir en la conversación.

—Para nosotros, los intelectuales, el arte es todavía más que un consuelo: es una necesidad.

—¿El señor es un intelectual?—preguntó Joaquín con una sonrisa que a Claudio le produjo ganas de tirarle la botella a la cabeza.

—Éste es un muchacho que vale muchísimo; ya le conocerás. Desde ahora va a ser mi secretario.

—¿Tu secretario?... Secretario *particular*, supongo.

Joaquín, conociendo las fantasías de Llescas, acentuó las palabras. Veía en perspectiva un nuevo sueldo que gravase los presupuestos de la organización y le salía al paso. Claudio cogió el sentido de la observación del presidente y se apresuró a tranquilizarlo.

—Aun no puede decirse nada; eso no pasa de ser un deseo tuyo; ahora falta lo que diga mi padre.

Por primera vez Joaquín levantó los ojos para mirarlo con simpatía y alargó la mano para volver a llenarle la copa.

—Gracias; no bebo más.

La Libertad, la altiva Libertad de otras veces, se estaba, a todo esto, callada y contemplando a Pedro. Había dejado de ocupar el puesto central; pasaba de dominadora a dominada. El estudiante la encontró hasta menos bella.

—¿Cómo ha venido a parar esta mujer aquí? ¿Qué papel hace?

. . . .

. . . .

Desde que Pedro oyó hablar de Libertad, deseó conocerla; presintió su temperamento ardiente, su ímpetu pasional. El rojo desenfreno de gallo que quemaba la imaginación de aquel hombre se exaltó a la primera noticia que tuvo de ella. Como un sultán de las *Mil y una noches*, ardió en deseos de la desconocida, más apetecible que todas las princesas de su serrallo, y se puso en movimiento para conseguirla. Fué, exponiéndose mucho, porque ya empezaba a ser conocido, a una velada en la Casa del Pueblo sólo por verla. La Libertad no estaba. Se disfrazó de obrero y rondó la fábrica en donde trabajaba: tampoco la encontró.

Se la había ya forjado con todos los detalles que le dieron de ella y estaba seguro de conocerla sin necesidad de que se la mostraran. En el baile de máscaras en que la halló por fin, se levantó frenético de la mesa que ocupaba para señalar a una real moza que, vestida de «fantasía» con raso verde y oro, avanzaba por el salón. Era alta también y morena, pero tan

distinta de Libertad que el muchacho que le acompañaba no pudo contener una carcajada.

—¿Esa? ¡Esa es una peinadora del Poblet, casada y con dos chicos! Está aquí con su marido, con que ¡ándese con ojo!

Aquel fracaso le dió rabia y le hizo sentarse nuevamente, mas un poco decepcionado. Para distraerse, comenzó a fijar la atención en las máscaras que bailaban. Todas eran trabajadoras de las fábricas, pero estaban vestidas de seda y abalorios, de plumas, de oropeles, de gasas. En cambio los hombres llevaban el traje de todos los domingos y, algunos, los pantalones de Mahón. Se puso a contemplar un grupo de muchachitas jóvenes que, sin las manos rojas y algún que otro detalle de mal gusto, hubieran podido parecer escapadas de un baile aristocrático, con sus falditas huecas y sus frágiles cinturas.

—¡Ahí está la Libertad!

—¿Dónde?

—Detrás de ese grupo de muchachas.

Venía la mujer de correr otros bailes, ya un poco fatigada. Un traje de «sultana» de color oro viejo, bordado de rojo, verde y negro, acentuaba su leve laxitud con la evocación oriental de los harenes. Pedro se fué a ella sin mirarla. En realidad no comenzó a verla bien hasta que, después de haberla tenido entre sus brazos durante un baile, la invitó a refrescar. Entonces le pareció menos bonita y, desde luego,

muy distinta de como se la habían pintado. Desde el primer momento comprendió que podía dominarla. Aquel traje oriental que había escogido no era un simple capricho. Advirtió en ella una cantidad de odalisca voluptuosa dispuesta a esclavizarse que nadie había sabido adivinar. La vida libre y sin trabas la salvó hasta entonces, dándole una apariencia de amazona independiente y salvaje. Corría suelta porque nadie le ató con fuerza la argolla en el tobillo ni supo reducirla.

A Pedro no le costó mucho hacerla suya. Se le impuso con sus gritos, con sus ademanes definitivos, con el imperio de su bocaza enorme. Ella, aunque no sabía quién era, se encontró desconcertada con aquel hombre que, desde el primer momento, la mandaba y disponía las cosas a su antojo, casi sin pedirle consentimiento. Se separaron, después del primer encuentro, terriblemente peleados. Libertad no pensaba volver a verle. Él marchó casi decidido a dejar la conquista. Pero, cuando al domingo siguiente se encontraron en otro baile, al que Pedro fué maldiciéndose, llamándose idiota, y él le dijo: «¿Me aborrece usted mucho?», la mujer se dió cuenta de que no sólo no le aborrecía, sino que le encontraba simpático. Aquella vez, como Llescas no había pensado en ella y Libertad casi no se acordaba de la aventura pasada, pudieron mirarse sin prejuicios y comenzaron a gustarse. Pedro ya la veía

como era verdaderamente y no cual la imaginó engrandeciéndola en sus deseos solitarios. Al no esperar nada excepcional, empezó a encontrarle perfecciones. Su naturalidad apasionada no era la de una semidiosa de la paganía como supuso en su exaltación libresca Claudio, ni su laxitud tan oriental cual apareció en el primer momento a los ojos de Llescas. Era una pobre muchacha excesivamente dispuesta para el amor, sin defensas por la educación libre que había recibido, y ansiosa de gozar con todos los sentidos.

La decepción que en el primer momento experimentó Pedro le fué luego muy útil; pudo comenzar la conquista en frío, sin un excesivo interés, calculando todos los efectos, disponiendo de todos los recursos con una habilidad de que, a tener el más leve asomo de amor, hubiese sido incapaz.

Ella le creía regente de una imprenta y soltero y, únicamente cuando las cosas habían avanzado demasiado, supo la verdad.

Pedro tuvo miedo. Al sentirse engañada, la mujer recobró por un momento su salvaje poder de diosa primitiva. Hasta entonces había vivido sin engaño. Su moral era rudimentaria, pero no había faltado a sus principios. La falsedad de Llescas la deshonraba. En primer lugar, el profesor era casado y, en la moral de Libertad, no se podía tomar el hombre a otra mujer sin que antes rompiese todos sus com-

promisos con la antigua amante. Ella ya se consideraba, tácitamente, separada del Cíclope y, al conocer a Pedro, decidió hacerlo con la mayor formalidad y hasta decirle que tenía un nuevo amor. Por otro lado, Llescas era un enemigo; uno de los traidores de que había abominado. Casi peor que un traidor: un hombre que venía de fuera a ayudar a los otros, seguramente mandado y hasta pagado por la burguesía.

Con gritos de leona se alzó sobre su infamia, terrible, verdaderamente magnífica y hermosa; entonces comenzaba a ser la mujer de que Pedro tenía noticia, la hembra tremenda de sus ensueños. Necesitaba, más que nunca, conservarla, porque le gustaba y porque comprendió que, de separarse entonces, corría un gran peligro. Libertad podía pedir venganza a sus compañeros y el profesor sabía muy bien los expeditivos procedimientos de éstos. Tuvo que recurrir a uno de sus grandes recursos teatrales. Sacó la pistola, la arrojó encima de la cama, y dijo:

—Te he engañado; tienes razón. ¡Mátame!

Ella se arrojó sobre el arma. Pedro, sin inmutarse, se cruzó de brazos. Libertad llegó a levantar la mano. El hombre no se movió.

El profesor tenía la seguridad petulante de que no iba a disparar y no se dió cuenta cabal del grave riesgo en que estuvo, porque Libertad

había cogido el arma con verdaderas intenciones de matarlo.

¿Por qué no disparó? La misma Libertad no supo nunca por qué razón fué débil y dejó caer la mano sin matar a aquel hombre. Se echó a llorar y, luego, consciente, a sabiendas de que se degradaba, fué nuevamente suya.

Por primera vez en su vida salió llorosa y avergonzada de una cita de amor.

En aquella aventura se había roto para siempre la fuerza de su carácter. La conducta sexual es el verdadero eje de la moralidad del individuo. En él se apoyan todos los demás resortes del carácter. No hay moral posible sin una disciplina del sexo. Por eso han dado tanta importancia la sociedad y la religión a la virtud de la castidad; ella sofrena y encauza las demás pasiones y, cuando se relaja, deja a la conciencia tan sin apoyo que cualquier mal viento puede moverla en una dirección a que antes hubiera sabido resistirse.

Libertad, hasta entonces, tenía unos principios de moral muy flexibles que no le vedaban el placer, pero que se lo limitaban encerrando su conducta en una norma. Al romperla, al entregarse a Pedro faltando abiertamente a sus prejuicios, todo el débil edificio moral se vino abajo. Ya era la barca rota entregada a las borrascas del placer, camino de todos los abismos.

En los primeros días, aun se hizo la ilusión

de lograr atraer a Pedro a sus ideales, de convertir su conquista amorosa en adquisición política, pero unas cuantas conversaciones con él no solamente le hicieron perder esta esperanza, sino que le turbaron. Pedro sabía demasiadas cosas, tenía una excesiva fuerza dialéctica para que ella pudiese discutirle.

—Es inútil; tú sabes más que yo. ¡Me ganarás siempre!

Nunca pudo tener con Pedro aquellas ilusionadas conversaciones que tanto emocionaban al Cíclope. Entre los brazos del profesor, quedó como una pobre niña, torpe e indefensa, y Llescas, al darse cuenta de la inteligencia de la mujer, encontró un gusto sádico en desmoralizarla.

A la muchacha, al principio, le dió rabia la ironía del amante; su cinismo le repugnaba, pero, poco a poco, sus simples ideas sobre las cosas empezaron a perder nitidez de contorno, a confundirse unas con otras. Cada vez se iba haciendo moralmente más débil. Antes andaba por la vida con la curva briosa de una flecha, hacia un final lejano, tal vez inasequible, pero inalterablemente clavado en su horizonte. Ahora titubeaba, necesitaba apoyarse a cada paso y, cada vez que buscaba un soporte, en vez de hallar un pilar rígido encontraba una curva que cedía. Con Pedro habló mucho, pero aquel hombre sostenía cada vez una cosa distinta. Lo embrollaba y mezclaba todo en

una espuma que hervía en el fragor de su palabra campanuda. Era a veces perverso, demoníaco. Al darse cuenta de cómo le admiraba la muchacha y de que se ponía en sus manos buscando una dirección, no sólo no procuró orientarla, sino que, deliberadamente, hacía que se turbara más, que no supiese nunca el camino seguro, para que viniera a apoyarse en él, a confiarse en él, a recibirlo todo de sus manos.

Por otra parte, la clandestinidad a que sus relaciones con Llescas la obligaban, hizo descubrir a Libertad un nuevo placer en los mismos engaños que antes tanto le habían repugnado. En vez de ser sincera, se hizo astuta y terminó por pervertirse hasta un grado inconcebible. Dejó de saltar como una flecha y comenzó a arrastrarse cual las serpientes.

—Si alguno de mis compañeros me descubriese, creería que vendo sus secretos—pensó un día y, poco a poco, le penetró como una necesidad de placer cruel la idea de sacrificar a sus compañeros en aras de su amante.

—¿Si yo le dijese a Pedro esto? ¿o lo otro?

El tener en sus manos aquella arma le hacía sentirse como la clave, como la fuerza mayor en la lucha. Del lado que ella se inclinase estaría el triunfo. Oscuramente deseaba que Pedro la preguntase, que la forzase a hacer la traición, pero ésta era la única lealtad que Llescas tenía con ella: la de no mezclar en sus

amores las incidencias de la lucha y no preguntarle ni aludir nunca a los trabajos de ambos grupos de obreros.

Mas Libertad, perversamente, entre sus besos, dejó escapar una noche cierta insinuación tan clara a una huelga que disponían, que Pedro comprendió que aquella mujer estaba dispuesta a todo, a ser en sus manos el arma más terrible de delación y de traiciones. Aumentó sus caricias, la forzó un poco—que era lo que ella deseaba—y acabó por obtener una información completa. Aquella noche ella gozó como nunca, revolcándose en la propia abyección, permitiendo que hozaran en su alma. Al salir de esta cita, la Libertad magnífica, la furia popular de los mítines, ya era una mujerzuela vil.

También hasta entonces vivió únicamente de su trabajo, del jornal arrancado a los telares, en cuya manipulación era habilísima; no había conocido la miseria y tenía tal seguridad en sí misma, en la destreza de sus manos, que despreciaba a las mujeres que, casadas o solteras, vivían del dinero de los hombres. Nunca había querido aceptar de sus amantes más que regalos sin valor y, si algún día hicieron un gasto extraordinario, una comida de restaurante, una excursión cara, fué a medias entre los dos. Pero, con Pedro, empezó a frecuentar los reservados de los restaurantes nocturnos, los palcos de los *music-halls* y a dejar que pagase solo las cuentas muy subidas. Llegó a

consentir que le regalase trajes, pieles, zapatos... Y, alguna mañana, cansada de la orgía de la noche anterior, perdió el jornal de medio día. Además, aunque acudiera a ponerse detrás de los telares, ya no tenía para el trabajo el brío y la atención antiguos; estaba como enmollecida—el culto del placer pide siempre el diván de la pereza—y perdía las primas de superproducción. Sus ingresos disminuyeron al mismo tiempo que, con las nuevas frecuentaciones y los gustos que adquiría por Pedro, aumentaban sus gastos.

Llescas le consiguió una subvención secreta a cambio de sus delaciones. De escalón en escalón iba descendiendo a lo más bajo.

A veces, sobre todo alguna tarde en que faltó a la fábrica, le entraba una gran melancolía. Era un sentimiento nuevo que en sus años de sobriedad no había conocido. Paseando por las calles del centro, miraba a las muchachas elegantes preguntándose: ¿Qué serán, qué pensarán? ¿Cómo vivirán estas mujeres? En alguna ocasión se llegó a detener a la puerta de una iglesia mirando con curiosidad al interior. Ella no había entrado nunca. De pequeña, sus padres se lo tenían prohibido, amenazándola con dejarla entregada a los horrores y obscenidades de los curas si llegaba a entrar. Y, de mayor, llevada por la lealtad de la lucha contra ellos, no quiso ni una sola vez dejarse arrastrar por la curiosidad.

Ahora, mirando desde la puerta la penumbra del templo, la constelación temblorosa de lucecitas en los altares, sentía una especie de nostalgia de que no fuesen verdad las sucias abominaciones con que habían espantado su imaginación de niña. Estaba como ansiosa de cosas torpes y terribles y se hubiese prestado con placer a todas las abyecciones.

Pedro había ensuciado su imaginación. De aquellos sentidos tan sanos que se abrían gozosamente sobre su piel magnífica, había hecho unas ventosas irritadas, insaciables de sensaciones, dispuestas a la morbosidad. Ya no podía satisfacerse con el ensueño azul y rosa de la *Humanidad* liberada por la *Justicia* rindiendo culto a la *Verdad;* necesitaba truculencias, sadismos, vibraciones desconocidas.

Poco antes de la hora del almuerzo se presentó Eulalia en el despacho de Marfull.

El sol del mediodía dominguero caía alegremente detrás de los cristales sobre los árboles del jardín. El ambiente, lavado por las campanas de la misa, se había quedado extático. Pedralbes daba la sensación de estar muy lejos de la Barcelona de las fábricas, las viviendas hacinadas y los hogares torvos.

Después de la escena de la noche en que estuvo a visitarles Pedro Llescas, no habían vuelto a encontrarse a solas. Eulalia venía dulce, un poquito nerviosa, jugando con su collar de perlas. Damián adivinó sus intenciones y hubiera deseado esquivarlas. Temía volver a enamorarse de su mujer, se sentía cobarde para resistirla y miró a todos lados con un poco de azoramiento.

Intuía que aquella reconciliación era el principio de la decadencia de su vida. Aquel volver y apegársele de Eulalia era el primer viento del invierno y su corazón no quería encerrarse junto a la chimenea. Si Eulalia le hubiese tenido siempre, si hubiera compartido con él toda la vida, el corazón ya estaría un poco can-

sado y sin otra aspiración que reposar en los brazos amados, cerca del rescoldo tibio. Marfull sentía haber perdido mucho tiempo y necesitaba recuperarlo; su mujer no podía ofrecerle ninguna exaltación; ella volvía fatigada de la soledad y el aislamiento a ofrecerle una compañía amistosa y él, a pesar de andar cerca de los cincuenta, aun pretendía realizar un imposible.

De hecho, no realizaba sus ensueños y ni siquiera hacía un verdadero esfuerzo por conseguirlo. Sus amores con Juanita estaban fracasados, lo estuvieron en todos los momentos, pero él no quería reconocerlo ante sí mismo. Continuar la historia con aquella muchacha—aparte de la obligación moral que se hacía de no abandonarla—era dejar un portillo abierto al ensueño. Volver a Eulalia, encerrarse para siempre. Y le temía tanto a esto último, que era lo inevitable, quizá lo que él mismo deseaba, que, para impedir el más leve pretexto de la mujer, le salió presuroso al encuentro.

—Qué, ¿vamos al comedor?

—No, aun es pronto. Tenemos a almorzar a Claudio Bustares que está en el jardín con los niños... Yo venía a preguntarte si vendrás esta tarde con nosotros...; hemos tomado un palco para la compañía americana de...

—¡Demonio, cuánto lo siento! ¡Si me hubieras avisado! Pero ayer me comprometí con unos amigos y no me parece...

—¿No podrías dejarlos por nosotros? Se trata de tus hijos... y de mí.

—Eulalia, yo lo siento mucho.

—¿Tanto importa *ese amigo*?

Subrayó las últimas palabras con una frívola coquetería de mujer que ha sido muy bonita, ladeando la cabeza y mirando a su marido con los párpados entornados, a través de sus largas pestañas. Pero, en aquel momento, a la cruda luz del ventanal, a Damián le pareció vieja. De nuevo, como la primera vez que vino hacia él en aquellos días, la encontraba ridícula. La sonrisa, amada en otro tiempo, después de tantos años de no verla le parecía una afectación más. Tuvo crueldad bastante para responderle en son de burla:

—Nunca te habías ocupado de mis amistades hasta ahora.

El resorte del orgullo alzó a la señora:

—Un hombre que se estima no necesita vigilancia.

Maifull se echó a reír. Ya estaba allí la Eulalia de siempre, de frases y ademanes teatrales, y le entró un prurito invencible de mortificarla:

—Tú siempre tienes la frase oportuna. Eso está muy bien, muy bien... Pero no deben extrañarte ciertas cosas... Los hombres tenemos unas necesidades y...

¿Por qué diría aquello? Él mismo no lo supo nunca. Ver las *poses* de Eulalia le irritaba, in-

clinándole al cinismo. Cuanto más se erguía ella, más deseos le entraban de decir desvergüenzas. Por otra parte, el temor de la reconciliación, el mismo oculto deseo que tenía de llegar a ella, le iban trayendo a la punta de los labios la confesión de su pecado. Necesitaba, desde hacía algunos días, decir a Eulalia que tenía una querida y, sin pensar, se le escapó la insinuación del modo más inconveniente.

La dama quedó rígida. Sus manos estrujaron con frenesí el collar hasta romper el hilo del engarce y las perlas rodaron por el suelo mientras salía altiva, sin mirarlas.

Damián quedó aterrado del mal que había hecho. Le dolía haber herido de tal modo a su mujer y le preocupaba mirar aquel tesoro por el suelo. De momento, le pareció la mayor urgencia recuperar las perlas y, pacientemente, se entregó a la dura gimnasia de buscar por la alfombra, detrás de las butacas, bajo la librería...

Cuando le avisaron para el almuerzo, estaba sudoroso, pero tenía, en un gran sobre, reunidas las perlas del collar.

—Eulalia—dijo muy suavemente—. Lo he pensado mejor. Esta tarde iré con vosotros. Y toma. ¿Tú recuerdas el número exacto de perlas que tenía tu collar?

Ella estaba radiante.

—¡Gracias! ¡Gracias!... Pero por el collar no te preocupes; era el de perlas falsas.

* * *

Un poco trastornado por el vino y el lujo de la mesa del fabricante, tomaba Claudio el ferrocarril eléctrico en la estación de Sarriá para dirigirse a Las Planas. Se sentía ligero, casi ingrávido. La vida le parecía suave; todo se deslizaba en un tiempo de vals. La fronda oscura, llena de canas rubias ya en el declive del otoño, se le hacía vaporosa deshilándose en finas ramazones sobre el horizonte cargado de luz. Pasó entre la plebeya animación de merenderos, de organillos, de tiros, caballitos y fotógrafos para internarse por el camino de bosque que le habían indicado, sin ver nada que no le complaciese. Las familias modestas, las parejas de novios, hasta los grupos de horteras que triscaban encontraron gracia a sus ojos. Estaba muy contento.

Había modificado totalmente su opinión sobre los Marfull; ahora, la más simpática de todos le parecía Eulalia. Comenzaba a cobrarles cariño; ya casi andaba con naturalidad por la gran casa; conocía la procedencia de los muebles, las firmas y el valor de los cuadros. Aquel lujo, al irle siendo familiar, se animaba y vivía, casi se le tornaba amigo y, desde luego, todo era más bonito, menos de gran bazar. La rigidez de Eulalia, sus vestidos deslumbradores, tenían ahora para él mil detalles simpáticos, de elegancia y hasta de gran tono. Damiancito le parecía un buen muchacho y, en cambio, comenzó a encontrar a la niña un po-

quitín salvaje. Lalita era, en cierta manera, la oposición al ambiente de la casa y a su dueña y, como Claudio se iba dejando ganar por éstos, le chocaban ciertas cosas que antes hubiera aplaudido sin reservas.

Caminaba tan distraído pensando en sus nuevos amigos que, de pronto, sin darse cuenta, se halló en la Fuente de la Mina.

En un claro del bosque, sobre la tierra calva a fuerza de ser pisoteada, se hallaban acampadas más de un centenar de personas divididas en muchos grupos. Había mesas rústicas, hornillos primitivos y fogatas en el suelo. Los perros flacos y los chiquillos sucios corrían en todas direcciones. Un griterío punteado por risas de mujer se mecía en el aire hasta prenderse en las ramas más altas de los árboles, donde los pájaros saltaban para tomar parte en la fiesta.

En una garita desastrosa, alquilaban vajilla, enseres de cocina, vendían vino y cerveza: servían aguardiente y café. En medio del lujo de la fronda, del terciopelo apretado de los pinos, del oro rojo de los álamos quemados por el otoño, aquel campamento parecía terroso y miserable. Todo tenía un color triste: las maderas carcomidas de las mesas, las chaquetas de los hombres colgadas de las ramas, los vestidos de las mujeres. Para andar a sus anchas y tenderse en el suelo, trae la gente la ropa del trabajo, y van despechugados, con las greñas revueltas.

Aun comían los grupos retrasados grandes sartenes de paella o de macarrones a la italiana y los perros buscaban por el suelo, entre hojas de periódico pringosas, cortezas de fruta y latas de conserva, los huesos del conejo o de las aves que hicieron el honor de la comida. Era necesario irse muy lejos para encontrar una brizna de hierba sin residuos ni latas de sardinas.—Con el tiempo, así como los bosques primitivos, al consumirse, han constituído filones de carbón, las latas de conserva abandonadas llegarán a hacer venas de hoja de lata que sean un recurso para los hombres del porvenir.

El agua, humildemente, asoma por un caño formando un regueruelo que va a perderse por el bosque, y hay que bajarse mucho para poder captarla. Es agua para lebratillos y conejos, poca, mansa, sencilla. Las mujeres y los chicos que van a buscarla se pelean por la capacidad de sus cacharros.

—¡Eh, haga usted el favor, que hay muchos esperando!

—¿Dónde va con un cántaro tan grande?

Irónica, la fuente adelgaza más su chorro algunos momentos. No le importan las impaciencias de los hombres; ella prefiere ir repartiendo su corriente a los que la esperan de ordinario y sin prisa, a los tomillos cenicientos de hábito de San Pedro de Alcántara que tienen siempre un salmo franciscano de olores al sentirse mojados; a las raíces del álamo de pla-

ta violeta que da su bendición episcopal con la esmeralda de las hojas, tan sensibles...

Claudio se detuvo un instante. Le avergüenza hallarse demasiado bien vestido entre toda aquella gente:

—¿Cómo entrar sin llamar mucho la atención? ¿Estará el Cíclope?

Una muchacha viene a su encuentro. Es morena y garrida. Tiene esa gracia fresca, primaveral y tan frágil de las flores silvestres. Al estudiante, de lejos, le parece una de aquellas bravas serranillas que encontraba el marqués de Santillana en los caminos para vencer el sueño y el cansancio. Se había recogido la falda a la cintura por no mancharla de tierra y mostraba las piernas y el refajo de color de cereza. Los brazos remangados y desnuda la garganta, venía a él tan lozana y risueña que la memoria del bachiller, avivada por el champán, recuerda para saludarla los versos de Carvajal a una villana:

«Sin çarcillos ni sartal,
en una corta camisa,
fermosura natural,
la boca llena de risa.»

No se los dice para no ponerse en ridículo. Ella le saluda con una carcajada.

—¡Claudio!

Era la Libertad.

Una mañana de bosque la ha purgado de muchas noches de *cabaret*, y, allí, entre su gente, animada por la conversación que ella domina, por el aire de los pinares y por el vino, ha recobrado unos momentos su antigua naturaleza de fuerza ingenua e inocente.

—¡Cuánto me alegro de encontrarte aquí!

—Y yo también.

Ambos lo dicen sin ninguna reserva. Les parece como si este encuentro fuese el segundo; el que debieron tener después de aquel primer día brillante en que ella era la encarnación de un mito y él un pobre estudiante ilusionado. Ahora, aunque en pocos meses, han pasado ya demasiadas cosas y no puede durarles mucho tiempo esta emoción.

—Ven aquí y hablaremos un momento. ¿Con quién vienes?

—He venido solo, a buscar a un amigo. Y tú, ¿con quién estás?

Esta pregunta lo deshace todo. Libertad recuerda sus promiscuidades, que el muchacho conoce, y se avergüenza un poco. Sobre la sensación de alegría y optimismo del campo, caen unas memorias demasiado próximas, y la muchacha deja de saltar por entre las matas con aquel ímpetu montaraz que antes asomó a Claudio a las villanescas del siglo XVI. Ahora camina despacio, un poco recelosa; quien les vea pensará muy mal, por más que las otras gentes que andan por allí están muy ocupadas

para reparar en estos detalles. Cada matorral es un palio de Afrodita.

La muchacha se deja caer sobre la hierba mustia y pisoteada. Vuelve a tener la actitud de vencimiento que tanto desagradó al estudiante en el reservado.

—¿Con quién estás aquí, Libertad?

—Con... esos...

—Pero ¿quiénes son esos?

Esta pregunta acaba de irritarla.

—¿Y a ti qué te importa?

—Poca cosa. Comprenderás que no he venido aquí a vigilarte...

—A lo mejor te manda Pedro.

—¿Por quién me tomas a mí, Libertad?

Ella le mira con sus grandes ojos.

—¿No vas a ser su secretario?

—¿Yo?... ¡Nunca!

—¿Y por qué no? Él vale muchísimo.

—Es posible...

—¿Tú no lo crees así?

La Libertad le mira ansiosamente cogiéndole de las solapas. Tiene una avidez de mujer enamorada y hasta un anhelo de posesa que se agarra al saludador. Es muy difícil—ella misma lo ignora—averiguar qué es lo que desea en aquel momento: si elogios que le permitan afirmarse en su amor o argumentos que la liberten de él. Al muchacho le parece que aquella pobre mujer está locamente enamorada del antiguo profesor y, aunque le re-

pugna decir lo que no siente, se vuelve atrás:

—Yo no digo que Pedro no valga; tiene mucho talento...

—Habla muy bien y sabe muchas cosas. Más que ninguno de éstos.

—Indudablemente. Y es posible que haga gran carrera política; pero a mí no me gusta andar mezclado en estas cosas; yo no sirvo. Hoy he venido a ver a Agustín para un asunto particular.

—¿A Agustín?

La Libertad se pasma y le mira recelosa. Claudio comprende que ha cometido una imprudencia, pero, como ya es tarde para deshacerla, procura arreglar lo mejor que puede.

—Sí; necesito verle para un asunto de mi padre...

—¿De tu padre? ¿Es acaso fabricante?

—No, hija mía; mi padre es un caballero muy elegante que está empleado en Hacienda. Jamás se ha ocupado de asuntos sociales, ni de capital, ni de trabajo, ni sabe lo que es una fábrica.

El muchacho no miente bien y ella, que no deja de observarle, responde:

—Entonces, ¿para qué quiere tu padre a Agustín?

—No puedo decírtelo. Es un asunto reservado.

—Claudio, no me engañes.

—¡Si te digo la verdad!

—No lo creo. Mira que es por tu bien, que yo te tengo simpatía... ¡Agustín te ha hecho venir aquí para matarte!

Claudio se sobresalta un momento. Él no puede dudar de la honradez del Cíclope; tiene de ella un convencimiento irracional, pero firmísimo. Sin embargo, palidece. La mujer se da cuenta de que aquél es el buen camino, porque, al fin, el estudiante es casi un niño.

—No te fíes de ellos; son unos criminales.

—Agustín es un buen amigo mío.

—¿Desde cuándo?...

El muchacho titubea:

—Desde hace... bastante tiempo.

—¿Sí?... Pues aun no hará una semana que te buscaba para matarte porque te creía un espión... Ha debido verte con Pedro... Huye de él ahora mismo, ¡ahora mismo!, antes de que baje la luz y no haya gente por esos caminos. ¡Mira que estás perdido!... ¡Tú no les conoces!

Claudio comienza a dudar. El dramatismo y la belleza de la muchacha contribuyen a dar fuerza a las palabras. Sin ninguna convicción, responde:

—Agustín sabe cuáles son mis relaciones con Llescas...

Ella le interrumpe, asustada:

—No pronuncies aquí nombres.

—Bueno, pues con Pedro; ¡hay tantos Pedros!... Pedro ha sido profesor mío de latín y por eso le conozco y le trato.

—Agustín no entiende de esas cosas. Créeme a mí. Te ha hecho venir para matarte... ¿Tú sabes lo que hicieron con el pobre *Platino*?

Claudio es tal vez un cobarde. Empieza a sentir un malestar, una angustia indefinible. Acaso no sea el miedo a morir en la emboscada lo que le atormenta y su desazón nazca de la duda en lo que le conviene hacer, porque, a pesar de todo, no acaba de fiarse de aquella mujer que ha visto en brazos de Pedro Llescas. Ella continúa narrando. Tiene condiciones de actriz y una voz muy flexible.

—El *Platino* era un muchacho muy joven, muy simpático y muy guapo, oficial de joyero. Fué anarquista. Ingresó en nuestro grupo de «acción» y era un exaltado. Un gran rebelde. ¡Si vieras qué simpático! ¡Tenía unos ojos!... Miraba un poco como tú, aunque era más moreno. Como te digo, un día comenzamos a verle preocupado, un poco flojo en el «trabajo»... Se observó al poco tiempo que tenía dinero. Él nos dijo que había cobrado una comisión interviniendo en unas reventas de alhajas. Yo sospeché que le había dado el dinero una mujer—lo valía—, alguna de esas grandes señoras de la aristocracia que son tan caprichosas... Lo cierto es que nos aseguraron que le habían visto entrar en una iglesia. «Se ha vendido a los jesuítas y nos va a delatar»—dijeron todos—. Agustín era muy amigo suyo. Se querían como dos hermanos. Siempre andaban

juntos. Cuando se sospechó del *Platino*, lo único que dijo fué: «Dejadme tres días; yo me convenceré de si es verdad eso que dicen.» Antes del plazo que se había fijado, volvió muy triste. «Desgraciadamente es verdad. El *Platino* va a la iglesia.» «¡Se ha vendido a los jesuítas!» «¡Hay que matarlo!»

—¿Pero solamente porque le vieron entrar en una iglesia hablaban así?

—Únicamente. Otra cosa nunca se supo.

—¡Qué horror!

—Sí, pero ten en cuenta que no había manera de convencerse. El *Platino* hubiera negado siempre. Tenía alma para eso. A los curas no íbamos a ir a preguntarles lo que les contaba... Es muy difícil desenmascarar a los traidores. Hacía poco tiempo que había habido un soplo que costó muchos disgustos...

—Como ahora.

—¿Ahora, qué?

—No, nada; continúa. Digo que ahora también temen que hay un traidor en la banda.

Libertad se sobresaltó. Un frío sutil le hizo taparse con las manos el escote y, después de mirar de reojo a todos lados, continuó, recargando las tintas de su relato:

—Un domingo por la mañana, Agustín, que lo disponía todo, se llevó al *Platino* a pasear por el puerto. Otro compañero había ido más temprano a alquilar una barca con la que fué a un sitio señalado de antemano; allí, hacién-

dose de nuevas Agustín y fingiendo alegría, dijo al *Platino:* «¡Mira a aquél! Voy a llamarle y que nos pasee un poco en su barca.» «A ver si nos echa a pique», replicó el otro riendo, como si presintiera lo que le aguardaba. «Mira que yo no sé nadar.» «No importa, yo nado muy bien y ése ha sido toda su vida marinero; aunque naufragásemos, te sacamos del agua.» Embarcaron; bromeando hicieron salir el bote del puerto y, en un momento de descuido, cuando nadie les miraba, lo echaron al mar. Pasó por un suicidio. Como el pobre *Platino* estaba tan comprometido, la Policía creyó que se había suicidado en un momento de desesperación, temiendo que lo cogieran... Ya ves tú; lo mató Agustín y era su mejor amigo... ¡Ándate fiando!

Aquella dura alevosía del Cíclope acabó de horrorizar a Claudio: «¿Cómo podía la gente ser así?» Libertad no necesitó mucho esfuerzo para convencerle de que se marchara. Quería a toda costa evitar que hablase con el obrero, no fuera a descubrirse la madeja enredada de sus frecuentaciones y por ellas todo el cabo de la traición. Empezó a tener miedo, a sentirse insegura y, sobre todo, a odiar al Cíclope que conocía fanático e inflexible.

—¡Si lo descubriera! ¡Y con el deseo que tendrá de vengarse de mí porque le he abandonado!...

Claudio tomó el camino de la estación co-

rriendo; ya no le parecía aquel bosque tan bello ni tan simpática la gente que lo transitaba. Empezó a sentir una repugnancia de *señorito* por el público mal vestido y deseaba volver a encontrarse con los Marfull, ver guardias civiles... Mas apenas estuvo sentado en un coche de segunda—hoy Claudio no puede soportar la presencia de un obrero ni en el vagón del ferrocarril—, le empezaron a asaltar dudas.

—¿Será cierto lo que Libertad ha contado?... ¿No habrá exageración?... ¿Ocurrieron así los hechos? ¿Sucedieron siquiera?... ¿No será todo eso una película? ¿A la salida del puerto, un domingo por la mañana?... ¿Con la cantidad de botes y gasolineras que hay por allí?

A medida que se aleja, a través de los árboles, en el veloz ferrocarril, se afirma en la sospecha de que ha sido víctima de un engaño y le parece la Libertad más falsa, Agustín más honrado. En la estación de Vallvidrera está a punto de bajar para desandar el camino, pero comprende que ahora la cosa sería necia, que ya está perdida y que, realmente, volviendo, puede llegar a ponerse en peligro.

—A saber qué mentiras está contando a estas horas de mí... Lo que trata de evitar es que Agustín y yo hablemos; que yo descubra su vergonzosa intimidad con Llescas... Ella debe de ser la que traiciona a sus compañeros. Ya no me cabe duda... A lo mejor pide mi cabeza

en el conciliábulo de esta tarde... ¡Esa mujer es para todo!

El peligro en la lejanía no le asusta. Con la imaginación es capaz del martirio. Suponer a aquella especie de Salomé danzando con su cabeza ensangrentada, a los aullidos de una chusma borracha, le divierte. Cuando bajó en la plaza de Cataluña, ya estaba de nuevo alegre. Como aun es temprano para la hora convenida, hace quitar el polvo de sus zapatos a un betunero ambulante, compra bombones en una confitería y, muy despacio, se dirige al teatro para esperar en la puerta a sus amigos.

Casi al momento de llegar, se para, suavemente, deslizándose sobre el asfalto, el magnífico *Hispano* del señor Marfull. La niña, que salta la primera, le grita:

—Así me gusta. Te hemos visto llegar. ¡Qué puntualidad!

Él se acerca para ofrecer la mano a Eulalia. Marfull le da una palmada en el hombro y Damiancito le toma del brazo. Entran todos en el teatro.

Ya ha comenzado a sonar la orquesta y está encendida la batería. Los tres muchachos se sientan junto a la barandilla. Eulalia, sin ocuparse de la representación, se quedó en segundo término, sentada junto a la cortina de color amaranto. A la luz artificial, y vestida de seda rosa fuerte, está mucho más bonita y más jo-

ven que otras veces. Damián la contempla con gusto.

—¡Qué simpático es el chico de Bustares!

—Sí, un buen muchacho.

—Se parece a su padre.

—No, eso no, afortunadamente. A mí el padre me parece insoportable... Si el chico fuera como él, no lo aguantaba. Claudio tiene muy buena voluntad, aunque a veces se le va el santo al cielo...

—No le aprietes demasiado. Me ha confiado en secreto que sigue estudiando la carrera a escondidas, sin que el padre se entere, para darle gusto a su mamá.

—Haces bien en decírmelo; lo tendré en cuenta... Está acertado haciendo eso; me parece que hará más carrera en la Universidad que en el comercio...

La inquietud de curiosidad que despierta en Claudio el alzarse de la cortina le trajo, por una extraña asociación, el recuerdo del tremendo conciliábulo que se está desarrollando en Las Planas:

—¿Habrá cumplido el Cíclope su palabra? ¿Estará salvo don Damián?... ¿Qué habrá tramado esa maldita Libertad contra nosotros?

El haberse vuelto sin ver a Agustín le pesa ahora como un remordimiento; su interés por salvar al patrono ha aumentado desde que toda la familia tiene tantas atenciones con él.

—¡Si ahora, por mi culpa!... ¡Qué necio soy!

El interés de la obra acaba por absorberlo y, al encenderse de nuevo la luz, está tan contento como los otros chicos.

Lalita come sin cesar los bombones que le ha traído Claudio, y Eulalia, que la observa, le reprende cariñosamente:

—Pero, hija mía, ¡tanto bombón!... Mira cómo estás poniendo los guantes...

Damiancito suplica, con voz de niño pequeño:

—¡Mujer!, ¿y no nos vas a dar ninguno?

Marfull se sonríe benévolo y su mujer, inclinándose al oído, le pregunta:

—¿Te pesa haber venido con nosotros?

* * *

Aquella noche el patrono se decía:

—¿Qué voy a hacer ahora con Juanita?

La tarde deslizada gratamente con su mujer y sus hijos, la humildad de Eulalia dando todos los pasos para la reconciliación, le encantaba. Aquel era el ambiente que él siempre había deseado, con un poco menos de lujo, es verdad, sin mármoles de firma ni brocados antiguos como los que tiene ante sus ojos. Pero, en algo había que transigir.

Ya la perspectiva de envejecer no le asustaba tanto como por la mañana: ¡Al fin y al cabo!... Vagamente, percibía el ridículo de sus amores

con la urdidora, aunque no se lo confesara y, cada vez, lo que se le iba asentando con más urgencia en el alma era la idea de darles un final. Un término un poco decoroso, sin dolor, sin amargura, pero «¿cómo?»

Vino Eulalia ofreciéndole un *grog* caliente.

—Hoy la calefacción está muy floja; no nos han traído el carbón que pedí el otro día. Esto te animará.

Él la miraba hacer solícita y alegre, con unos cuidados que le desconocía, que antes sólo empleaba para agasajar a los huéspedes.

—Esto es ya demasiado—pensó el pobre Marfull—. ¿No andará detrás del cambio de actitud de mi mujer la mano de algún cura que le aconseja el sacrificio para salvarme del pecado?...

La dama se sentó en una butaquita con una labor de lana entre las manos.

—Si no te molesta mi compañía, me quedo aquí. Yo no hablaré; tú puedes seguir pensando en tus asuntos.

Él se levantó un poco inquieto.

—¡Quédate!, ¡quédate!

La desconfianza le hacía daño:

—¿Qué maquinación habrá en todo esto? ¿Se moverá por un impulso sincero?

Eulalia, en realidad, no maquinaba nada; se había propuesto reconquistar a su marido y ponía en ello todos sus recursos de mujer. Su ambición se orientaba, cada día más firmemen-

te, hacia un tipo de vida para el que le parecía indispensable la reconciliación con Damián. Quería que no tuviese nadie que compadecerla; oscuramente, se le había ido imponiendo la idea de que su reputación de mujer virtuosa no llegaría a ser sólida y completa mientras no viviese bien con su marido.

—Es de un gusto pésimo, peor que un mal servicio de comedor—pensó un día comentando los escándalos de un matrimonio desavenido; y en seguida se lo aplicó a sí misma.—Nuestro caso es mucho más sencillo. Damián no tiene ningún gran pecado que perdonarme. Mi conducta ha sido siempre digna... ¿Que no sé contar muy bien?... ¡Procuraré hacer lo que pueda! Mi obligación es hacerle olvidar a esa querindanga... Él es bueno, quiere a sus hijos... A mí misma estoy segura de que me ha querido... Lo otro son pecadillos de hombre. Pero ya es tiempo de que siente la cabeza.

Este monólogo, repetido varias veces con algunas variantes, reforzado, es verdad, con argumentos y citas de San Pablo sobre las obligaciones de la mujer por su confesor, dió fuerza a Eulalia para seguir el camino que se había propuesto. En su cerebro no cabían demasiadas cosas, pero, cuando se le ocurría una idea, no paraba hasta ponerla en práctica.

Damián se inclinó sobre ella:

—¿Qué estás haciendo?

La señora mostró una cosa informe:

—Un gabancito para una canastilla de recién nacido.

Marfull le miró con atención:

—¿Y por dónde sacará el chico la cabeza?

Eulalia se puso un poco colorada; en ella la labor era un verdadero deporte; sus obras no solían servir luego para nada, porque acababan en un embrollo indescifrable, pero no quiso demostrárselo a su marido.

—Ya lo verás cuando esté terminado. Vosotros no entendéis de estas cosas.

—Ya, ya... ¿Y es que piensas traer algún *rorro* de París?

—¡Damián!... Es para los pobres.

—Muy bien, muy bien.

Marfull se sentó en el brazo de la butaca. Hubo un largo silencio. Ella levantó la cabeza con coquetería:

—¿Sabes lo que estaba recordando ahora, al oirte esas bromas?

—¿Qué?

—Nuestro viaje de Italia; ¿no te acuerdas?

Él sonrió con amargura.

—Ya casi lo tengo olvidado. ¡Hace tantos años!...

—Es verdad. Somos viejos.

—Tú, no; tú estás muy bonita.

El patrono no mentía; Eulalia, exquisitamente vestida, maquillada con arte, ofrecía en la butaca su gran cuello de cisne sin arrugas y

sus labios de una púrpura fantástica todavía tentadores.

—No digas esas cosas. Voy a creer que me haces de nuevo la corte y sería para mí muy cruel...

Una melancolía real ennoblecía las actitudes un poco teatrales de Eulalia.

—Es verdad... Te parecería ridículo.

—¡Damián!... Lo ridículo es que vivamos separados nosotros que nos hemos querido siempre...

De los labios pintados escapaba, con las palabras, un perfume delicioso. El patrono no supo resistirse. Sonó un beso. La reconciliación estaba hecha.

* * *

Un leve vientecillo enfriaba la tarde. Los grupos fueron, poco a poco, levantando el campo mientras empezaba a caer sobre el bosque una tristeza sutil con el presagio del crepúsculo. La luz, perdido el esplendor, se hizo quieta y todo parecía bordado, con relieves y contornos muy finos. Los pájaros despedían al sol como si no hubieran de volver a verle, y la fuente, ya libre de cacharros y de gritos, principió a sonar la perlada monotonía de su goteo.

Había terminado el domingo; el bosque, ho-

llado, sucio, lleno de papelotes y residuos, tornaba a recobrarse a sí mismo, a afinar las copas de los pinos para las orquestaciones del viento, a destapar las redomas del tomillo y el romero. Por una semana volvería a ser bosque, hasta la primera fiesta en que el griterío y el olor a fritanga le conviertan de nuevo en plaza ciudadana de arrabal.

El Cíclope, acodado en la mesa de tablas mal unidas, miraba marchitarse la tarde y partir a las gentes. Sus compañeros le habían dejado solo. Sin que él se diera cuenta, Libertad operó en torno suyo un trabajo de pantera. Con una habilidad felina, le minaba el terreno complaciéndose voluptuosamente en preparar su perdición.

Era un juego peligroso que debía terminar en una muerte; la de Agustín o la de ella. La conversación con Claudio le había hecho darse cuenta de la dificilísima situación en que estaba, de la inminencia de que un día u otro se descubrieran sus manejos, y le pareció que, únicamente comprometiendo a su antiguo amante, poniéndole mal con los demás compañeros, haciendo desconfiar de él, podía salvarse o, por lo menos, ganar tiempo y preparar una huída.

El egoísmo de seguir viviendo, de escapar de la amenaza, le hizo agudizar todas las dotes de sus malos instintos. Fué insinuándose entre los hombres a modo de culebra, les habló uno

a uno procurando introducir la sospecha de que Agustín era un traidor, de que era el que vendía todos los planes a las gentes de *La Independencia.* No perdonó medio. Cuando no bastaban los argumentos, las sonrisas, los contactos, hasta las promesas de otro género ayudaban a convencer.

Ponía tal intensidad en sus manejos que, en algún momento, llegó a pasar los límites y logró despertar una vaga suspicacia en los más honrados. Agustín tenía en defensa suya toda una larga historia de entusiamo y de actuación sin desmayos ni egoísmo.

—Es muy duro eso, Libertad; yo no puedo creerlo de Agustín—decía uno.

—Yo tampoco—confirmaba otro.

—Hasta ahora ha sido un amigo tan leal... Para mí, como un hermano.

—Pues ¿y para mí?—declaró, impúdica, la mujer—. ¿Acaso no sabéis?... Para que yo le acuse, para que yo haya llegado a creerlo, he tenido que sufrir mucho. Pero ya me es imposible dudar... Es un traidor.

—No basta con decirlo; una acusación así ha de estar fundamentada.

—Eso es, Libertad; tienes que buscar alguna prueba.

Ella, aunque no tenía más que palabras, no quiso abandonar la partida.

—¿Pruebas?... ¿Qué más pruebas queréis? ¿No estáis ya convencidos de que en *La Inde-*

pendencia se sabe todo lo que nosotros hacemos y pensamos hacer? ¿Cómo se sabe? ¡Porque alguno de nosotros lo cuenta! ¿Quién? ¿Eres tú?... ¿Eres tú?... ¿Eres tú?...

Iba preguntando de uno en otro, mirándoles a los ojos, echándoles el aliento a la cara. Cada uno, al sentirse aludido por la terrible pregunta, se echaba instintivamente un poco hacia atrás. Había tal ambiente de desconfianza que la más leve sombra producía inquietud al que la miraba caer sobre sí.

—Pues, si no es ninguno de nosotros, tiene que ser él. ¡El traidor está aquí!

Todos se miraban desasosegados, como si ninguno estuviera seguro ni siquiera de sí mismo. Libertad terminó:

—El traidor está aquí y es preciso desenmascararlo esta tarde. No ha de volver con vida a Barcelona.

—¡Eso, sí!—gritaron algunos.

—Pero ¿cómo conocerle?

—¿Cómo?

—¡Agustín!

El Cíclope, entre tanto, ajeno a la conspiración, esperaba la llegada de Claudio. Al ver menguar la luz, desconfió de que viniera.

—¿Se habrá extraviado por esos andurriales?

Aguardaba la entrevista de aquella tarde con una cierta ilusión que él mismo no se podía explicar.

—Es tonto—se había dicho—; una amistad así...

Y, sin embargo, esperaba al muchacho con impaciencia, deseoso de volver a hablar con él. Su espíritu atravesaba una crisis muy difícil. El largo período de acción frenética, de no querer pensar ni reflexionar sobre nada, había concentrado su alma, la había aglomerado a tal presión que ya no podía pasar más tiempo sin expandirse, sin aligerar un poco el peso, para no estallar en la locura.

La aparición de Claudio trajo un débil amparo, una lucecita de consuelo, cuando Agustín estaba ya desesperado. Su soledad era peor que el aislamiento de una celda de castigo. Al romper con Libertad, quedó hastiado de mujeres. El fracaso de aquel amor, no conseguido más que en la trabazón sensual, le dejó el alma estéril, con desgana de buscar otro. Necesitaba un amigo con quien desdoblar y sacar a luz todas aquellas cosas que le pesaban demasiado en la conciencia, porque Agustín, como muchas personas, era incapaz de la reflexión solitaria. Para pensar necesitaba hablar, ver, en cierto modo, reflejadas sus emociones en la sensibilidad de un amigo para comprenderlas.

La conversación con Claudio en aquel bar triste de las inmediaciones de la Sagrada Familia le había dejado un grato recuerdo. El muchacho sabía escuchar con interés y, al hablar, no trataba de imponerse. El obrero no

había oído hablar nunca así. Estaba acostumbrado a escuchar a gentes de ideas compactas, cuadradas, que arrojaban sus opiniones como bloques encima de la mesa. En Claudio, no; parecía que cada cosa fuese naciendo en aquel mismo instante, temblorosa; sus palabras iban alumbrando un descubrimiento del que el primer asombrado era él mismo. A Agustín le hizo el efecto de que las cosas más vulgares, más antiguas, acababan de ser inventadas al pasar por las manos del muchacho. Y es que Claudio se daba por entero y sin reservas en cada palabra; no temía derrochar su propia sustancia en obsequio del primer venido.

El obrero no analizaba así las cosas; se limitaba a recordar el placer que le habían proporcionado y a desear otra vez la presencia del nuevo amigo.

—Ya no viene—se dijo al darse cuenta de la penumbra y el frío del atardecer—. ¿Qué le habrá sucedido?... ¡Con la alegría que le iba a proporcionar el saber esta tarde que he conseguido hacer borrar a Damián Marfull de la lista!... Procuraré verle y decírselo mañana.

Tendió la mirada en torno suyo. Ya no quedaba nadie en la fuente. Los dueños de la cantina cerraban su barraca y, cargando las provisiones sobrantes en un carro, se disponían a partir. La desolación de las mesas de tabla carcomida, en aquel claro de bosque, era tristísima. Los obreros seguían discutiendo en un

extremo. Agustín se sorprendió de que se hubieran ido tan lejos para hablar.

—¡Agustín! ¿Estás sordo?

El Cíclope se levantó con pereza.

—¿Qué demonios hacéis ahí? ¿Qué sucede? ¿No os parece que nos marchemos?

Al acercarse más, la expresión de los rostros le chocó de tal manera que se detuvo mirando a todos lados.

—Pero ¿qué pasa sin que yo me dé cuenta?

Uno de ellos se adelantó:

—Es preciso que hablemos seriamente, Agustín; esto es muy grave.

—Bueno, ¿y qué diablos sucede?

—Que se duda de ti—le replicó otro con una concisión solemne.

—¿Qué?... ¿Que se duda de mí habéis dicho?

Después del primer momento de estupor, el pistolero recorrió nuevamente con la mirada a sus amigos. Todos los rostros estaban contraídos con la tensión de la tragedia. Agustín no halló fuerzas para indignarse. La sorpresa le paralizaba y más bien le invadía aquella suprema laxitud que en algunos momentos le hizo desear la muerte. Tardó unos instantes en responder.

—¿Que se duda?... No comprendo...

—Pues bien sencillo. Aquí hay quien cree que eres tú el que nos vende al enemigo.

El Cíclope se encogió de hombros; una sonrisa de asco le alzó un poco los labios.

—Conque yo...

Todo el grupo quedó un poco desconcertado; se hubiese dicho que aquella pasividad, aquella desgana con que el Cíclope se defendía, les decepcionaba. Estaban caldeados para una discusión a grandes gritos, y la actitud y el tono de Agustín era una corriente de aire frío.

—¡Está esto bueno!... No es hoy ni ayer: hace ya muchos días que ando yo buscando la pista del traidor sin despegar los labios...

—No se ha inmutado—dijo uno al oído de otro—. ¡Con mucha calma se lo toma!

Libertad se dió cuenta de que se le escapaba la partida, de que el paciente desprecio de Agustín iba a encalmar a los otros, y decidió jugar el todo por el todo. Miró al grupo y, rápidamente, con una intuición certera, se dió cuenta de quién podía ser su instrumento. Era quizá el más joven y, seguramente, el más frenético de todos aquel mozo. Con los ojos inyectados en sangre, contemplaba al presunto traidor. Siempre había sido enemigo de Agustín, porque éste se opuso durante mucho tiempo a que ingresara en el grupo. Cautamente fué a situarse detrás de él, apoyándose en sus hombros, rozándole la espalda con los pechos.

—¡No le dejéis! ¡Hay que acosarle a ver si le hacemos cantar!

El mozo se volvió al sentir el aliento de la mujer en la nuca y le sonrió con malicia. Ella

le guiñó un ojo y se le ciñó más pasándole una mano por el brazo.

—¡Apriétale!

El muchacho, enardecido, se lanzó:

—Eso es muy cómodo, Agustín. No basta con encogerse de hombros... Aquí te estamos acusando. ¡Demuestra que no eres tú el traidor!

—Calla, gallina remojada, que nadie te da vela en este entierro.

—Tengo el mismo derecho que cualquiera. Tanto peligro corro yo como vosotros.

—¡Los niños a la escuela! ¡Anda a que te limpien los mocos! ¡Mequetrefe!

—No me insultes, que valgo más que tú.

—Me causas risa.

—¿Quieres ver cómo te hago llorar?

—¡Arroz con liebre!

El mozo se agitaba convulso levantándose sobre las puntas de los pies como si le fuera a dar un ataque. Agustín reparó entonces en que era Libertad la que le sostenía y azuzaba y se encaró con ella.

—¿Eres tú, rica, la que sirve de apuntador? ¿Es ese el que me has buscado de sustituto?

—¡Sí, traidor!

—¡Gallina clueca!

La mujer apartó al mozo que le servía de pantalla y se lanzó al centro del corro.

—No insultes, gran traidor, que yo, aunque soy mujer, te voy a hacer morder el polvo. A mí no te vas a atrever a negármelo... ¡Tú has

estado a ver a Pedro Llescas, el secretario de *La Independencia!*... ¡Tú has estado hablando con él en su casa! ¿A qué fuiste más que a venderle nuestra sangre? ¡Perro!

Un relámpago de luz hizo ver claro en la conciencia de Agustín detrás de las palabras de Libertad. La traidora no podía ser más que ella. De un salto, gozoso con su descubrimiento, se puso a su lado y la cogió por las muñecas.

—¡Yo he estado a ver a Pedro Llescas!... Es verdad. ¿Y tú cómo lo sabes, niña guapa?

Ella se vió perdida. En las manos del Cíclope era como una pluma; conocía muy bien la fuerza de aquellos brazos y, sin oponer resistencia, se dejó sacudir como un pelele. A su vista aturdida, las copas de los árboles rozaron con el suelo y las estrellas vinieron a mezclarse con las latas de sardinas, pero aun tuvo fuerzas para vociferar:

—¡Socorro, que me mata!... ¡Porque le he descubierto la verdad!... ¡Ya veis cómo no niega!

—¡Qué he de negar, hermosa! ¡Si aquí todos vamos a cantar muy claro!... ¿Cómo adquieres tú las noticias?

—¡Socorredme!

El jovenzuelo, al que Libertad había excitado, se adelantó y puso una mano en el brazo del Cíclope.

—¡Suelta ahora mismo a esa mujer!

Agustín, sin mirarlo, le hizo rodar por el suelo de una soberana patada.

—¡Aparta, mamarracho! ¡Ya te dije que los niños a la escuela!

El caído, furioso, fuera de sí por la humillación y el dolor, se incorporó montando su pistola.

—¡Suelta ahora mismo a esa mujer o te mato!

Agustín no hacía caso; tenía con una mano cogida las dos muñecas de la furia y, con la otra, la sacudía por el cuello.

—¡Anda, confiesa, rica!... ¡Mira que te retuerzo el pescuezo de víbora!

—¡Agustín, suéltala!

—Calla tú, renacuajo, o voy a pisotearte.

Y, uniendo la acción a la palabra, arrastrando siempre a la Libertad delante de él, se fué hacia el mozo que continuaba de rodillas y levantó uno de los pies. El joven, al verse amenazado, le disparó por detrás de la muchacha, casi a quemarropa, dos tiros en el vientre.

Las enormes manazas se aflojaron. Libertad cayó sobre su salvador, al mismo tiempo que la mole pesada del gigante, pugnando por guardar el equilibrio, daba algunos traspiés.

—¿Qué has hecho?

—¡Le ha matado!

Fué una cosa instantánea. Nadie acudió al herido. Cada uno huyó al peligro de la aparición de la justicia. El lugar no era seguro; por

allí cerca patrullaban parejas de Caballería.

—¡Qué imprudencia!

—¡Vamos a caer todos!

—¡Pronto! ¡Cada uno a una estación!

La mujer del cantinero, que acababa de montar en el carro, se puso en pie despavorida.

—¡Ay, que se matan!, ¡que se matan!...

El marido la obligó a sentarse y, arreando a grandes palos al caballejo, puso tierra de por medio, sin volver la cabeza.

—¡Calla! ¿A ti qué te importa? ¡Nosotros no hemos visto nada! ¡Ni siquiera hemos oído el disparo! Ya estábamos lejos, ¿lo oyes? No quiero ningún lío...

. . . .

Tendido entre los herbajos y la basura, como un residuo más de la fiesta de aquel domingo, quedó solo en la fuente el obrero desangrándose.

Una niebla muy fina fué cayendo, como sudario de la noche, a envolver el triste despojo. Agustín aun abrió los ojos. Tenía la conciencia turbia. Las estrellas, entre las ramas, florecían los árboles de lucecitas como en una fiesta de Navidad. Le pareció que un ruiseñor cantaba; luego, un coro de niños... Cada vez era todo más confuso, más confuso. Le invadía una gran dulzura y la niebla le lavaba la cara.

* * *

Campo a traviesa, corría Libertad en busca de una estación para volver a Barcelona. Marchaba ciega, sin ver nada, sin escuchar más que el latido de su sangre en las sienes. Le faltaba el aliento y tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol. Entonces vió a su lado al mozo que acababa de matar al Cíclope.

—¿Estás cansada?

Ella le miró con terror. Hubiera preferido estar sola.

—¿Por qué has venido?

—¿No es mejor?... Procura serenarte. Si alguien nos encontrara nos tomaría por una pareja de novios. No seremos los únicos que aun queden por aquí... Volvamos al camino; andando así, estamos expuestos a perdernos... ¡Dame un beso! ¡Lo he matado por ti!...

Libertad le miró con curiosidad. El muchacho tenía una cara angulosa de rapazuelo anémico, unas greñas lacias cayéndole por la frente y una piel granulosa y como sucia. Era desmedrado, raquítico, un poco deforme. No podía satisfacerle el examen, pero se encogió de hombros, y le tendió los labios.

—Tienes razón—dijo luego—. Volvamos al camino.

Anduvieron un buen rato en silencio. Ella no sabía qué decir, cómo deshacerse de aquel hombre, y procuraba apresurar la marcha.

—Siempre me habías gustado, Libertad—le dijo él de pronto pegándole la cara contra la

suya—. Siempre me habías gustado, pero no me atrevía a decírtelo. ¡Te rodeaban tantos!

La mujer tenía una sensación de asco indecible.

—¿Faltará mucho para la estación?

El pistolero, sin oirla, continuaba:

—¿Quieres venirte conmigo a Sabadell?... Allí tengo parientes y podremos ocultarnos mientras pasa el turbión. Celebraremos nuestra luna de miel.

Era casi de noche. Aun encontraron algunas parejas rezagadas que volvían a Barcelona. Libertad, sin atreverse a desasir el abrazo de su compañero, se angustiaba.

—Suelta...; ¿qué pensará la gente?

—Que piense lo que quiera: ¿a ti te importa?

—No, pero...

—¿Quieres venir a Sabadell conmigo?

—¡Oh, no! Sería una imprudencia.

—No veo por qué.

—Uno se oculta mejor que dos.

—Pero sólo estaré muy triste.

—Será por poco tiempo.

—¿Te vendrás luego a vivir conmigo?

—Bueno.

Prometía las cosas sin pensar en cumplirlas, por no contrariarle, por no prolongar la discusión. Y cuando, al fin, le vió en el tren, respiró aliviada.

—Libertad, ¿me prometes no engañarme? ¿Me serás fiel mientras estemos separados?

—¡Sí, sí..., pero mira que va arrancar el tren! ¡Que van a cerrar las portezuelas!

Él se marchó con una gran tristeza; tenía un temperamento sentimental y blando. Algunos viajeros, al ver la tierna separación, sonreían con benevolencia.

Libertad, en el andén, temblaba de frío. Había una humedad pegajosa y melancólica.

—Es preciso que vea a Pedro Llescas, que me oculte, que desaparezca por mucho tiempo.

Llegó el tren encendido, reluciente, con un *confort* de níquel, de barnices y de cristales biselados. A la luz de los reflectores, la arboleda parecía de cartón, plana, como un telón de teatro. La falsedad de la luz la hacía falsa. Y hasta ese gris metálico que destiñe la nerviación de los ramajes entre la verdura de las hojas daba la sensación de la tela *invisible* que sirve para sostener y asegurar el recortado de los rompimientos y bastidores.

* * *

La mañana se emperezaba entre una nieblecilla vaporosa en que el sol, como un niño mimado, se resistía a ir al colegio. Claudio, de un excelente humor, marchaba a la oficina.

El tranvía iba lleno con los viajeros de todos los días y, entre la mezcolanza de obreros y empleados, el carmín de los labios de una me-

canógrafa, recién salida del tocador, desentonaba a aquellas horas como una flor prematuramente abierta. Era una de esas rosas de los países cálidos que llegan en el tren, una mañana de invierno, ateridas de frío.

Claudio se entretenía contemplando a los pasajeros, estudiando sus rostros, procurando adivinar sus profesiones, penetrar, a través del exterior, en algo de las vidas encharcadas en los hábitos insignificantes. De pronto, un hombre que leía el periódico se dirigió a un conocido diciéndole en voz alta:

—Ayer tumbaron a otro: en una fuente, cerca de Las Planas.

—¿Sí? Pero ¿cómo? ¿En lucha?

—No se sabe, aunque alguna debió de haber. Apareció el cadáver después de algunas horas de consumado el hecho. Por lo visto era un pájaro de cuenta: un pistolero conocido.

—¿Han cogido a alguien?

—Como siempre: a los autores échales un galgo...

—Esto es escandaloso.

Claudio se sobresaltó. Tuvo un presentimiento y bajó del tranvía en la primer parada.

—¡En Las Planas, Dios mío!...

La tinta del periódico, todavía reciente, con su olor de conserva averiada, danzó un momento ante sus ojos.

—¡Agustín ha sido asesinado!

Un sentimiento extraño de angustia y de re-

mordimiento se apoderó entonces del bachiller; parecía que la sangre del Cíclope cayera sobre su cabeza.

—¡Le han matado, Señor, le han matado!...— se repetía con una infinita consternación y se miraba las manos inocentes como si fuera culpable de algo. Sentía de un modo intenso la responsabilidad difusa que en la mala acción de un individuo cabe a toda la familia. El fracaso de aquella vida, de un hombre que no le parecía malo, le anegaba en remordimientos, a él, que era casi un niño.

La impotencia para evitar aquellas cosas le llenaba de desesperación. Miraba a la ciudad indiferente, ordenada en su frío egoísmo, con la angustia con que debió mirar el justo advertido por el ángel del Señor la fiesta de las ciudades malditas.

—¡Pobre Agustín!

Se le ocurrió ir inmediatamente, comprar muchas flores y cubrir con ellas el cadáver abandonado en el depósito, que nadie reclamaría, que no iba a tener, como último tributo, más que el examen de una mesa de autopsia; pero en el bolsillo sólo le quedaban unas cuantas monedas de cobre.

—¡Señor, Señor! ¡Si yo fuese rico!...

Hubiera querido ir con lacayos galoneados, candelabros de plata y paños de púrpura a recoger aquel pobre despojo, a llevarlo embalsamado como un príncipe y depositarlo con amor

en el seno de la tierra. Compensarle con todos los honores, con cánticos e incienso, de la negra miseria en que había vivido. Darle algo de aquel lujo que se derrochaba en la tierra y que él, pobre obrero, no había visto ni siquiera de cerca.

Le caían las lágrimas a lo largo del rostro.

—¿De qué hubiera servido todo esto? ¿Y su alma?

Claudio era creyente. El pensamiento de la Eternidad le aterraba. Arrojó el periódico al suelo y, sin cuidarse de la gente que le miraba, juntó las manos sobre el corazón.

—Señor, Tú lo ves todo desde el cielo. El pobre Agustín no te conocía. Nadie se ocupó en hacerle aprender tus caminos. Él tenía un corazón bueno. Tú lo sabes mejor que yo... ¡Él no te conocía! ¡Ellos te ofenden sin saberlo! ¡No saben lo que hacen!...—repetía en su oración descoyuntada, y, poco a poco, un imperativo le subía de la conciencia.

—¡Ellos no te conocen!... Pero ¿y yo? ¿Y yo, que te conozco; y yo, que te amo? ¿Cómo obro yo?

Se le apareció como una obligación ineludible el deber de reparar por todos, el tomar sobre sus débiles hombros inocentes los pecados de los demás.

—¡Yo, Señor; yo que te conozco!...

Él debía levantar su vida inmaculada, de penitencia y de rescate, como la aguja de una

catedral derecha al cielo, implorando por todos, atrayendo la gracia. Hubiera querido subirse a una columna, como el anacoreta Estilita, para no tener con la tierra más que el indispensable contacto, y alzarse, vertical siempre, hacia los cielos, en oración día y noche.

Sin darse cuenta, había llegado andando hasta el despacho del señor Marfull; en un reloj daban las nueve. Mecánicamente pasó a ocupar su puesto.

Damiancito, que había llegado muy temprano, se le acercó cariñosamente.

—¿Qué tal, Claudio? ¡Qué bien lo pasamos ayer! Y ¿sabes?, mamá está encantada contigo; quiere que vengas todos los domingos a comer con nosotros.

FIN DE

OBREROS, ZÁNGANOS Y REINAS

(PRIMERA SERIE)

EN PREPARACIÓN:

LOS AMIGOS DE CLAUDIO (Segunda serie de OBREROS, ZÁNGANOS Y REINAS)

ESTILO ESPAÑOL (Tercera serie íd., íd.)

ÍNDICE

18

ESTE
LIBRO ACABÓ
DE IMPRIMIRSE EN LA IMPRENTA
DE G. HERNÁNDEZ Y GALO SÁEZ,
EN MADRID, EL DÍA 12 DE DI-
CIEMBRE DE 1928, SIENDO
EL TIRAJE DE 2.200 EJEM-
PLARES EN PAPEL VER-
GÉ Y 10 EJEMPLARES
EN PAPEL REGIS-
TRO, DE PRIME-
RA CALIDAD,
NO PUES-
TOS A LA
VEN-
T A

OBRAS DE

HUBERTO PÉREZ DE LA OSSA

El ancla de Jasón (novela), 1921.

Polifonías (poemas). Editorial Mundo Latino, 1922.

La lámpara del dolor (novela), 1923.

El opio del ensueño (novela). Editorial Renacimiento, 1924.

La santa duquesa (novela, Premio Nacional de Literatura de 1923-24). Editorial Renacimiento, 1924.

Veletas (libro de historias extraordinarias). Editorial Virtus, 1926.

La casa de los masones (novela). Editorial Mundo Latino, 1927.

Obreros, zánganos y reinas (novela). Editorial Mundo Latino, 1928.